ROSA REGÀS

Amigos para siempre

now BOOKS | ROSA REGÀS

ROSA REGÀS
Amigos para siempre
now BOOKS
ROSA REGÀS

Rosa Regàs

AMIGOS PARA SIEMPRE

Primera edición: mayo de 2016

© de esta edición:
Ara Llibres, S.C.C.L.
Pau Claris, 96, 3º 1ª
08010 Barcelona
www.nowbooks.es

GrupCultura03

© 2016, Rosa Regàs

Diseño de la cubierta: Emma Camacho
Fotografía de la cubierta: Carlos Barral y Rosa Regàs.
Derechos reservados

Fotocomposición: gama, sl

ISBN: 978-84-16245-33-8

No se permite la reproducción total o parcial
de este libro, ni su incorporación a un
sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio,
sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia,
por grabación u otros métodos, sin el permiso
previo y por escrito del editor. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento
de esta obra.

A mis hermanos, a mis amigos.

Me veo a mí misma diciendo breve y prosaicamente que es mucho más importante ser una misma que cualquier otra cosa.

VIRGINIA WOOLF, *Una habitación propia*

Índice

Justificación
La universidad, un antiguo anhelo
Amigos
Vida de familia, vida de estudiante
Una casa abierta
Compromiso político
Manolo Vázquez Montalbán
¿Qué filosofía? Lógica matemática
Más amigos, Eugenio Trías
Especialidad
Cambio de rumbo
Otras voces
Un héroe de nuestro tiempo
Premios internacionales, historias imprevisibles
El editor de las dos orillas
Querido Jaime Salinas…
La voz de la isla, Guillermo Cabrera Infante
Tres hijos más
El terror de una amenaza
Inesperados gemelos
El nombre de Loris
Casa nueva, vida nueva
Nuevos vecinos, nuevos amigos
Vidas paralelas
El pueblo más bello del mundo
Nuestra casa
Otra gente
Dalí
Mi peculiar patriotismo
Un cop de tramuntana
Lo Steddazzu
Otro difícil cambio de rumbo
Quién soy yo

El paso del tiempo
Los amigos que mitigan o borran los miedos a la incertidumbre, al fracaso y al vacío
Final de la etapa

Justificación

Este libro es la tercera entrega de mis memorias, a las que yo prefiero llamar *mis recuerdos*. Sé que las dos palabras quieren decir lo mismo, aunque el uso continuado de una y otra en sentidos levemente distintos ha cambiado también en cierta medida sus significados.

Nunca tuve intención de escribir mis memorias, esa forma ordenada y veraz de contar la propia vida, he preferido incluirla en mis fantasías de tal modo que de una forma u otra aparecen retazos de ella en las ficciones que he escrito desde que publiqué mi primer libro. Y así habría continuado, sin variación, de no haber surgido un pequeño imprevisto. A menudo los acontecimientos discurren por caminos por los que ni nuestra voluntad ni nuestra imaginación contemplaban.

Todo comenzó cuando la editora Izaskun Arretxe me invitó a escribir sobre mi infancia para la colección que sobre este tema tiene la editorial Ara Llibres. Y lo que hice fue centrarme sobre todo en mis antepasados de una parte y de otra, tan distintos y tan diametralmente opuestos en su forma de ser y de vivir, en sus profesiones y en su ideología moral y política, que vi en ellos la explicación de la multitud de confrontaciones que a su vez describen el convulso periodo de mi infancia. Así nació *Entre el sentido común y el desvarío*, al que casi por inercia siguió al año siguiente *Una larga adolescencia*, centrado en los primeros pasos en el mundo de la posguerra de la chica que fui yo, con las dificultades inherentes a las múltiples imposiciones religiosas, morales y sociales de la Iglesia y de la dictadura, tan agobiantes y con tal pretensión de proteger a la mujer, que actuaban como freno a nuestra constreñida adolescencia que se eternizaba antes de entrar en la edad adulta.

Ahora, con *Amigos para siempre*, me ha tocado lidiar con mis primeras decisiones al margen de lo que se esperaba de mí, y con una paulatina toma de conciencia que, quiero creer, me convirtió en un ser que aprendió a enfrentarse a su flamante autonomía.

Sé que si no puedo diluirlos en las imprevisibles mareas de la fantasía y la imaginación, carezco de la capacidad de relatar ordenada

y formalmente los acontecimientos de un periodo determinado de mi historia donde juegan su papel la política, la psicología, el trabajo, el amor, las dudas, las angustias y los distintos anhelos que me mueven. Así que me he limitado a dejar correr el pensamiento, cogiendo al vuelo nombres y hechos que la memoria iba desvelando, consciente de que son muchos los que faltan, pero con la esperanza de que lo escrito esboce con cierta fidelidad el apasionamiento con el que viví la década de 1960 en una Barcelona —como todo el país— marginada del mundo y rabiosamente fascista aún, pero que en algo participó del efímero y esperanzador despertar que se había extendido por el mundo como una nube redentora que nos animó a desvelar anhelos y a consolidar protestas con las que intentar tejer un presente mejor, que la eterna reacción se cuidó bien de desmantelar.

Pero esta ya será otra historia que contar.

R. R.

La universidad, un antiguo anhelo

Entré en la universidad por la puerta lateral donde todavía estaba la casilla del portero, que era el padre de Victoria de los Ángeles de la que tanto habíamos oído hablar. Era una clara mañana de octubre y los escuálidos plátanos que flanqueaban el paseo dejaban oír su murmullo, el único sonido que yo era capaz de oír en aquel momento más allá del traqueteo de mi enloquecido corazón. Ni tranvías, ni coches ni los gritos de los alumnos y alumnas que entraban a la universidad con ese aire de saber perfectamente todos ellos a dónde se dirigían. Así que seguí a uno de los grupos hasta que estuvimos en lo que más tarde supe que era el Patio de Letras; allí, de pronto, como siguiendo una voz que los conminara a ordenarse, se desperdigaron; cada uno se fue por su lado y yo me quedé esperando una nueva orientación. De repente la voz de un bedel o de algún alumno llamó a los del primer curso de comunes, y acto seguido me sumé a una pequeña multitud de jovencísimos chicos y chicas que parecían tan desorientados como yo.

Así fue mi entrada en la universidad, de la que llevaba años imaginando y recreando lugares, discípulos, maestros, pero también excelencias del conocimiento que era incapaz de definir, pero que allí estaban o debían de estar sosteniendo el anhelo que me había acompañado hasta el mismo borde de una utopía que siempre me había parecido mágica, aunque no realizable. Así es como ocurrió el advenimiento del milagro que se estaba produciendo: yo en la universidad, sin alarmas familiares ni sirenas denunciándome ante el tribunal de la sociedad, de la familia, del mundo entero.

La universidad fue para mí la entrada en otra forma de pensar, por mucho que estuviera en aquel momento dominada por el poder de la dictadura, como lo estaba la judicatura, la vida ciudadana y todo lo demás. De todo esto yo apenas me daba cuenta. Pero, de lo que sí me enteré muy pronto fue de que España era de una beatería insoportable, un conocimiento al que poco a poco fui añadiendo propiedades y atributos: un lugar donde los ciudadanos estaban atados de pies y manos para que no se les ocurriera pensar ni actuar de otro

modo que el decidido por el poder, cristalizado como pensamiento elemental, pazguato y reaccionario. Que yo no lo reconociera abiertamente en aquel momento, sí sabía que lo detentaba ese señor que presidía las aulas y los paseos y que se entronizaba a sí mismo como ejemplo de la sociedad que estaba creando. Y nadie parecía darse cuenta.

Los primeros días todo tenía un aire de novedad, tan esperado y tan mitificado cuando, desde mi papel de esposa y madre, estaba convencida de que nunca entraría en la universidad, o mejor dicho, que la universidad no era ya una opción para mí, que ya había elegido mi modo de vida, y que este modo de vida, el de puertas cerradas tal como yo lo veía, era el que le estaba destinado a la mujer casada que o bien nunca se planteaba cuál era en realidad su estado o vivía en el convencimiento de que no había forma de salir de su enclaustramiento. Sólo el hecho de entrar en el edificio con tal naturalidad como si fuera realmente una más de los alumnos y alumnas que esperaban en el Patio de Letras a que abrieran las puertas y entráramos a clase, me llenaba de gozo. Aun así, aun disfrutando de cada uno de los movimientos, a veces correrías, de aula en aula, recorriendo con el grupo de comunes al que yo pertenecía los patios como bandadas de pájaros, en el trasfondo de mi conciencia había a todas horas el mismo pensamiento cargado de inquietud: no, tú no eres una de ellos. Porque mi realidad, la que me definía como mujer en la sociedad de la que formaba parte, la que había dejado en casa, no era socialmente compatible en aquellos años con estudiar una carrera y ser una alumna más de aquel primer curso de comunes del curso 1959-1960, ni en el ambiente en que yo vivía ni en el ámbito mágico que entonces aún me parecía la universidad. Pero por otra parte, a mí me gustaba ese cambio constante de una personalidad a otra, como si me cambiara de careta, como si representara a un personaje y enseguida a su contrario en un alarde de destreza que me hacía sentir feliz. Todavía no me había dado cuenta cabal de que esta nueva y doble vida me introduciría en un ámbito distinto, que muy pronto dejé atrás lo que había imaginado, tal vez porque ya intuía el esfuerzo que tendría que hacer para conservar el equilibrio que exigía mi vida familiar, además del que, quizá con mayor urgencia, necesitaba en mi interior, donde crecían el pensamiento y las emociones para poder hacer frente a un reto que sin saber en qué consistía y qué me reportaría había elegido con la fuerza de una vocación inapelable. Aún no había aprendido que cada decisión que tomamos nos abre la vía a una nueva vida, y otra decisión dentro de esta nueva vida nos abre a otro aspecto inusitado que a su vez nos

remite a más y más capas del conocimiento y de las posibilidades que se nos presentan, tan lejos de la totalidad, del pensamiento único que dominaba la sociedad de aquel momento, y aún tardaría mucho tiempo en comprenderlo en toda su dimensión y en aprovechar este conocimiento para sumarlo conscientemente al destino que se abría ante mí.

Mis amigos, los que me fui haciendo poco a poco, se lamentaban de lo limitadas que eran las actividades a que se podían dedicar y de lo constreñidos que se sentían del bajo nivel de los profesores que teníamos. Y debía de ser cierto, era cierto, pero para mí la universidad, por más monjil que fuera, significó la apertura de alguna de las puertas que yo tenía cerradas hacia un pensamiento cuyo objetivo era la libertad. Aunque no habría podido definirlo así en aquel momento, tenía a todas horas tal sensación de exaltación y confianza en lo que había hecho y estaba haciendo que mi energía ya de por sí potente debió de acelerarse también y me vi capaz de cumplir con todo lo que se pedía de mí en el hogar, en la familia y en la sociedad, dedicándome además con profundo entusiasmo al estudio. Y fue allí, en esta universidad pazguata y cobarde, donde vi, descubrí y aprendí, donde nació mi compromiso político y fue conformándose mi pensamiento de izquierda, un tanto anarquista incluso, con sus múltiples confusiones, sobre todo al principio, que solventé o intenté solventar con las lecturas que estaban a mi alcance. Nunca hubiera creído entonces que de esta primera forma de entender mi papel en la sociedad viviría toda la vida, iría creciendo y fortaleciéndose conmigo; cuanto mayor fuera más de izquierdas me sentiría en el sentido pleno de la palabra, más general si se quiere, menos de experta y política y más de ciudadana sensible al dolor del mundo y a la injusticia, coincida o no esta palabra con la especial interpretación que de ella hacen los beligerantes partidos, facciones o bandos que en este mundo manejan y manipulan las ideas, que la entienden a su modo y manera o reniegan de ella bajo el disfraz de la «crítica razonable», como la llamó hace ya un siglo H. G. Wells.

Sí, la universidad era pazguata y cobarde, pero había profesores que muy pronto me sedujeron, como Gomà, que a las ocho de la mañana nos daba clase de filosofía, su significado y su importancia, donde cada pensamiento y reflexión parecía llevarnos a una forma distinta de entender el mundo y en ella la sociedad, al tiempo que paso a paso creí vislumbrar la desconocida estructura de mi mente. O Manuel Sacristán, profesor en Económicas —todavía no había inaugurado su nueva y flamante sede en lo alto de la Diagonal— que los lunes a las ocho y media de la tarde impartía en el aula 23 del

Patio de Letras un curso sobre «Existencialismo, neopositivismo y marxismo» al que asistí fascinada, consciente de que se me abría una nueva puerta al conocimiento. Ambas clases me llevaron a profundizar no sólo en los temas tratados, sino en mi propia forma de pensar y deducir, un campo ilimitado que se ofrecía a mi mente tan poco hecha hasta entonces a la reflexión teórica y al trabajo intelectual. Y curiosamente, más que descubrir nuevas formas de pensar, lo que hice sin apenas darme cuenta fue dar salida, desvelar las que yacían ocultas o inmóviles en las profundidades de mi conciencia. Fue así como advertí mi posición respecto de la religión que practicaba no tanto en sociedad como en familia: cada domingo hacía el ejercicio de comulgar, rezar, arrodillarme y levantarme, por supuesto con la mantilla puesta y al lado de mi marido. Hasta que un día, intentando escapar aunque sólo fuera por un día de aquella pantomima, inventé un pretexto para no ir a la misa de diez, que era a la que íbamos todos los domingos, e ir a la de ocho porque, le dije a Eduard, tenía mucho trabajo atrasado en casa, algo así como guardar la ropa de verano y sacar la de invierno o al revés, un ejercicio muy común en aquellos años en las casas que se preciaban de ordenadas. Y sí, salí pronto de casa, y por las calles vacías llegué a la iglesia, pero en lugar de entrar me senté en la terraza de un bar cercano y pedí un cortado que sorbí muy despacio y que me supo a gloria por la sensación añadida de que me estaba librando de una carga cuya importancia desconocía aún; al mismo tiempo sentía el inigualable placer de la transgresión, con la conciencia cada vez más clara de que esta, como el boleto de la canción, no tiene regreso. Sonaba en algún rincón oculto de mi mente la canción mexicana escuchada en algún programa de radio, o en un disco, no sé. Y en ese revoltijo de emociones inesperadas, sentada sola en aquella terraza vacía de la calle igualmente vacía a esas horas tempranas, se me reveló la estrategia a seguir, la del silencio, del disimulo, de la mentira, un arte que llegué a dominar y que me facilitó el camino tan normal e inocente que había emprendido aunque tan difícil para una mujer casada en aquellos tiempos en que no se contemplaba que tuviéramos ideas propias ni que tomáramos nuestras propias decisiones por extrañas e inusuales que fueran.

Una de las mentiras más grandes y difíciles de mantener que recuerdo, que no lo fue en sentido estricto, o al menos no del todo, la puse en marcha cuando comencé a esquiar, unos años más tarde, y le gané a un amigo su moto Harley-Davidson en una apuesta porque nunca creyó que yo aprendería a esquiar lo suficientemente bien en el año que me concedió para prepararme ni que podría descender el Mont Blanc, no a su velocidad de experto, pero sí a un ritmo que en

ningún momento le obligara a esperarme. Lo más complicado fue hacerme con el peso brutal de la moto, y más aún guardar el secreto en aquella Barcelona donde todo se sabía y se comentaba. Afortunadamente había encontrado un lugar oculto donde aparcarla en la entrada del abandonado parque Montarolas, detrás de mi casa, y un casco, que no era obligatorio todavía, en el que esconderme. Al cabo de unos meses, cuando comenzó a correrse la voz, se la devolví a mi amigo, aunque antes me di el gusto de hacer una larga excursión de tres o cuatro días al Cabo de Gata, conduciendo tranquilamente hacia el sur porque nadie podría reconocerme ni en la carretera ni en aquella solitaria costa donde sólo los que aguantaban el viento feroz vivían en rocas horadadas en la montaña gris, espectacular en su desolada belleza. Mi recuerdo más poderoso de aquel viaje, que oficialmente era a casa de mi madre en Madrid, es precisamente una mujer que, atraída por el ruido de la Harley, sacaba su cabeza cubierta con un pañuelo negro de la bamboleante cortina y me miraba con espanto.

Tuvimos otros profesores que se movían en el terreno de lo habitual sin excederse jamás ni siquiera en las propuestas, lo único que por otra parte se hubiera permitido. Eran buenos profesores, pero más en la línea de un buen maestro de escuela que de un catedrático de universidad tal como yo me los había imaginado. Recuerdo al profesor de latín, al que me dirigí en una ocasión no recuerdo para qué. Cuando me preguntó si me gustaba el latín hice un gesto mohíno como dando a entender que no demasiado, y le conté que ya lo había estudiado durante los siete cursos de bachillerato y me parecía que para lo que yo iba a hacer en la vida tenía suficiente.

Se equivoca pues, señorita, me respondió, nunca sabemos demasiado latín. El latín sirve para todo, incluso para cocinar. Sí, para cocinar, para cocinar hace falta sentido común y el latín, señorita, desarrolla el sentido común.

No sé si me convenció entonces, pero he recordado esta frase siempre, sobre todo cuando los diversos planes de estudios decidieron prescindir del latín como base de la educación de los estudiantes, y más aún al oír lo mal que habla en público la mayoría de personas, incluidos los políticos. Si por un milagro de la naturaleza Manuel Azaña, presidente del Gobierno de España y presidente de la Segunda República Española, resucitara y apareciera en el Congreso de los Diputados, creo que decidiría volver a la tumba para no tener que escuchar la vulgar y mediocre oratoria de la mayoría de diputados. Y es que es cierto lo que hace tantos años vaticinó mi profesor de latín: si no se desarrolla el sentido común, poca cosa puede funcionar en el

discurso y en su contenido, y mucho menos en el estilo, la dicción y la capacidad de transmitir el propio pensamiento.

Teníamos también a un sorprendente profesor de griego que no lograba conciliar los nombres que estaban en su lista con los alumnos asistentes, aunque no parecía preocuparle demasiado, obsesionado como estaba en meter en la cabeza de los pocos alumnos que habían firmado por todos los demás las diferencias que comportaba el idioma, tanto en las primeras declinaciones que nos hacía aprender como párvulos, como en el sofisticado estilo de los párrafos de los distintos autores clásicos que nos leía embelesado.

Del doctor Blecua, sabio, capaz de interesar a sus alumnos con los conocimientos que sabía transmitir y hacer disfrutar, y que nos daba literatura en primero y segundo, me hice amiga en el autobús que bajaba por la calle Balmes. Al principio teníamos unas conversaciones de lo más surrealistas. Él estaba un poco sordo y yo, que no lo sabía, no lograba entender lo que me estaba diciendo.

Me han dicho que tiene usted dos hijos, ¿es cierto?

Sí, doctor Blecua, tengo dos hijos, le respondía yo, y para continuar la conversación en el mismo tono añadía, y usted, doctor Blecua, ¿cuántos hijos tiene?

Y respondía él, cincuenta mil en Barcelona y cincuenta mil en Zaragoza.

Libros había entendido, no hijos.

En cursos posteriores, cuando yo andaba muerta de sueño porque estaba en mis primeros meses de embarazo, subía al autobús donde él ya estaba desde hacía cuatro o cinco paradas, me sentaba a su lado o cerca de él y le pedía que me despertara en la de la universidad.

Hija mía, decía él que no tenía ni idea de mi nuevo estado de buena esperanza según lo definía llena de admiración la portera de mi casa, no puede ir por el mundo tan cansada. Dos hijos cansan mucho, cuídese.

Me cuidaré, le decía yo, y apoyando la cabeza en el cristal me quedaba dormida en el acto.

Otras veces que yo no andaba tan cansada me hablaba de literatura. Qué tendrá este pastorcito madre que no viene, algo tiene en el campo que le detiene… recitaba con deleite, o cualquier otro verso de un poema de los cientos que pululaban permanentes en su privilegiada mente. Y era tan bella la expresión de su cara mientras los recitaba por milésima vez, manteniendo incólume su placer, que me parecía que del poema arrancaba una canción. Me gustaba hacerle preguntas porque las respondía con claridad, poniendo ejemplos, y añadía su opinión y comentarios sin que jamás le detuviera ni su papel

de catedrático emérito ni lo que se esperaba que se dijera de él. Es así, poco a poco, como fraguamos una hermosa amistad que disfrutábamos desde la parada del autobús en que yo subía hasta la de la universidad y luego el breve paseo, yo con mi bolsa azul de Swissair cargada con los libros, él con su permanente cartera cargada igualmente con los suyos. Desgraciadamente duró sólo los cinco años de mi estancia en la universidad.

Si no coincidíamos en el autobús, pedía ayuda al cobrador que entonces estaba sentado en la entrada y desde allí, además de cobrar, controlaba lo que ocurría.

Señorita, despierte, ya estamos llegando, decía, porque él, como todo el mundo, llamaba señoritas a las chicas y menos, mucho menos, señor a los chicos. En las casas con mucho servicio se llamaba señorito a los chicos o incluso a los hombres si no se habían casado aún. Y todos los ciudadanos y ciudadanas, aunque no hubieran ido a la escuela ni a la universidad, conocían su idioma lo suficientemente bien como para usar sin dificultad el usted y el tú sin cometer errores.

Sin embargo, mis soñolientos viajes en autobús ocurrieron más tarde, cuando yo ya estaba en cuarto curso. En primero fue donde el doctor Blecua y yo nos conocimos, por decirlo así, fuera del ambiente académico, cuando ya se hizo público en la universidad, al final del primer trimestre, que yo estaba casada. No puedo recordar cómo se supo, yo deseaba que no trascendiera, pero una chica que había conocido a uno de mis hermanos y se sabía de memoria la historia de mi familia, la fue contando a todos los del primer curso de comunes. En aquellos momentos mujeres que estuvieran casadas no las había en la universidad ni estaba previsto que las hubiera tampoco, y el hecho causó una pequeña conmoción que de todos modos no llegó a escándalo. Yo tenía entonces veintitrés o veinticuatro años, lo que quiere decir que era mayor que todos los alumnos, incluso de los que estaban en el último curso a los que yo apenas conocía, pero a nadie se le había ocurrido que yo fuera mayor, tal vez porque tenía cara de niña o porque no iba ni maquillada ni peinada de peluquería con el cabello crepado al estilo de las mujeres casadas de aquel momento que parecían presumir de la seriedad y elegancia que les confería su condición. O tal vez no vieron que era mayor que ellos porque era de temperamento alegre y no les encajaba en el perfil de una mujer casada. No lo sé, la cuestión es que como la noticia debió de sorprender se formaba un pequeño revuelo cuando yo aparecía cerca de un grupo, el cual estaría hablando de ello porque inmediatamente se hacía el silencio.

Amigos

Entretanto yo ya había hecho varios amigos. Los tres más cercanos fueron durante los dos o tres primeros años: Salvador Clotas, que estaba en tercer curso con Helena Valentí, Juan Antonio Masoliver y Manolo Vázquez Montalbán; el segundo, Miguel Barceló, que iba al mismo curso que Salvador, y el tercero, Paco Rico, Pacolete Rico Manrique como más tarde lo llamaría Gil de Biedma.

En este primer curso Salvador salió elegido delegado de curso, cuando yo ni siquiera sabía qué significaba, pero me di cuenta de que este nuevo cargo, a mi forma de ver, lo había hecho muy popular y le daba un gran prestigio entre los estudiantes sobre todo de los primeros cursos. Era alto, elegante e iba siempre vestido con cierto estilo que casaba muy bien con su forma de hablar y de dar explicaciones sobre los hechos, pequeños sucesos que acontecían en aquel segmento de la universidad al que nosotros pertenecíamos. Tenía, andando siempre de un lugar a otro, ese aire de una persona que está por lo que hace y no se puede detener mucho rato contigo porque está solucionando problemas.

Miguel, por el contrario, se jactaba de cargarse todo lo que se le ponía por delante. Iba mal vestido para lo que se estilaba en aquel momento, aunque ahora mismo habría pasado desapercibido. Era locuaz, inteligente y arrastraba o parecía arrastrar un gesto amargado un poco a lo James Dean. Nunca supe hasta qué punto se estaba creando un personaje maldito, pero era muy capaz de soltar una exclamación soez aunque fuera en respuesta a una pregunta discreta. Le encantaba escandalizar. Cuando ya éramos muy amigos, a mediados de curso sería, estaba yo con un grupo de chicas esperando para entrar en la clase y se nos acercó Miguel, y yo le dije, Miguel, qué bonita corbata llevas hoy. No sé si porque estaba de mal humor, porque mi tono desenfadado lo confundió o porque adjudicó al piropo mucha más ironía y burla de la que cargaba, el caso es que con una expresión de profundo asco y en un tono más bien agrio me respondió sin pensarlo, ¿me meto yo acaso con tus bragas? Así era, pero escribía unos poemas que a mí me fascinaban en un momento en que la poesía

y yo no habíamos tenido aún una relación demasiado intensa. Era mallorquín y cuando volvía de sus vacaciones en Palma donde residía su familia, convocaba a sus amigos poetas a la habitación de la pensión de la Rambla en la que vivía para celebrar lo que con ironía, pero con un punto de orgullo, llamaba una «sobrasada *party*». Había poco más que pan, excelente sobrasada y mucho vino, pero el ambiente era como de otro mundo. Una habitación pequeña, la cama el único lugar donde sentarse y dos minúsculos espacios, uno junto a la cama y el otro a sus pies, tan estrechos que apenas podía contener de pie a los que habíamos llegado tarde, pero daba igual. Recuerdo la inacabable sorpresa la primera vez que fui, allí es donde conocí a Jaime Gil de Biedma, a José Agustín Goytisolo y a Gabriel Ferrater —poco amigo de *parties*, como se llamaban entonces a estas reuniones con vino o con *whisky*, pero muy amigo de poesía y alcohol—, y tal vez también a Carlos Barral. Se comenzaba leyendo poemas en voz alta y poco a poco se encendía la conversación para acabar discutiendo hasta el paroxismo el ritmo de un verso o el significado de una metáfora. Nunca había visto discutir de este modo por una palabra que en opinión de uno de ellos estaba mal colocada o no era la precisa o no tenía la intensidad requerida ni debatir los contenidos ideológicos de los poemas. Otro mundo de significado se abría ante mí tan cargado de posibilidades y de intensidad como al cabo de muy poco lo sería el descubrimiento de los conceptos filosóficos o el ámbito donde yacía el compromiso político y social a los que yo nunca había visto de este modo, o de ningún otro diría yo, por lo menos no desde el análisis racional, intelectual, que si habían despertado, yo mantenía en los parámetros del sentimiento, de la pena e incluso de la solidaridad, pero siempre dentro de esos límites.

Fui a tres o cuatro de las «sobrasada *parties*» a las que Miguel me invitó porque habíamos logrado hacer entre los cuatro, Salvador Clotas, Miguel Barceló, Paco Rico y yo una especie de pequeño grupo en el que nos encontrábamos muy cómodos discutiendo a todas horas de lo divino y lo humano. Ellos, infinitamente más enterados que yo, aunque cada uno a su manera, tanto de lo que se refería a la universidad, a los profesores y a los alumnos, como a todo aquello que tenía que ver con lo político y lo social, con la poesía y la literatura, por más que he visto cómo los tratamos hoy, parecería más bien que nos refiriéramos a los prolegómenos de una ideología para párvulos. Pero aun así sus palabras eran textos que yo escuchaba con atención y recogía y luego trituraba en mi pensamiento con los pocos elementos de juicio de que disponía, pero que poco a poco me iban abriendo las puertas a un criterio que me permitía utilizarlos con seguridad y

aplomo, seguramente para disimular mi gran ignorancia en todos aquellos temas que constituían el grueso de nuestras conversaciones y de la de muchos otros estudiantes.

Paco Rico era distinto, nos echaba miradas de incomprensión que querían marcar las distancias con todos los asuntos que trataban del menguado orden político en que vivíamos y del que hablábamos, como si eso no fuera con él, como si lo importante fuera sólo a lo que él se dedicaba, la literatura en todos sus aspectos y condiciones, con especial interés por lo clásico, pues creía que había conseguido una verdadera plenitud. Por supuesto sería a esto a lo que se dedicaría toda su vida con gran éxito, como así ha sido, nada que tuviera que ver con esos discursos cargados de quejas y de falsas esperanzas de Salvador y Miguel, dedicándoles de vez en cuando una broma finísima o la frase hiriente de alguno de sus autores del siglo XVI o XVII como para reforzar la opinión que le merecían a él. Joven, jovencísimo, tenía una forma de hablar que debía de haber aprendido de un anciano cargado de experiencia y debía de haber practicado mucho porque lo hacía extremadamente bien. Recuerdo el día que nos fuimos a desayunar al Heidelberg, un café alemán de la Ronda de la Universidad, y él se adelantó a saludar a una chica que sentada en una mesa del fondo y ajena al jaleo de estudiantes de la mañana escribía incansable en su cuaderno. Cuando volvió a nuestra mesa, a modo de simple explicación, como dando por supuesto que conocíamos a la chica, nos dijo, con un aire un tanto soñador, Cuando yo era joven estaba muy enamorado de Ana María Matute. Miguel le soltó no sé qué exabrupto que no le afectó en absoluto, pero a mí me impresionó ver a aquel muchacho de diecisiete años escasos hablar con ese tono de estar de vuelta de todas las cosas y poder referirse a las mujeres como si fueran poemas. Porque Paco era también poeta, muy buen poeta, diría yo. Recuerdo un precioso poema llamado *Aula 23 patio de letras* que comenzaba con un verso portentoso para los que comenzábamos a estudiar en la universidad: «Hemos venido para…»; este me hizo reflexionar mucho más que todos los consejos que los catedráticos se permitían darnos al comenzar la primera clase del día.

Aquella forma de actuar la ha conservado Paco durante toda su vida alternándola con periodos, breves pero intensos, en los que concitaba confidencias de alguno de nosotros, se convertía luego en confidente, a su vez le contaba sus secretos siempre de amor y luego volvía a su actitud falsamente distante. Desde entonces se ha dedicado a su vocación de estudioso y editor de los clásicos y ha hecho una magna carrera reconocida en todo el mundo universitario, y en el mundo de los sabios, como lo llamó a él uno de mis hijos cuando lo

conoció. Con intervalos de ausencia nos hemos visto y he seguido, aunque de lejos, su carrera siempre en la línea de la que ya vislumbrábamos en aquel año de 1960.

Salvador, más comprometido políticamente, hizo su entrada en el partido socialista y llegó a ser tan importante que todos estábamos seguros de que habría sido nombrado ministro de Cultura en uno de los gobiernos de Felipe González. Yo lo veía poco entonces porque ya llevaba algún tiempo en el extranjero, pero fue una gran desilusión para mí y para muchos más implicados que yo en el partido socialista. Lo reconozco.

A Salvador sí lo he seguido viendo en Barcelona, aunque más en Madrid cuando viví allí entre 1994 y 2007. A Miguel en cambio lo perdí de vista tras aquella amistad que parecía unirnos para no ser separados jamás. O tal vez es que a mí me lo parecía o que todavía estaba en una edad en la que creía que para ser verdadero un sentimiento o una emoción y cualquier situación derivada de ellos, matrimonio, amor, amistad, confianza… debían ser igualmente eternos.

Un día, a la hora del café, me di cuenta de que querían decirme algo o que se habían preparado alguna cosa y no sabían cómo plantearla. Así fue, habían oído algún comentario de que yo estaba casada y quisieron saber si era cierto. Sí, lo es, no tuve más remedio que reconocer. Conque estás casada y cargada de hijos, ¿no es así?, añadió Miguel con sorna. Cargada no, respondí, pero sí, tengo dos hijos. El hecho es que no me creyeron, estaban convencidos o al menos así me lo hicieron ver de que era una historia que me había inventado supongo que para darme importancia o para que se hablara de mí.

Bueno, pues invítanos a tu casa para que conozcamos a tu familia, dijo Salvador. Y así fue como se presentaron los tres muy serios y no tan convencidos ya de que yo mentía a mi casa de la plaza Adriano sobre las siete y media de la tarde, y se quedaron de un aire cuando les presenté a Eduard, mi marido, que se levantó un momento para saludarles y volvió a su sillón junto al fuego para continuar con su crucigrama de *La Vanguardia*, los niños corriendo a su alrededor en una escena de lo más familiar. Paco, que tenía y ha tenido toda la vida una tendencia a aprovechar cualquier ocasión para mostrarse pedante a morir, miró la página del periódico y le dijo a Eduard, Si necesitas ayuda, dímelo, estos crucigramas yo los hago completos sólo con las horizontales. Eduard fue el que se quedó entonces de un aire porque la seguridad de Paco no le dejaba más opción que creerlo sin ni un atisbo de duda y no pudo evitar poner cara de profunda admiración. Fue una

velada divertida, mucho más de lo que cualquiera podría haber imaginado, que duró hasta bien entrada la noche con *gin-tonics*, vino, y cuatro cosas que saqué de la nevera y calenté en la cocina para que cuando asomara el recuerdo como asoma ahora, aquella noche no fuera únicamente una noche alcohólica.

Vida de familia, vida de estudiante

En esta dicotomía de la vida de familia y la vida de estudiante tan mal aceptada por mi entorno cifro el inicio de mi feminismo, que en aquel momento definí con un concepto que no he abandonado aún a pesar de los cambios en las prioridades en la defensa de los derechos de la mujer que he vivido en tantos años: la defensa de la igualdad, lo que me llevó también con los meses y los años a un replanteamiento de las responsabilidades que implicaba la maternidad para poder adecuarlas a esta igualdad que defendía. Y es en ella que transcurriría mi vida. Descubrimientos a diario de amigos, situaciones, actitudes ante los que me veía obligada a tomar y mantener a toda costa mi criterio o mi decisión, no tanto para defenderme como para dejar clara cuál era mi posición. Recuerdo que, en segundo sería, tuve que ir a renovar el pasaporte y en el momento en que el funcionario que iba rellenando los espacios vacíos de mi solicitud —así se hacía entonces debido a tanta gente que no sabía leer ni escribir— llegó al apartado ocupación dije, Estudiante, levantó la mirada y me dijo, bueno estudiará usted idiomas o piano, esto no cuenta.

No, respondí, soy estudiante en la universidad.

No, esto no puede ser, espere un momento.

Se levantó y se retiró al interior de la oficina de la que volvió al cabo de un instante diciendo que tenía que llevarle los papeles conforme estaba matriculada. Por suerte los había traído conmigo, así que los cogió y desapareció de nuevo al oscuro interior donde debía de estar su jefe. Volvió al cabo de un rato y me dijo que esto había que consultarlo con Madrid, lo habitual entonces, y que tendría que volver al cabo de un mes para obtener respuesta… Y eso hice. Volví al cabo de un mes. Me recibió el mismo funcionario con una amable sonrisa, le hacía gracia la situación.

Bueno, siento decirle que no está permitido poner estudiante en el documento de una mujer casada.

¿Cómo que no está permitido? ¿Acaso no es cierto?

Sí, señorita, lo que quiero decir es que no es que se prohíba, es que la ley no lo contempla.

No sabía qué decir a esto, me quedé callada hasta que él habló de nuevo.

Lo siento mucho, señorita, pero hay que poner «Sus labores».

Yo no quiero poner mis labores.

¿Acaso no las ejerce?, preguntó él con la risa más burlona.

Sí, las ejerzo y muy a gusto, pero las labores no son una ocupación, la ley no las contempla como tal.

La sonrisa burlona era la mía en aquel momento, pero él se lo tomó muy bien.

Bueno, dijo como si se hubiera cargado de paciencia. Pues ya me dirá qué hacemos. Pero al ver mi silenciosa decepción se le ocurrió una idea.

¿Le gustaría más si pusiéramos algo general como por ejemplo «prensa»?

Me encantaría poner «prensa» en mi pasaporte, respondí agradecida.

Y prensa pusimos, y repetimos cuando caducó el pasaporte una, dos y no sé cuántas veces más, lo cual me permitió el día final de las elecciones generales del Reino Unido de 1970, que me sorprendieron en Londres, entrar sin invitación a la sala de prensa de los laboristas y para mi profunda decepción asistir a la inesperada derrota de Harold Wilson que dio paso a uno de los gobernantes *tories* menos atractivos que ha tenido el país en las últimas décadas, Edward Heath.

Sí, es cierto, tantas veces me veía obligada a defender con más ardor del que me provocaban situaciones políticas tanto más evidentes y fundamentales en la universidad que en casa, donde los niños crecían y reían y llenaban unas horas ya de por sí atiborradas de preocupaciones, trabajo y alegría. Y lo vivía como podía porque Eduard se debatía aún entre lo que yo defendía y la información y opiniones siempre asentadas en la moral y las buenas costumbres que recibía de su familia y sus amigos. Y de *La Vanguardia*, todo hay que decirlo, que en aquel momento era el pan espiritual de nuestro entorno, tal vez porque la media burguesía catalana que tan poco conocía pero en la que me movía, tenía la misma facilidad que *La Vanguardia* de ponerse siempre del lado del vencedor. Hay muchas situaciones de cierta violencia que ya casi no recuerdo porque en aquellos momentos no tenía a quien contárselas. Mis hermanos, mi clan inamovible, estaban todos ausentes. Oriol, el pequeño, se había embarcado en el Junco Rubia que tardó nueve meses en hacer la travesía de Hong Kong a Barcelona; Georgina, que cuando el abuelo la echó de casa por cualquiera de las minucias que tenía por costumbre confundir con los más graves delitos, estuvo unos meses viviendo con

Eduard y conmigo, pero cuando yo decidí ir a la universidad ella ya había organizado su vida en Oxford, y Xavier, que había vuelto de Venezuela a donde había ido lleno de entusiasmo como iban antaño los catalanes a Cuba, no tanto para hacer fortuna, sino para casarse y romper con un pasado, había vuelto de todos modos cargado de dólares y divorciado de Chon, una amiga de nuestro colegio con la que se había casado por poderes tres o cuatro años antes, y tras unas semanas en Barcelona desapareció y no volvimos a saber de él durante una larga temporada hasta que nos sorprendió con un mítico telegrama, «Contento comunicaros mi última boda. Abrazos, Javier», que así se llamó con la dictadura y no Xavier como se llamaba cuando nació. Y tal vez sea cierto que aquello que no se nombra, de lo que no se habla, pierde realidad, y la sombra del recuerdo de los hechos que hubiéramos querido compartir, aunque permanece, la va confundiendo el tiempo con un sueño o una quimera, porque casi ni siquiera con *flashes* esporádicos recuerdo las dificultades que tuve que afrontar en aquellos meses o años de sus ausencias, que debí superar dejándome consolar por mi vida de familia y el entusiasmo con que vivía mis estudios en aquella universidad cuyos métodos y contenidos todos deploraban menos yo, que como una mancha de aceite fue extendiéndose a mi vida entera.

También es cierto que a menudo nada era lo que parecía ser y de pronto surgían ayudas inesperadas que me llenaban de esperanza. Como aquella improvisada cena que organizamos en casa el día que fueron a visitarme mis amigos Salvador, Miguel y Paco cargados con su escepticismo, tan llena de controvertidos argumentos en pro y en contra de diversos asuntos que pasaban de un extremo a su contrario, como corresponde a la apasionada conversación de quienes se encuentran en una situación que no esperaban y se sienten estimulados por la sorpresa y dispuestos a compartir y discutir hasta que se acabe el mundo. Supuso momentáneamente al menos la solución al problema que mis estudios en la universidad habían provocado; tal vez no declaradamente problemas, pero la noticia pasó por la familia de Eduard y también por él como una tromba marina cuya fuerza era difícil de prever porque iba y venía como las tormentas del viento de Levante de final del verano que se sabe cuándo comienzan, pero jamás cuándo acaban. Eduard, tras mi enfrentamiento con los equipos de matrimonios, que aun sin ser tal así lo había vivido él, andaba un poco conmocionado sin saber muy bien cómo reaccionaría, y aunque en una larga conversación que sostuvimos el día que le hablé de mi decisión de comenzar los estudios en la universidad, negó que creyera que tal decisión se debía a una

reacción a todo lo que había ocurrido cuando los amigos de los equipos de matrimonios dirigidos por Jordi Pujol se enteraron de que había sido seleccionada para los campeonatos nacionales de gimnasia que habían de celebrarse en Madrid, sí sostuvo que se debía a ese algo que bullía en mi interior, una especie de inquietud, dijo, que no sabía definir muy bien, pero que entendía que era inapelable. Y bien mirado, añadió, mejor que hayas salido por ir a la universidad por raro que sea en una mujer de tu condición, casada y madre de dos hijos, que con cualquier otra cosa que pudiéramos imaginar. No dijo lo que había imaginado, pero por la cara que puso entendí que cualquiera de las opciones era un descalabro para él, para mí, para nuestra relación, nuestra vida de familia y la crítica de la sociedad en que vivíamos. Así que se conformó con esa forma de estar en contra, que adoptaba entonces ya y que siguió adoptando a lo largo de toda su vida, coronada por una pincelada de satisfacción e incluso de orgullo que descubríamos primero yo y con el tiempo nuestros hijos, con un casi invisible rictus en una sonrisa apenas esbozada, que de todos modos él nunca habría reconocido. Lo noté cuando tuvimos que comunicarlo a su familia que, respetuosos como eran, apenas se pronunciaron en los aspectos sociales y familiares que tal decisión podía provocar, pero estaba claro que se sentían profundamente decepcionados por ella. No porque creyeran, como era el caso de otra gente, que la nueva situación me impediría cuidarme de los hijos y por tanto de ser el tipo de madre que se esperaba de mí, sino por algo infinitamente más sutil y difícilmente comprensible, como la profunda convicción con que una de mis cuñadas anunció que les habría gustado más que sus sobrinos fueran hijos de una mujer normal.

Socialmente normal, pensé yo entonces, aunque ni siquiera socialmente en su sentido más general, sino limitado a una pequeña parte de una sociedad que se reconocía como tal por el o los barrios donde vivía, la religión que practicaba y la moralidad y las costumbres que consideraba imprescindibles para poder enorgullecerse de esta cualidad que alcanzaba a cualquier manifestación y comportamiento que definía su grupo social; no el único que aceptaba, pero sí el único que admiraba y en el que se sentía a gusto.

Será como la patria, me decía yo, entonces que no tenía ni conocimiento ni sentimiento que me ayudaran a ver de dónde emanaba la fuerza que unía la gente a un determinado lugar, habitualmente el que la había recibido al nacer, en el que hombres y mujeres comparten ideas y creencias que los unen hasta tal punto que nada fuera de él puede sustituir la convicción de que se encuentran en su propia casa.

Fue ese día cuando me di cuenta con sorpresa de que Eduard, tímidamente al principio pero luego con más convicción, se había puesto a defenderme, sin rebatir esa idea que había asomado de la normalidad, pero como haciendo alarde de una comprensión más amplia que le permitía aceptar formas de comportamiento que hasta el momento ni siquiera podía imaginar que hubieran existido. Creo que a ello le empujó además ver que mis amigos de la universidad no eran ni tan raros ni tan anormales como debió de pensar cuando me vio a mí metida en ese ambiente estudiantil que la prensa hacía responsable de las protestas que había de vez en cuando en la universidad, de conatos de manifestación que acababan en persecuciones y detenciones e incluso delitos ocurridos en la ciudad, pero que se atribuían a los estudiantes que parecían querer acabar con los veinticinco años de paz que gracias a la Iglesia y al franquismo conmemoraríamos agradecidos en todo el país el próximo año de gracia de 1964.

Una casa abierta

A partir de aquel momento y durante muchos años, nuestra casa fue una casa abierta, ahora a los estudiantes, más adelante a los poetas y escritores, a los editores, a los artistas y a los fotógrafos. Fue así hasta tal punto que en Cadaqués, donde en 1960 comenzamos a pasar los veranos en una casa tan abierta que por las noches dejábamos la puerta sólo ajustada y los amigos que llegaban no tenían más que empujarla, aunque fuera una hora intempestiva, y anotar en el plano de la casa con sus camas aún no ocupadas que colgábamos en la entrada bajo el resplandor de una tenue bombilla el lugar donde habían decidido pasar la noche, de modo que yo al levantarme por la mañana ya sabía para cuántos tenía que poner la mesa y para cuántos Anna y Eduard, mis hijos mayores, tendrían que traer pan y leche para el desayuno. En Barcelona no fue tan ostentoso, pero igualmente cierto. Recuerdo que cuando estaba ya en quinto curso, en el año 63 o 64, me hice con una copia de *El acorazado Potemkin* de Eisenstein que un amigo me consiguió a condición de que organizara un pase en mi casa. Hacía muy poco tiempo que nos habíamos cambiado a un piso más grande que el diminuto donde habíamos vivido nuestros primeros años, porque ya teníamos entonces cinco hijos: David, que había nacido al final del tercer curso, primero de especialidad, y los gemelos Mariona y Loris, que nacieron en enero del quinto, mi último curso. Habíamos encontrado un piso mucho más grande y a un alquiler bastante barato, y como teníamos poco dinero decidimos gastar todo lo que teníamos en una preciosa moqueta de color verde hierba que alfombraba las grandes habitaciones del frente pensadas para ser el salón, la biblioteca y el comedor, aunque de momento quedaran totalmente vacías, lo que por otra parte resultaba perfecto para el pase de una película con bastante gente, pues todo el mundo podía sentarse en el suelo. La película estaba prohibida, así que cuando invitaba a alguien le decía siempre que no lo pregonara a los cuatro vientos, pues nos exponíamos a que la policía se enterara. Dos o tres días antes de la noche que habíamos elegido, tuve que ir a la Facultad de Económicas en la Diagonal porque participaba en unas carreras de relevos, y

estaba en el bar tomando un café con un amigo cuando oí que del otro lado de la barra un chico le decía al otro, Oye, nos vemos mañana por la noche en lo del Potemkin. Se me heló la sangre en la venas porque pensé que si esos dos chicos, a los que no conocía de nada, contaban con ir a mi casa, es que la noticia se había extendido por las facultades y serían multitud los que vinieran.

La noche del pase comenzó a llenarse la casa muy pronto y no paraba de llegar gente que yo iba situando en el suelo bien juntos unos con otros para que cupieran todos los que imparablemente entraban por la puerta, la cual no logramos cerrar hasta las 10. A todas estas llegó Eduard. ¿Qué pasa?, ¿qué es toda esta gente?, ¿te has vuelto loca?, me preguntó cuando me hubo encontrado en el fondo de lo que sería el salón, donde habíamos puesto la pantalla. Es por el *Potemkin*, dije yo como si fuera lo más natural. Eduard sabía que habíamos organizado el pase, pero lo que no sabía, como tampoco lo sabía yo, es la multitud que asistiría. La moqueta, dijo inmediatamente Eduard, todos fumando, se nos van a cargar la moqueta que es nuestro más preciado bien. Así que antes de que comenzara la película me dirigí a la desconocida multitud contándoles la verdad, que acabábamos de mudarnos, que estábamos estrenando la moqueta y que por favor no fumaran porque si lo hacían, inevitablemente la llenarían de cenizas y la dejarían, sin quererlo, llena de agujeros.

Comenzó la película, se hizo el silencio que no se alteró ni siquiera durante la mítica escena de las escaleras de Odessa. Nadie encendió un cigarrillo en toda la noche y cuando se retiraron los desconocidos tras darnos amablemente las gracias y se quedaron los pocos amigos de siempre, pudimos comprobar que nadie había fumado porque no había ni un solo agujero en la alfombra ni rastro de cenizas en el suelo.

No hace mucho todavía se me acercó en el cine un señor desconocido que agradablemente se presentó como un antiguo estudiante de Arquitectura para decirme que había estado en mi casa la lejana noche de 1964 en que nos reunimos tantísima gente para ver *El acorazado Potemkin* y que entonces no había podido acercarse para darme las gracias y que lo hacía ahora aunque ya hubieran pasado casi cuarenta y cinco años.

En una sociedad tan vigilada de la que se controlaban los movimientos de la gente hasta la más oculta y profunda de sus ideas, se vivían situaciones de una extraña solidaridad por elemental que pudiera parecer, que propiciaba los encuentros entre desconocidos, pocos o muchos, para ver una película prohibida, asistir a una reunión

subversiva o un encuentro para organizar una manifestación, aunque menguada como eran todas. Sí, estas cosas ocurrían: se corría la voz de alguna de ellas, siempre sin permiso por supuesto y bien porque la policía tardaba mucho en enterarse o porque ignoraba o menospreciaba el alcance de la importancia del evento, acabábamos asistiendo sin haber sido invitados por los organizadores, sin que nadie nos acompañara a la puerta para abandonar el local y sin que nos sorprendiera la policía con golpes en la puerta para llevarnos a comisaría. Y lo mismo ocurría con fiestas en lejanos barrios, reuniones con música que alguien había traído del extranjero, lo cual era un verdadero acontecimiento, o encuentros de jóvenes intelectuales que uno tras otro leían sus poemas y recibían complacidos a los desconocidos que habían acudido a escucharlos.

Compromiso político

Aquellos cinco años de universidad me descubrieron una ciudad que yo ni siquiera había imaginado y cuyos modos y maneras se alargaron mucho en el tiempo hasta perecer sustituidos por otros, que son los que rigen hoy, más dados a encuentros programados, amistades cerradas, cenas a plazo fijo, todos desconocidos entonces entre estudiantes, escritores o músicos, aunque nunca llegaran a ser los preferidos en los ambientes más sofisticados y poderosos de la ciudad.

Recuerdo, por ejemplo, con qué naturalidad me preguntó Carlos, un amigo de primero de especialidad, si podría dejarle mi casa para una reunión durante unas horas. ¿Por qué yo? le pregunté porque me barruntaba que no quería mi casa para una fiesta, sino para una reunión clandestina. Bueno, me han dicho que tienes una casa bastante grande. ¿Y quiénes sois y cuántos los que iríais a mi casa? Que me dijera de quién se trataba fue la parte que más me costó sonsacarle, y aunque no me lo dijo abiertamente, como lo conocía un poco acabé entendiendo que se trataba bien de alguien muy cercano al PSUC o del propio PSUC, que por aquellos años provocaba mucha confianza en los estudiantes. Mi educación política y mi criterio sobre la situación en la universidad y en la sociedad se había ido consolidando en los primeros años, aunque tal vez sería más exacto decir que lo que se había consolidado era mi conocimiento sobre los que militaban en un partido o en una organización y dentro de ellos qué ideología defendían y cuál atacaban, cuestión no tan sencilla como podría parecer porque procedían de orígenes políticos distintos o porque sus movimientos oscilaban de unos a otros dejando a veces estelas que concitaban la crítica y los desencuentros. Había recibido incluso propuestas para involucrarme en alguno de ellos, el PSUC concretamente, que tenía todas mis simpatías y de todos ellos era el que entendía mejor. Los partidos políticos, los grupos que se estaban organizando estudiaban el panorama y luego preparaban acercamientos a la persona elegida. Todo esto en sordina, a media luz, no sólo porque estaba prohibido ferozmente, sino porque eran pocos los que querían situarse claramente en la oposición al régimen. Yo fui

abordada por Quimet Sempere, un jovencísimo estudiante que nunca supe si por mandato o por propia decisión se dedicó a ilustrarme sobre los orígenes y la organización del PSUC, con tal tenacidad que si no hubiera sido porque era la persona más encantadora del mundo y una de las más inteligentes, me habría producido la reacción contraria a la que quería provocar. Nos veíamos muy a menudo y yo tenía dificultades muchas veces para llevar preparadas preguntas sobre las dudas que me habían surgido desde nuestra última conversación, un poco también para ayudar a mantener vivo el interés de la charla y agilizar su desarrollo, lo que no siempre era fácil, pues Quimet era muy tímido y creo que a veces debía de sentirse incómodo con mis bromas nacidas en el corazón mismo de otra timidez, la mía, que nadie habría reconocido como tal. Al cabo de unos meses él se fue a Palma de Mallorca a cumplir su servicio militar, pero cuando volvió de permiso me vino a ver a la universidad con una inmensa ensaimada de regalo bajo el brazo. Me emocionó, y aunque parezca una tontería aquella ensaimada selló una amistad y un cariño por mi parte del que desgraciadamente él no se enteró. Desde entonces apenas nos hemos visto, una o dos veces quizá y con mucha gente, pero yo he seguido su camino siempre pensando que de un modo u otro, hiciera lo que hiciera, pues muchas cosas hizo y no siempre bien comprendidas por mí, había algo tan cercano en su evolución y su vida que hasta hoy mismo sigo manteniendo vivo el mismo interés por ellas como si no hubieran sufrido el desgaste del tiempo.

Los estudiantes interesados en movimientos políticos clandestinos nos veíamos un poco como conejillos de indias, aunque estábamos contentos de haber llamado la atención de quienes se nos acercaban, porque la mayoría no teníamos más conocimientos en la materia que los que se referían únicamente a la superficie de intenciones, organización y en algunos casos alguna acción o proyecto que nos llegaba en forma de rumor. No era raro que recibieras invitaciones para asistir a actos, charlas o encuentros con grupos de muy distinta ideología que muchas veces parecía que te habían elegido por sorteo. Yo misma, durante el primer año cuando todavía no me había definido todo lo públicamente que nos podíamos permitir entonces, fui invitada por un estudiante que apenas conocía, en un aparte como para que no trascendiera: me propuso asistir a unas reuniones en un local en la parte alta de Barcelona que más tarde, creo que me lo dijo Eugenio Trías, supe que pertenecía al Opus Dei. No puedo entender qué es lo que al Opus Dei le rondaba por la cabeza cuando envió un mensajero para que me convenciera de asistir a una de sus reuniones preiniciáticas. En aquellos años yo ya era una persona conocida en mi

pequeño mundo estudiantil, no por ponerme aún el mundo por montera, pero sí por actuar un poco al margen de las normas sociales aceptadas en la ciudad y en el país de lo que había hecho bandera alguna vez en el Patio de Letras o en conversaciones no privadas, de estar en contra del soberano papel que la Iglesia ejercía en España. No fui a la reunión del Opus, claro está, ni volvieron a invitarme jamás, pero tampoco acepté entrar en ningún partido quizá porque tuve siempre la idea de que me quedaba mucho por conocer de los movimientos políticos de mi país y sería un poco absurdo afiliarme a uno cuando no tenía idea de cómo serían y qué defenderían todos los que de momento no conocía. Algo debió de influir también lo poco aficionada que soy a jurar fidelidad a una idea que como todo lo que existe se mueve, cambia, crece y muere, tal como había entendido los diversos conceptos filosóficos y su historia a través de los siglos que con tanto afán y apasionamiento leía y estudiaba.

Sí, durante algunas semanas, presté mi casa a unos amigos que casi no conocía y de los cuales no sabía el nombre ni podría haberlos identificado, para que allí se reunieran entre las 4 y las 7 horas. Yo podía ausentarme durante ese tiempo y por otra parte estaba segura de que Eduard, mi marido, no estaría; asimismo, siempre contaba con la connivencia de Alfonsa, la asistenta que vivía con nosotros.

Una casa muy burguesa, me dijo Joaquim Molas, un joven profesor que con los años se convertiría en uno de los catedráticos de literatura contemporánea más queridos y reconocidos de la facultad de Filología. Me abordó en las escaleras y me dijo de sopetón, Una casa muy burguesa la tuya. No sabía de qué me hablaba. Sí, los cuadros que tienes en las paredes lo corroboran, insistió como si no se percatara de que yo no sabía de qué me hablaba. Pintores conocidos teníamos en casa uno de Tisner (Artís Gener), un catalán exiliado a México, que me lo había enviado cuando me casé; dos dibujos de Grau Sala, herencia en vida de mi padre; un dibujo de Obiols que sirvió para ilustrar nuestras invitaciones de boda, y alguno más muy poco conocidos; aparte los dibujos de mi hermano Xavier. Así se lo dije cuando reaccioné.

Lo digo por el aire general de la casa, con sofás, libros y pinturas en las paredes (insistió en lo de las pinturas no sé por qué), como si la comodidad dominara sobre cualquier otro proyecto de vida. Sí, es una casa burguesa diría yo.

Será porque para mi desgracia no he nacido ni en Badalona ni en el Baix Llobregat, repliqué.

Ya sé, ya sé, dijo como dando a entender que conocía los orígenes burgueses de mi familia. Una acusación que me hizo entonces, un

tiempo de despertar de los jóvenes a la izquierda en que parecía que si no habías nacido en un barrio obrero, no tenías derecho siquiera a formular acusaciones sociales, y que se me ha hecho durante toda la vida como si yo, en lugar de ser la bisnieta de Tito Regàs y Rosa Ardévol, humildes chocolateros que vivían en la calle Gignás en el barrio húmedo de Barcelona donde regentaban una modesta chocolatería de chocolate a la piedra, hubiera sido hija de una de las grandes y antiguas familias de la ciudad. Apellidos catalanes, si a esto se refería su acusación de pertenecer a la clase burguesa, que tan de moda están hoy, un elemento al parecer que exige la identidad nacional. Sí los tenía y los tengo. No sé si es una suerte o no, pero no hay en mi familia más que apellidos catalanes, no ocho, sino ochenta o más que yo sepa, todos oficiales, claro, que si se trata de enlaces morganáticos la cosa cambia, no sólo en mi caso, sino en el de toda mi familia hasta donde yo tengo memoria de ella. Joaquim se despidió sonriendo dulcemente, pero con un matiz de picardía en la mirada como significando «ella que diga lo que quiera que yo me sé lo que me sé». Y aunque dudo de que este fuera exactamente su pensamiento, pues tenía una riqueza de expresión y una gran precisión en lo que quería decir, sí es cierto que le oí repetir suavemente aquel «burgueses, burgueses» que siempre más he recordado. Nunca había mirado mi casa desde este ángulo, se me ocurrió decirle en el último momento, pero lo pensaré. Y en realidad lo que pensé es que con su comentario un tanto irónico no había hecho otra cosa que demostrarme su confianza, que muy sólida debía de ser en aquellos momentos de persecución de todo lo clandestino, ya que me estaba reconociendo que él era uno de los que habían ido a mi casa.

Pero tal vez lo que más marca mi irrupción en el compromiso político fue un día del mes de febrero de 1961 en que me detuve ante un pequeño armario con la puerta de cristal, «vitrina de información» la llamaban algunos, donde se colgaban los actos que tendrían lugar aquel día en la universidad, y leí que Manolo Vázquez Montalbán daba una charla sobre Patrice Lumumba, el líder del Congo que había sido asesinado hacía un par de meses. Y allí me fui a mediodía una vez acabadas las clases de la mañana. Yo conocía a Manolo, pero apenas había hablado con él; iba al curso de Salvador Clotas y de Helena Valentí, que ya estaban en segundo de Románicas. Mis ideas sobre el Congo Belga eran muy limitadas y aunque había oído hablar de la muerte de Lumumba o lo había leído en un periódico habría sido incapaz de relacionarla con los movimientos de alta y oculta política de las grandes potencias. No sería hasta algunos años más tarde al leer el espléndido libro de John Speke *El origen de las fuentes del Nilo* y

conocer su relación con el macabro rey Leopoldo de Bélgica y su siniestro trato a los nativos, que tuve una idea un poco más real de lo que era y de lo que había sido el Congo Belga y su difícil independencia. Sí sabía ya entonces que Michèle Stoclet, la mujer con la que mi hermano Javier se había casado según nos había anunciado en aquel misterioso telegrama desde Gibraltar aquel mismo año, era nieta y heredera del famoso banquero aficionado al arte, propietario del Palais Stoclet de Bruselas considerado como la vivienda más refinada y lujosa de todo el siglo xx, construida entre 1905 y 1911 por el arquitecto Josef Hoffmann, que entre otras muchas obras de arte contenía una maravillosa colección de pinturas de Gustav Klimt. Además de esta y otras fincas en todo el mundo, Adolphe Stoclet había heredado también un arsenal de minas de diamantes en Katanga, la provincia más meridional del Congo, del que se separó con el apoyo de Occidente en cuanto este consiguió su independencia el 30 de junio de 1960 con el nombre de República Democrática del Congo. Pero no creo que mi parentesco con Michèle tuviera la menor influencia en el breve conocimiento que yo tenía de la historia del Congo, de la que jamás le había oído hablar. Pero si me hubiera detenido a pensar en la de ella, poderosa beneficiaria de las minas de diamantes de Katanga y heredera de una saga de expoliadores de un territorio que ni siquiera debieron de conocer, me habría ayudado a introducirme con más seguridad en la charla de Manolo. No habría sido sólo entonces cuando hubiera tomado conciencia real de la situación del Congo y de sus incalculables riquezas naturales, ni la muerte de Lumumba habría desvelado ante mis ojos el panorama de un mundo distinto del que creía conocer dónde los países más ricos de la Tierra se hacían con la propiedad y el comercio de productos de primera utilidad, como el petróleo y los minerales, y utilizando las armas comerciales y financieras más sofisticadas convertían a los pueblos en esclavos al servicio de sus objetivos y doblegaban la voluntad de los rebeldes, cuando aparecían.

No puedo decir que mi conversión al compromiso político y social fuera consecuencia de mi absoluta credulidad sobre lo que ocurría en el mundo tal como Manolo había sugerido. No, no habría sido posible en aquel momento, no todavía, pero me pareció de pronto que el panorama que yo conocía se había transformado y que tras las nubes se movían las manos ocultas de los grandes del mundo, repartiendo e implantando su feroz ideario debidamente disfrazado de democracia y libertad, moviendo unos hilos de forma tan sutil y sofisticada que era casi imposible conocer qué pretendían con sus destrucciones y sus alianzas, aunque sí quedaba claro que esos movimientos provocaban

humillaciones, frustraciones, hambre y sufrimiento sin límites en todos los países, sobre todo los países pobres pero con recursos, tanto si se sometían como si no a la voluntad de los poderosos. Del mismo modo entendí que los pobres de las ciudades y de los pueblos, además de porfiar por más alimentos, deseaban igualmente más libertad, más conocimiento, más justicia, algo así como había sugerido Manolo que era por lo que Lumumba había luchado, para que su pueblo consiguiera todos esos derechos, situándolo en el camino de obtenerlos, y que si había sido ajusticiado por los poderes que regían el mundo, incluida África, no era porque les importara el destino de tantos hambrientos y desgraciados, sino por la riqueza que contenía la miserable tierra en que vivían. Fue en aquel momento que me vino a la memoria la afirmación de Balzac según la cual «detrás de cada gran fortuna se esconde un crimen», que me costó bien poco convertir en «detrás de cada riqueza expoliada lo hay igualmente».

Salí del aula sin poder contener el bullicio que hervía en el interior de mi mente, envueltos mi pensamiento y mi cuerpo entero en una emoción que ya nada tenía que ver con el sentimiento, con la lástima que me inspiraba el dolor y el sufrimiento, sino una emoción intelectual que nacía del ansia de justicia y de igualdad de todos los humanos en su dignidad, como decía la Declaración Universal de los Derechos Humanos de la que no se hablaba en España, pero que me había enviado Víctor Alba, el hermano de mi madre, exiliado en México, y que había leído sin que hubiera hecho tanta mella en mí como la hizo en aquel momento. Durante días todo aquello ocupó la primera página de mis pensamientos, por encima de mis niños, de las cotidianas necesidades de mi casa, de mis diferencias con Eduard, de las asignaturas y de la preparación de los exámenes que nos había anunciado el profesor Gomà. Me tranquilicé un poco cuando comencé a indagar por mi cuenta en mi pequeña biblioteca y en la de mi padre sobre los aspectos más elementales y peligrosos de la política en una sociedad contra la que hasta ahora sólo me había parecido digna de denunciar la iniquidad del golpe de Estado de España contra la República, la imposición del franquismo, el advenimiento y la tragedia del nazismo que provocó la Segunda Guerra Mundial con sus millones de muertos, y poco más. Recientemente había comenzado a descubrir el negro fascismo de Italia con la lectura de Vasco Pratolini, Elio Vittorini o Pavese, unos libros que no se publicaban aún en España, pero sí en Argentina sobre todo y en otros países de América Latina y que alguien importaba clandestinamente y nosotros los encontrábamos en el sótano de una librería de viejo de la calle Aribau donde un librero, también clandestinamente, los apilaba en desordenadas

montañas que iban perdiendo altura a medida que los adquiríamos.

Manolo Vázquez Montalbán

Manolo tenía un poder de convicción que nacía de su propio compromiso, de su honestidad y de los conocimientos que tenía y que sabía transmitir sin presumir de ellos como tantos profesores y alumnos en aquel momento, porque conocía cómo en las explicaciones bien fundamentadas fluía el conocimiento y la claridad de lo que se pretendía demostrar se multiplicaba. De ahí la riqueza de sus comparaciones entre situaciones, ideas, reacciones del pueblo o de sus gobernantes incluso en distintas épocas, que nos daba una visión de conjunto de la humanidad lejos de aquellas distintas formas y etapas del saber como si fueran asignaturas cobijadas en las carpetas etiquetadas de los profesores y que apenas tenían conexión las unas con las otras.

Poco a poco Manolo y yo nos hicimos amigos, no podría decir cuándo iniciamos esta amistad, pero lo cierto es que no hay época de mi vida en la que él no aparezca con una función determinada en su desarrollo.

Trabajé con él en Salvat, creo que era, cuando en la universidad y a través de una estudiante de Filosofía conseguí que me encargaran unas fichas para un diccionario de filosofía, mi primer trabajo remunerado que, estaba segura, me pondría en el camino de la libertad como nos había dicho en el internado el doctor Trens, el sacerdote que dirigía la vida religiosa y espiritual de aquella pequeña comunidad, «No hay libertad sin libertad económica». Al acabar la carrera trabajé con él y con Eugenio Trías en el proyecto de una Escuela de Sociología que nos había encargado el amigo silencioso y rico que acudía como oyente a ciertas clases de Filosofía, tal vez nos decíamos, con ganas de hacer algo más que sus inacabables construcciones y negocios. Y desde entonces no hubo mes que no fuera a verme donde yo estuviera trabajando para llevarme a tomar los mejores guisantes del Maresme o la oca con nabos del Empordà. Coincidimos también en algunas cenas con amigos comunes. Pero lo más sólido de nuestra amistad fue un pausado entendimiento ideológico, yo diría casi poético, que nacía del seguimiento a que lo

sometí durante toda la vida a través de sus artículos, de sus libros, de sus amigos, de sus andanzas políticas, de sus encuentros y desencuentros con su propio partido y de sus múltiples publicaciones, novelas y ensayos que aparecían con pasmosa rapidez en los escaparates de las librerías. Lo seguí en las manifestaciones, de una manera especial en la que se organizó en 1962 en apoyo de las huelgas mineras de Asturias, e incluso cuando caí en manos de la Brigada Político-Social sin saber que también él había caído y había sido torturado, y más aún cuando fue condenado en consejo de guerra junto con Martí Capdevila, Salvador Clotas y Ferrán Fulla a tres años de cárcel y a uno Anna Sallés, su mujer. Fui a visitarlo cuando los trasladaron a Lleida —que entonces se llamaba Lérida—, donde habían de cumplir la condena, y si mi memoria no me engaña, salieron antes de terminarla porque se beneficiaron de una amnistía, aunque no recuerdo bien si fue por la visita de algún papa a España o por el advenimiento de uno nuevo gracias a la *fumata bianca* del Vaticano.

Una vez, al cabo de muchos años, cené con él el día que yo había vuelto de un viaje a la Pamplona de los Sanfermines, donde había ido, contra toda previsión en una chica como yo según me echó en cara durante años, con Ferrán Lobo, que desde 1970 se convertiría en uno de mis grandes amigos, y Cayetano del Real, el que me enseñó a resistir bailando, bebiendo, caminando y riendo durante toda aquella larga noche que acabó con el amanecer o claramente el día, desastrados y rotos tomando café con leche y *croissants* en algún bar que jamás podría volver a encontrar. Manolo me tomó el pelo entonces y en muchas otras ocasiones. Le gustaba poner en entredicho lo que yo hacía que pareciera salir de la normalidad, y cuando no me llamaba para vernos o para pedirme una colaboración de tipo político o social, lo hacía aunque sólo fuera para reírse de mí, lo que más le gustaba. Y yo me reía con él. ¿Qué hace una chica como tú en un lugar como los Sanfermines? repitió incansable a lo largo de aquella deliciosa cena.

Tenía una infinita capacidad de trabajo y estaba tan dotado para la escritura que yo creo que escribía y ni siquiera le hacía falta corregir, lo que muchos críticos le recriminaban. Recuerdo que un día, muchos años después de la universidad, cuando yo acababa de fundar la editorial La Gaya Ciencia, me llamó desde la calle por el teléfono interior de mi oficina en la calle Alfonso XII a una hora muy tardía ya. Rosa, ¿qué haces?

Que ¿qué hago?, pues trabajar.

Anda déjalo ya y vente a tomar una copa.

No puedo, Manolo, tengo que acabar el texto de una cubierta que mañana por la mañana vienen a buscar de la imprenta. El libro ha de salir en dos semanas.

Subo, dijo simplemente.

Y subió. Anda, dime qué es lo que tienes que escribir.

Mira, la contracubierta de este libro que va a salir en dos meses.

Dime lo que quieres decir.

No lo sé aún, Manolo, yo escribo para saber lo que pienso, o sea que tendría que ponerme a escribir y para esta cubierta yo necesito por lo menos dos horas.

Bueno, cuéntame de qué va el libro.

Se lo conté, le conté quién era el autor, por qué me había gustado la novela y por qué había decidido publicarla.

Él se sentó en la mesa de la máquina, quitó el papel en el que yo había comenzado a escribir, puso otro y enseguida se oyó el tableteo. De pronto, cuanto ya tenía dos o tres líneas se detuvo y preguntó,

¿Cuántas líneas necesitas?

Treinta y cinco, le dije yo.

Él siguió escribiendo sin preguntar nada más y al cabo de unos cinco minutos puso un punto y se detuvo, quitó el papel de la máquina, y sin leerlo me lo dio y dijo,

Ahora ya podemos ir a tomar una copa.

¿Pero cuántas líneas tiene?

Me has dicho treinta y cinco, ¿no?

Sí, y me puse a contarlas.

Treinta y cinco eran y cuando leí el texto me quedé perpleja al comprobar que había hablado del libro con las palabras que a mí, que lo había leído, me habría gustado decir. Así se comprende, pensé, sin necesidad de revisar ni de corregir, que no haya pausa entre un libro suyo y el siguiente. Qué envidia me provocaba este don, qué suerte tenía. Sí, ya sé que había quien lo criticaba por esto cuando creían que el último libro no tenía la calidad del anterior. Es posible que tuvieran razón, pero de todas maneras era un don envidiable.

Además, cuando iba a dar una charla, consciente de su ilimitada capacidad de trabajo, llevaba un papel doblado en cuatro donde había escrito unos garabatos que sólo él entendía y que le daban los puntos del programa que debía de haber preparado cinco minutos antes, tal vez mientras lo presentaba el que presidía la mesa de la conferencia. Tenía tantas cosas que decir y sabía encontrar tantas conexiones entre el hecho que presentaba y lo que ocurría en la ciudad o en el mundo en aquel momento, que no era difícil entender que una persona socialmente tan tímida en cuanto se ponía a hablar no tuviera límite

ni en el tiempo ni en los temas entrelazados de los que sabía echar mano…

Cuando murió aquel 18 de octubre de 2003, en Bangkok, me costó sobreponerme a la idea de verlo morir solo en la otra esquina del mundo y me sentí doblemente huérfana, como nos sentimos muchos que lo habíamos acompañado, tal vez sin que él mismo se diera cuenta, ocupado como estaba siempre en escribir, leer, ayudar y entender.

Creo que mi admiración y mi profundo amor por Manolo se reflejaron en aquel artículo que me encargó *El País*, cuando cayó enfermo y estuvo unos días en el hospital, y que con el título de «Vázquez Montalbán», se publicó el 13 de septiembre de 1994. Decía así,

> Desde aquel día en que me acerqué a ti, Manolo, a raíz de una conferencia sobre el asesinato de Lumumba que nos diste a tus veinte años en un aula del Patio de Letras de la universidad, han pasado muchos años.
>
> A lo largo de tres décadas y desde todas las ventanas y balcones de la información, a través de las tramas y urdimbres que teje incansable tu Carvalho desde que se topó con un cadáver de cabellos rubios como la cerveza, en los personajes que gracias a ti denunciaron décadas de ignominia y agresión, con tus infinitas y jamás negadas ayudas a los que comienzan, trabajan, luchan y se esfuerzan, o desde las voces submarinas de tus poemas —siempre con la deslumbrante capacidad de concisión y trabajo que los dioses te concedieron— nos han enseñado cómo lidiar con las ideas y las creencias, sobre todo en los momentos en que ya no están de moda y quienes las combaten vociferan sin tregua su derrumbamiento recurriendo al tópico fascista de confundirlas con sus títulos y con los líderes que se adueñaron de ellas. De ti hemos aprendido a seguir luchando por lo que creímos justo cuando éramos altos, jóvenes y rubios, cuando acabábamos de descubrir nuestro coraje y nuestra inteligencia, y cuando las páginas de nuestra historia estaban aún por escribir.
>
> Hemos asistido a la desaparición de tiranos y de sus secuaces que decían tenerlo todo atado y bien atado; hemos visto cómo se sustituían a codazos los líderes políticos, estéticos o literarios, y cómo el que podía se entronizaba en el altar de una tradición exacerbada por el ansia de poder; nos sorprendió la deserción de generaciones enteras de luchadores, amordazada ahora el habla por un simple cargo burocrático; comprobamos una y otra vez

cómo se confunde la moral con el oscurantismo, la fe con la esclavitud, la patria con el feudo y el consumo con el progreso. Nunca nos faltó, ni ha de faltarnos ahora, tu reflexión lúcida, brillante e inteligente. Tenemos de ti descripciones antológicas de personajes y situaciones, y siempre más utilizaremos ciertos calificativos que te sacaste de la manga para definir con acerada exactitud a los grandes de la tierra. Por todo ello has logrado el respeto y la envidia de tus detractores, la admiración de los que te leen, el asentimiento incondicional de los que seguimos paso a paso tus análisis y diagnósticos, y el amor de todos aquellos a quienes has ayudado y has concedido el beneficio de tus arroces negros y de tu amistad.

Sé que cuando desde la cama donde te recuperas leas este texto te reirás y me tildarás de inexacta, apasionada y épica, pero por una vez no tendrás razón. Este texto no es un alegato, ni una semblanza, ni una lisonja ni un homenaje. Ni siquiera es historia. Este texto no es más que una canción. Y esta canción, Manolo, es para ti.

Una exaltación que se movía igualmente en el terreno de lo teórico, así que cuando me llegó la hora de elegir especialidad me fui directamente a filosofía pura, no porque mis intereses se hubieran movido en este campo ni porque me viera en el futuro siguiendo el camino de la investigación filosófica, sino porque fui víctima de un anhelo que en su elemental megalomanía abarcaba la totalidad de lo que podría acabar conociendo, o para ser más precisa, tal vez sólo la base teórica para alcanzar la plenitud del conocimiento. Pero mi inteligencia que nunca fue del todo teórica y que avanzaba constreñida por un insaciable deseo de dominar la realidad, no podía comprender entonces que en estos tres cursos de especialidad no alcanzaría a tocar ni con los dedo los prolegómenos de lo que, con mi acelerada tendencia a la mitificación, había idealizado ya. De hecho, he pensado muchas veces que arquitectura se habría ajustado más a mi forma de ser, a mis aptitudes, con su parte teórica, pero con la solidez de aquella otra parte que tenía relación con una realidad tocable, palpable. Sobre todo porque arquitectura comportaba una continuación en el tiempo, en la profesión, lo cual nunca contó para la filosofía. Tal vez, me he dicho muchas veces, elegí filosofía porque entendí que esta era el pensamiento, y el pensamiento teórico puro lo contenía todo y a partir de él cualquier camino que tomara mi mente me introduciría en caminos desconocidos. No lo sé, más bien tiendo a convencerme de que me incliné por la filosofía porque pasé varios meses leyendo *Histoire de mes idées philosophiques*, de Bertrand Russell, cuya versión original, *My Philosophical Development*, había aparecido en 1959, hacía apenas dos años, y que mi amigo Storni que acudía como oyente a las clases de filosofía me había traído de París. Me impresionó tanto que fue fácil inclinarme por la filosofía pura. Hablé del libro con mi segunda madre, Matilde, y de mi probable decisión; entonces ella como respuesta a las preguntas que nos habían surgido al hablar y discutir sobre Russell me envió un pequeño cargamento de sus obras, entre ellas *Los problemas de la filosofía, La conquista de la felicidad, Ética y política en la sociedad humana* —del mismo autor—,

que había logrado encontrar a toda prisa en versión original o bien en la traducción francesa e incluso alguno en español; leí uno tras otro con pasión y me ratificaron en mi idea de elegir la especialidad de filosofía pura. Algunos años más tarde conseguí una edición siniestra, lo reconozco, mal traducida y encima resumida, de la *Autobiografía* de Russell que se publicó en Inglaterra en 1969, un año antes de su muerte a los noventa y ocho años, pero que en lugar de los tres tomos de la edición original se había convertido en uno solo, supongo que suprimiendo gran cantidad de las cartas enviadas y recibidas que el autor añadía a final de cada capítulo. Un libro que acabó en las fauces de nuestro perro Tristán cuando era cachorro y que me obligó a hacerme con una nueva edición que sustituí por una preciosa edición en francés de esas memorias divertidas, conmovedoras e importantes para conocer las relaciones del filósofo con otros pensadores de su tiempo, cuyos nombres, excepto el de Einstein, no me dijeron nada cuando los leí; tuve que buscarlos en la voluminosa enciclopedia que tenía en casa en el estante más bajo de la biblioteca, para acabar teniendo una idea un poco más sólida de lo que era el mundo científico de la primera mitad del siglo xx, y de la amistad del autor con importantes escritores del momento que, como él mismo, estaban comprometidos con diversas causas sociales y antibelicistas, y eran trabajadores infatigables. Entre ellos H. G. Wells, T. S. Eliot en su primera época, Bernard Shaw o, más distante tal vez en el pensamiento pero más amigo, Joseph Conrad. Con los años y tras la muerte de mi madre, Matilde, en marzo de 1999, que ya debía de intuir próxima su propia muerte, que se produjo en diciembre del mismo año, me regaló su inmensa biblioteca en la que encontré todavía muchos más títulos de los más de sesenta que había escrito Russell, sin contar con los cientos de artículos y manifiestos publicados tras su muerte, recopilados en volúmenes según el tema, la mayoría con párrafos, líneas o palabras subrayadas que revisé y busqué casi con arrobamiento como improntas de su pensamiento tanto más valioso para mí ahora que ya no existía. Encontré otros muchos libros con anotaciones y textos escritos con lápiz o pluma en los márgenes de libros en los diversos idiomas en que leían ambas que, aún hoy, cuando los encuentro, me enternecen, como pequeños regalos del azar que concitan su presencia, o su voz, aunque sea por un instante y como un ejercicio virtual de la mente o la conciencia o sea donde sea que nazcan y se desarrollen las emociones. Recibí también con los libros, ficheros cargados de fichas ordenadas alfabéticamente, que durante años había mantenido mamá con información exhaustiva sobre los libros de su biblioteca que crecía día

a día, escritas a mano con esa letra redonda y peculiar que al parecer aprendió en una escuela de Frankfurt cuando tenía siete años y tras ser enviada por su madre a pasar los próximos diez en la Sinagoga de un rabino —cuyo nombre he olvidado—, de su mujer y de sus hijos; estos se convirtieron en su segunda familia hasta que los nazis los enviaron a Auschwitz, de donde sólo volvió una delgadísima anciana de pelo blanco que mi madre llamaba mamita y que yo conocí por estos años en uno de mis viajes a Madrid.

Más amigos, Eugenio Trías

Otro de los grandes amigos que encontré en la universidad, que me ha acompañado durante toda la vida, es Eugenio Trías. Lo conocí en primero de comunes y congeniamos enseguida seguramente por su forma un tanto cáustica, y al mismo tiempo compasiva, de hablar de gentes, situaciones de su entorno o conceptos filosóficos que ocasionalmente aparecían en las clases de nuestros profesores, que acompañaba siempre con una sonrisa beatífica desconcertante. Hasta muchos años después no aprendí a interpretarlas cabalmente y a calibrar la intensidad de la ironía o la causticidad que arrastraban sus palabras y su sonrisa. A veces se limitaban a un juego de vocablos divertido con algún engarce en otras palabras pronunciadas por músicos o filósofos que su prodigiosa memoria le servía en bandeja cada vez que lo necesitaba; pero de vez en cuando, como si delataran igual intención, podía referirse a ideas o creencias de los grandes pensadores o de los menos admirados que soltaba en bromas coronadas por sonrisas que a menudo rozaban la crueldad intelectual. Oírle hablar era semejante a oír una historia tan atractiva como para no dejar de escucharle; además era capaz de pronto de echarse a reír abiertamente como si hubiera quedado claro que habíamos caído en la trampa que nos había tendido. No era un bromista, sino que su pensamiento corría de un lugar a otro de su propio intelecto y de sus conocimientos que, yo diría, a veces iba más rápido que él mismo y de ahí su risa al comprobar que de un modo u otro se había metido en un callejón sin salida, o el lugar a donde le habían llevado sus elucubraciones era un punto que ya no tenía el menor interés o se acercaba a uno de los pensamientos que tal vez un día o dos antes había criticado con ferocidad. La risa era su forma de detenerse, criticarse y volver a empezar, y muy a menudo de responder cuando no quería hacerlo de palabra. Con los años se volvió más cauto y los argumentos que empleaba rara vez lo llevaban a esos callejones sin salida de sus primeros años de estudiante. Ni siquiera de los de la especialidad de filosofía, a donde volvió tras un año, casi dos de una ausencia imprevista, repentina y sin dar a nadie la menor explicación

que cada cual interpretó a su manera. Corrieron rumores de que había entrado en el Opus Dei, a los que yo no hice el menor caso porque me parecieron sólo rumores, hasta que un muy querido amigo suyo me aconsejó que no fuera tan escéptica.

¡Eugenio! bramé el día que me lo encontré en el Patio de Letras tímidamente buscando a qué clase le tocaba ir en aquella hora tardía de la mañana. ¿De dónde sales?, ¿dónde te habías metido? Su sonrisa ahora había adquirido un leve gesto de morosidad y la timidez se había incrementado. Reía, sí, de sí mismo con vergüenza acaso y se cubría la parte inferior de la cara con el libro que tenía en la mano.

Me contó que había perdido parte de un curso y que por lo tanto en ciertas asignaturas estaba como yo al final del segundo de comunes, aunque nunca estuvimos juntos en la especialidad. Nos fuimos al bar, nos sentamos en un rincón y lo acribillé a preguntas. Olvidé la discreción que tal vez esperaba de mí e insistí en que me contara dónde y en qué había gastado ese año y medio que había estado ausente. Me contestó con vaguedades ciñéndose a que ahora ya estaba de vuelta y reanudaría los estudios donde los había dejado, a pesar de no haber dejado de estudiar.

Pero dónde, Eugenio, ¿dónde has estado?

Más sonrisas tímidas antes de responder en voz baja, como si fuera un secreto.

En el extranjero.

Pero ¿dónde?

Más bajo aún.

En Múnich.

Fue tal vez la última y definitiva pregunta, la que tendría que haber sido la primera, la que no había osado hacer aún porque era lo único que me interesaba saber. Pero sí, me atreví.

No te vayas por las ramas, Eugenio. Dime, ¿es cierto que entraste en el Opus Dei?

No tardó en responder y lo hizo ahora sin reír, ni sonreír ni bajando la voz. Sólo incrementó la intensidad de su mirada como si quisiera hurgar en mi mente y descubrir cuál sería mi verdadera reacción.

Sí, es cierto.

Hubo un momento de desconcierto. Callados los dos, pensé después al rememorar la escena, esperábamos encontrar la forma de resumir el borbotón de pensamientos que rondaban nuestra mente y la mejor forma de decirlo.

Para mí el Opus representaba una ideología que según mis conocimientos confundía el apostolado con el dominio de las

conciencias, utilizaba un criterio estético que imprimía a todo lo que de ella emanaba, gentes, arquitectura, publicaciones, modos de predicar e incluso prohibiciones, que se movían en un ámbito falsamente estético que me horrorizaba. Aunque hubiera querido entender esta extraña forma de practicar la religión, habría sido imposible porque la práctica de la religión católica que había hecho suya el Opus era distinta, opuesta casi, a la que yo viví durante mis años de internado, que por supuesto era más litúrgica, menos torturada por el pecado, más libre e infinitamente menos autoritaria desde el punto de vista de la moral pública y de la libertad de conciencia; por todo ello, la conjunción, la comparación, el entendimiento de una a partir de la otra se hacía imposible. Así es como el Opus Dei, he de confesarlo, aún sin conocerlo profundamente, se había convertido poco a poco para mí en el horror, como el que me producía su innegable amor por el dinero, el poder y el celibato apostólico de sus Numerarios, Agregados o Supernumerarios. Yo no era la única en sentir este horror, ni sólo por lo que se rumoreaba de sus ocultas prácticas, sino por lo que sabía, por lo que había leído, por lo que me habían contado chicas y chicos que estuvieron a punto de caer en la red que les habían preparado cuando decidieron salir y por lo que contaron otros dos que se habían hecho del Opus Dei y contaban las exigencias intelectuales, morales y prácticas, de obediencia obligatoria a la que se comprometían cuando entraban en ese pozo, imaginaba yo, del que tan difícil era salir. Además había conocido en mi infancia a una familia entera del Opus Dei dedicada profesionalmente en cuerpo y alma a la usura legal, que veraneaba en Tiana, el pueblo donde mi abuelo tenía una casa. Era una familia numerosa que cada domingo comulgaban todos sus miembros en bloque procurando hacerse un primer lugar en los peldaños que separaban la nave central del presbiterio de aquella iglesia jesuítica al estilo de tantas iglesias del siglo XIX en Cataluña. En el pueblo se comentaban en sordina y repetían después las mujeres de la cocina, en breves pero incendiarias palabras, sus abusos profesionales a los pobres y los dedicados sin piedad a los ricos, que habían oído comentar mientras servían el chocolate a los invitados que se sentaban en mecedoras a la sombra de la gran higuera del jardín que crecía en la mitad del claustro, cuando se acercaban a la casa para merendar sándwiches de jamón y jarabe de grosella y chocolate a la taza que les ofrecía el abuelo en las largas tardes del verano, junto a la anciana tía Maria, su prima, la señorita Inés, la institutriz, o el señor Munné que, con otros prohombres de la burguesía catalana y algún que otro canónico y sacerdote, con los años formarían parte de un elenco

denominado «Herederos de confianza», nombrados por el abuelo en su testamento para que gestionaran sus bienes, sus documentos, sus libros y sus cuadros y el resto de su fortuna. Nadie entonces, ni nunca en la familia, desmintió tales brutalidades financieras y comerciales por parte de aquella familia absorbida en bloque por el Opus Dei y poco a poco quedó en mi ánimo y en el de mis hermanos esa sólida característica que tan al margen de la ley les parecía a quienes descubrían los secretos moralmente delictivos de sus afiliados que discutía su perfidia a la fe del abuelo por la que en nombre de otra moral, cristiana también, recibíamos castigos de tal crueldad que se convertían inexorablemente en tormentos.

Todo esto, como diría un aficionado a la psicología infantil o alguno de tantos que presumen de leer a todas horas a Freud, estaría en la raíz de mi dificultad de entender, aceptar y beneficiarme de la ideología del Opus Dei. Y no sólo del Opus Dei, sino de muchos otros estamentos y grupos de la sociedad a los que el abuelo se empeñaba en pertenecer y que todavía hoy, al cabo de tantísimo tiempo, no he logrado ni suavizar ni matizar ni hacer desaparecer la aversión y recelo que siento por ellos. Ni menos aún el que sentía aquel día junto a Eugenio.

Y por lo tanto no pensé en todas estas consideraciones en aquel momento, sino que reaccioné, salí de mi ensimismamiento y me dispuse a escuchar lo que me iba a contar y que ya se insinuaba en la expresión de su rostro. No obstante, no fue la larga parrafada que yo esperaba, sólo estas breves palabras,

Sí, entré en el Opus Dei, pero ya salí.

No pude evitar un grito de alegría y descanso, y el abrazo que la remató a continuación, pero esto fue todo, los detalles, el nacimiento y desarrollo de la decisión, la forma y las dificultades de conseguir alejarse y huir llegarían más tarde, en las largas noches en que él, Javier González Vilaltella, nuestro amigo y yo hablamos de todo esto mientras, reunidos en el comedor de mi pequeña casa por la noche después de cenar, y Eduard y los niños durmiendo, nos dedicábamos a hacer los mapas que nos exigía nuestro insólito profesor de Historia y Geografía, Palomeque, el que nos contaba con aspavientos, gestos y voces el descubrimiento del tesoro de Tutankamón, convencido de que había que exigir lo mismo a los estudiantes de primero de carrera que a un párvulo de la guardería. O en aquellas salidas de clase a mediodía y la lenta subida por la Rambla de Cataluña, cada cual camino de su casa, que hacíamos durar todo lo que podíamos por seguir discutiendo o criticando o buscando explicaciones a las preguntas que nos hacíamos a todas horas, yo escuchándolo a él, él

porque su mente devoraba lo que oía o leía y necesitaba encontrar una respuesta que casara con su propia manera de entender la vida y el mundo en esa concepción que poco a poco iba tomando cuerpo en su mente. A veces nos acompañaba Vilaltella o Carlos Bidón Chañal, de Física, amigos con los que al año siguiente o al otro —se confunden los tiempos— montamos en la calle Regás, famosa por el *meublée* que presidía la breve calle paralela a Balmes, la librería Anthropos a la que durante dos o tres años le dedicamos tiempo, el poco que teníamos al menos yo, ideas y a veces incluso un dinero que algunos encontraban en la complicidad con sus padres y otros en deducir de sus magros ingresos.

El día que la inauguramos fue Jesús Aguirre, al que llamábamos cariñosamente «el cura Aguirre», quien hizo el parlamento de inauguración. La librería estaba llena a rebosar y lo que en un principio nos alegró la vida porque entendimos que teníamos asegurada la venta, al poco tiempo se convirtió en un agujero sin fondo ya que no caímos en la cuenta de que fueron los estudiantes venidos de todas las facultades los que sin vigilancia, que no habíamos previsto ni de personas ni de máquinas —que no las había entonces y menos para nuestra endeble economía—, dejaron vacías las estanterías en pocos meses. Nos vimos sin la posibilidad de renovar fondos porque ya no había con qué. Fueron los padres de unos queridos amigos, estudiantes también e inocentes como habíamos sido nosotros, los que con sus aportaciones nos salvaron de la ruina. Gracias a ellos acabó con tristeza y decepción, aunque con menos dificultades de las que íbamos previendo en los últimos meses, aquella aventura que tan bien había comenzado un año antes, ofreciendo un insólito panorama de libros de filosofía, sociología, lógica, psicoanálisis y ciencias, verdaderamente insólito en la Barcelona de entonces.

No fue la mala fe, ni el afán de robo ni el gamberrismo lo que acabó con la librería, sino como siempre esta falta de educación cívica de la que nuestra sociedad aún hoy sufre las consecuencias porque nadie ha procurado educarla ni al menos aliviarla, como si ya lo hubiéramos conseguido por el simple hecho de haber pasado de aquella dictadura a esta democracia. Igual que ocurre con el sentido democrático de los políticos, con la falta de protesta por la injusticia, por el escaso conocimiento de aquello que realmente nos perjudica. En pocas palabras: porque nuestra democracia no tiene más de cuarenta años y esto no es nada para la educación cívica de los ciudadanos y mucho menos si en los presupuestos generales del Estado no se contempla cambiar el escaso conocimiento de los derechos y las obligaciones de los ciudadanos en un país que quiere ser realmente

democrático y ha de hacer un esfuerzo de días y años por conseguirlo.

Eugenio participó también en la aventura de la librería Antropos, y sobre todo Carlos Bidón Chañal, su hermano y creo que toda su familia. Un fracaso que vivimos todos los que colaboramos en ello. Sin embargo, lo peor no es el fracaso, que al fin y al cabo la vida entera es un rosario de logros y de decepciones, sino ese pequeño desmoronamiento de la confianza que produce constatar que no todo se debe a elementos negativos con los que de un modo u otro ya se cuenta, sino con comportamientos que nos parecen inexplicables en compañeros y personas con las que creíamos haber compartido muchas ideas y haber luchado a nuestro modo por un mundo mejor.

Desde aquellos años y en todos los cambios familiares y profesionales que ambos sufrimos o gozamos, siempre he tenido en Eugenio el amigo fiel, atento a lo que podía hacer si las cosas salían mal, dispuesto a una confidencia que nos pusiera al día tras meses e incluso años sin vernos, contento de poder mostrarme los vericuetos de su pensamiento, que con el tiempo alcanzó cumbres prodigiosas para todos nosotros cuando comenzó a hablarnos de arte y música, dispuesto a viajar, discutir proyectos, y esperar el momento oportuno para reconvenir o avisar. No conozco un regalo más completo ni mejor que vivir con una amistad de este alcance que parecía no tener fin. Pero todo lo tiene y hoy, en la ausencia, la añoranza no ha disminuido y apenas me ayuda a consolarme lo que absorbí de su pensamiento, ni la expresión de su rostro en mi mente y en mi corazón son capaces de encontrar un sucedáneo a la complejidad de su compañía y de nuestro entendimiento que siempre fueron mucho más allá que lo que limita, por importante que sea, una determinada ideología.

Ha quedado muy vivo el recuerdo del último día que lo vi, pocos meses antes de su muerte. Fui a un pueblecito cercano a Figueras donde su mujer había remodelado una casa con jardín en una plácida llanura, amplia como los paisajes africanos, con cadenas del Pirineo a lo lejos. Felices por el hermoso día reímos y hablamos los tres, recordando insólitos momentos de nuestros múltiples encuentros a lo largo de los años, como el viaje que hicimos a la costa dálmata en un velero de aquel viejo amigo que habíamos conocido como oyente en los cursos de filosofía cuando éramos universitarios, que debió de provocar en Eugenio, que hablaba y hablaba con la inspiración del descubrimiento del *límite*, que acabaría siendo uno de los puntales de sus ideas filosóficas. Yo, mientras lo escuchaba, acumulaba la experiencia de aquel insólito viaje sobre el que basaría mi novela *Azul*.

En aquella preciosa casa, cerca de Figueras, entraba y salía de la piscina, saboreando el placer de la caricia del agua salada mientras Helena preparaba una sopa de espárragos y Eugenio un *steak tartar*, una de sus especialidades. Seguimos riendo, debatiendo y recordando con las copas siempre llenas de un vino excelente. Un día perfecto como si los dioses que dicen conocer el futuro supieran que no nos íbamos a volver a ver y por una vez se hubieran mostrado propicios con nosotros.

He querido reproducir aquí el texto que a modo de carta dirigí a Eugenio cuando en el Salón de Ciento del Ayuntamiento de Barcelona le concedieron a título póstumo la Medalla de Oro de la Ciudad. Hacía casi un año y medio que había muerto y dos que yo lo había visto por última vez.

Mi querido Eugenio:

Ya ves, aquí me tienes ante tantos amigos y conocidos, lectores y estudiosos, ciudadanos, en fin, de Barcelona, dispuesta a leer una semblanza de lo que creo que fuiste cuando estabas entre nosotros. Conoces bien cuánto me cuesta emitir juicios críticos sobre literatura, filosofía y arte que haya escrito una persona amiga, y más cuando, como en este caso, hay tantos libros y artículos sobre el inmenso bagaje que nos has dejado. Pero quiero creer que tu semblanza personal no incluye sólo tu semblanza profesional, que ya hemos visto reflejada en las alocuciones precedentes y en tantos obituarios que, a lo largo de este último año, no han podido por menos que recordar el largo e incesante recorrido de investigación, escritura y docencia, siempre de una certera profundidad, que avalan en más de treinta obras, el amplio espectro de la estela de tu pensamiento. Aunque así sea, no puedo por menos que recordar ahora *La filosofía y su sombra*, tu primer libro, que yo viví a tu lado con tanta intensidad cuando lo presentaste a Carlos Barral, en la mítica editorial Seix Barral, que inmediatamente decidió publicarlo y que nos llenó de tan grande satisfacción que, en el entusiasmo inicial, nos dedicamos a profanar, dirían los moralistas, los rostros de los filósofos que tanto amábamos y que, como si fuera tu propia presentación ante ellos, así aparecerían en la cubierta de este primer libro. Le siguieron cuarenta y cinco años de reflexión, investigación y escritura sobre los temas que más te fascinaban —lo bello y lo siniestro, lo sagrado, la razón y la sin razón, la nueva ética, la pasión y el amor, la ideología— , y cerraste ese espléndido recorrido con tres obras sobre la música y el cine, tus compañeros de siempre: *La imaginación sonora* en 2010, *Forma y tiempos de la*

música en 2012, y *De cine. Aventuras y extravíos* en 2013, muy poco antes de morir.

Cuando te conocí, en las larguísimas conversaciones que manteníamos en el bar de la universidad, entre clase y clase, volviendo a casa parsimoniosamente Rambla de Cataluña arriba, o más aún en las largas noches preparando los mapas que nos exigía el doctor Palomeque, siempre me llamaba la atención la profusión de ideas, comparaciones, identidades o diferencias que te sugería un concepto, un filósofo, una doctrina o cualquier tema que nos planteáramos, y hablabas sin parar encadenando ideas hasta dejar perplejos a los que estábamos contigo. Éramos tan jóvenes en aquellos años que hasta nuestra inteligencia y nuestro coraje estaban aún por descubrir, pero con todo nos atrevíamos. A mí me dejaba sorprendida la rapidez con que respondías y la estructura de tu discurso que, saltando de un elemento a otro, de un ámbito a otro, de un argumento a otro, como quien recoge, desenreda y enrolla los hilos dispersos de un volantín, acababas formando un cuerpo de pensamiento preciso y ordenado, y recuerdo que yo seguía buscando cuestiones lo más alejadas posible de nuestras inquietudes y conversaciones, para provocarte y conocer tu reacción. Nunca conseguí que me respondieras con un silencio, se diría que eras tú el que nos provocaba, como si nos obligaras a responder para iniciar un debate, convencido como estabas de que sólo con el debate se llega al conocimiento. Debate que siempre ganabas por la lógica de tus argumentos contra los que yo nada podía, igual que tampoco podían los demás, pero no se trataba de ganar y descalificar al contrario, sino casi siempre de dejar abierta la discusión en un punto que fuera un poco más allá de donde la habíamos dejado en el último debate, para poder continuar con más seguridad, incluso con mayor interés, por una senda cada vez más sugerente que nos adentraba poco a poco en el misterio del conocimiento, por elemental que fuera en aquellos momentos.

No, nunca me respondiste con el silencio y yo me afanaba en encontrar una explicación a tu capacidad de montar esa ordenada y plácida algarabía de ideas que iba más allá de lo evidente, es decir, de la capacidad de profundizar en un concepto, en una idea o en un argumento, más allá de lo que los cánones del momento exigían que aceptáramos.

Sólo mucho tiempo después, tal vez como compensación a lo que había reflexionado sobre ello, entendí que tu discurso, inquieto y deslumbrante, y siempre sugerente, jamás dogmático, lo formaban las infinitas respuestas que dabas a la cuestión que te

habíamos planteado, como si quisieras mirarla de un lado y de otro, ponerla del derecho y del revés, tener en cuenta lo que habían pensado de ella los filósofos y pensadores que nos habían precedido y que tú habías conocido y leído. Y entendí entonces la grandeza de un pensamiento que, sin dejar de ser propio, abarcaba las infinitas interpretaciones que se le habían dado dejando la entrada abierta a las que, sin lugar a dudas, se le darían en el futuro.

Así es como hoy pensamos de ti, Eugenio, como un hombre intelectualmente justo, de pensamiento profundo y amplio, que ahondó incansablemente en las preguntas que él mismo se hacía sobre la vida y la muerte, los placeres y los días, el arte y la cotidianeidad, sin cansarnos de buscar en tus escritos el atractivo de unas reflexiones que nos ayuden a responder por nuestra cuenta, sin imposiciones ni falsedades, a nuestras propias preguntas, esas que surgen sin convocarlas y a su vez se encadenan con otras cuyas temblorosas respuestas van conformando nuestra idea de la ética, del arte, del compromiso, de la cultura, en definitiva, del mundo que conocemos y en las que, en buena parte gracias a ti, nos atrevemos a sumergirnos en sus misterios.

La originalidad de este pensamiento tuyo que ha conformado tu sensibilidad, que ha trascendido a tu escritura, y que has sido capaz de transmitir a los demás a través de tus libros, pero también, con el trato, en conversaciones o en contactos con amigos, familiares, cómplices o contrarios, es lo que a mi modo de ver te define y te hace tan original y genuino, tan distinto de la mayoría de pensadores y personas que yo conozco o que he conocido, un pensador de mente imaginativa y turbulenta aunque serena y precisa al mismo tiempo, con un movimiento constante que de ningún modo te impedía desarrollar el impagable don de tener presente a cualquiera que dialogara contigo aunque fuera para renegar de tu pensamiento. Y esto, querido Eugenio, es lo que ha hecho de ti el hombre de compromiso independiente con la cultura y con la sociedad que hemos conocido todos, aquellos con los que has coincidido y los que estaban situados en las antípodas de tu pensamiento y de tu sensibilidad, los que has admirado y querido y los que sin amarlos has respetado.

Pero con ser sustancial y extraordinariamente seductor, este aspecto de tu persona no es lo mejor que conozco de ti. O tal vez eso que tanto admiro no sea a fin de cuentas más que una consecuencia, el resultado de lo que acabo de exponer. O al revés, no lo sé, no estás tú aquí ahora para ordenar mis ideas con un leve

hálito de tu intuición y tu inteligencia. Me vence la emoción al decirlo y he de esforzarme para llegar al objetivo último de esta reflexión. Tu gran cualidad, querido Eugenio, esta que tan poco se aprecia hoy, abocados como estamos a los valores únicos de éxito y dinero que van socavando los cimientos de nuestra civilización y llevándose buena parte de nuestra confianza y de nuestra esperanza en un mundo mejor, es una cualidad tan simple que, si me lo permites, la diré con las palabras con que se definió a sí mismo, Antonio Machado, que murió en el exilio hace ahora setenta y cinco años:

Hay en mis venas gotas de sangre jacobina,
pero mi verso brota de manantial sereno;
y, más que un hombre al uso que sabe su doctrina,
soy, en el buen sentido de la palabra, bueno.

Así te vemos, Eugenio, los tuyos, tu familia entera y tus amigos, y un sinfín de lectores de tus libros, ávidos de tu pensamiento que nunca acaba, aunque no tuvieran el privilegio de compartir contigo el esplendor de tus argumentaciones ni gozar de la dulzura y atractivo de tu amistad. Pero aunque soy persona de poca fe, quiero creer que sabrás arreglártelas para que algo de todo esto les llegue cuando te lean, como ahora mismo nos llega el recuerdo de lo que fuiste a los que asistimos a este homenaje que te ofrece el Ayuntamiento, otorgándote a título póstumo la *Medalla d'Or al Mèrit Cultural*. Reunidos estamos en el *Saló de Cent*, como una representación que somos de Barcelona, la ciudad que te vio nacer y morir, y donde viviste y trabajaste durante toda la vida.

Especialidad

Fueron muchos los amigos que hice en la universidad además de estos. Sin embargo, cuando llegó el momento de decidir mi especialidad, que comenzaba en el tercer curso, desaparecieron de pronto como el paisaje de estos dos primeros cursos y quedamos reducidos a los pocos alumnos que habíamos elegido la filosofía pura como se la llamaba entonces. Es difícil decir por qué elegí filosofía, tal vez por la importancia que se le atribuía en la universidad y quizá, también, aunque con convicción más difusa, fuera de ella. Era evidente que para el futuro la filosofía dejaba poco más que un puesto de profesor o catedrático, pero aun así prevalecía la investigación y la reflexión hasta edad avanzada que se atribuía a los filósofos, lo que la ungía de una pátina de divinidad que iba más allá de la creatividad tan ensalzada en literatura.

Creo más bien que en mi caso elegí filosofía pura porque estaba convencida de que la filosofía contenía todo lo que tenía relación con la mente, es decir, todo lo que me apetecía conocer, literatura, arte, creación, memoria y mucho más que bullía en mi interior y que la inocencia de tal megalomanía me incitaba a dar por sentado que la opción que iba a elegir era la correcta. Y a medida que fui asistiendo a las primeras clases de Filosofía no me pareció que se propusieran la búsqueda de la verdad tal como yo entendía que había de ser el objetivo de todo proceso de creación, al menos tal como la estudiábamos en la mayoría de las asignaturas, teoría del cocimiento, ética, sociología, donde no pasaba de ser una disciplina más o menos profunda que se centraba en el estudio de la biografía profesional de los grandes filósofos y de las teorías que defendían, sin apenas relación con esa grandilocuente verdad que buscaba yo como la estudiante por vocación que creía ser. Tenía además la impresión de que todo estaba escrito de antemano y a cada autor, a cada filósofo se le adjudicaban una y otra vez, como un atributo o una etiqueta, los elementos que había defendido seguidos de un colofón crítico que respondía más al pensamiento del momento, que a la complicidad real del suyo sin la menor conexión con la historia y con la situación del

mundo en la época en que vivió. Era difícil saber qué ocurría en el mundo en la época de Hegel, de Kant o de Husserl, como si fueran seres superiores y un tanto extraterrestres a los que no les hacía la menor falta que los conectáramos con la realidad de su entorno.

Fue entonces cuando comencé a preguntarme si esta forma de acceder al pasado no formaría parte de un oscuro objetivo encaminado a evitar la profundización del conocimiento y transmitir al alumno un mundo deslavazado de manifestaciones de todo tipo (económicas, artísticas, de teoría del conocimiento, morales o éticas) ajenas la una a la otra, que no se influían ni debatían para crear nuevas y desconocidas formas de pensar y de vivir. Así lo veía yo y me preguntaba cómo podía ser que hubiera en el mundo tantos procesos políticos que se empeñaban en ocultar el pasado tal como fue, interrelacionando las distintas manifestaciones, situaciones y países, con el fin de evitar el debate en todas sus formas como fuente de conocimiento, como conocimiento real de la historia, y sobre todo del pensamiento. Casi sin darme cuenta comenzaba a comprender las aceradas críticas de los estudiantes sobre la depauperación intelectual y cultural en que se encontraba la universidad, y aunque era cierto que había profesores que hacían lo imposible por desmentirlo, incluso yo, que mantenía el sentido crítico oculto tras el entusiasmo que me provocaba haber conseguido entrar en la vida de las aulas, entendía ya, y a mi modo compartía, sus palabras amargas para describir la situación en la que se encontraba la universidad.

Sin embargo, en Filosofía, hubo una asignatura que llamó poderosamente mi atención, no por la sabiduría del profesor, ni por su conexión con los demás aspectos de la filosofía que estudiábamos en forma de asignaturas, sino porque me daba la impresión de que, como decía de la luna mi hijo David, la lógica matemática iba por libre. De entrada no parecía exigir ninguna relación con el resto del mundo filosófico, al menos como la estudiábamos, ni pretendía obtener la atención que había provocado en Europa. Era a todos los efectos una forma de pensar nueva y desconocida que concitaba escaso interés y admiración, pero que a mí me tentó porque creí entender que la búsqueda de la verdad podía ir por otros derroteros, y los mecanismos de investigación del pensamiento estaban más cerca de la matemática que de la *teoría* como actividad filosófica, lo cual no era difícil de entender ya que el verdadero nombre de la asignatura era precisamente *lógica matemática*. Estudié con verdadero fervor, cayó en mis manos un libro que citaba a Whitehead en una frase famosa que me pareció providencial porque de algún modo expresaba lo que a mí me estaba pareciendo la filosofía que comenzábamos a estudiar, «Toda

la filosofía occidental se reduce a una serie de notas escritas al margen de las páginas de Platón». Un pensamiento que no me atreví a explicarle a Eugenio hasta que como tal fue difuminándose y empecé a ver la filosofía de otra manera, pero en las discusiones que teníamos, como siempre en aquellos años en que íbamos a cursos distintos, yo tenía el papel de alumna aventajada y Eugenio era un profesor sabio y benevolente que se avenía a hacerme encontrar el camino del conocimiento. Aun así, yo seguí con la lógica matemática que cada vez me atraía más. Encontré otro libro sobre Whitehead donde a grandes rasgos se analizaba, entre las teorías de otros muchos filósofos británicos del XIX y XX su defensa de la realidad como un proceso construido por acontecimientos en vez de sustancias, de manera que estos acontecimientos no se podían definir fuera de sus relaciones con otros acontecimientos y circunstancias. Me pareció que este pensamiento me daba la razón y así fue como me hice con libros de Russell, Quine, Carnap o Wittgenstein, algunos de ellos publicados en España en los años 30 y otros en Francia, y me sumergí como pude en un mundo de pensamiento que hasta el momento ni siquiera sabía que existía. Pérez Ballestar, nuestro profesor, que ya ofrecía maneras de su próxima entrada en el Opus Dei, era muy católico y tenía tan poco interés por la lógica que se limitaba a enseñarnos ciertas fórmulas que expresaban, decía él, pensamientos, aunque tal como los aprendíamos carecían por completo de contenido e incluso de significado y se limitaban a ser lo que parecía que eran, meras fórmulas, y en ellas se detenía su pensamiento. A veces yo iba a preguntarle algo y se mostraba muy sorprendido por mi interés en su asignatura, hasta que un día, tras comprobar la desgana con que se refería a la lógica, me atreví a preguntarle que si tan poco le gustaba la lógica matemática, ¿por qué se dedicaba a ella?

Qué quiere, me respondió cansino, yo ya me he jugado el tipo con la lógica.

Fue él quien se empeñó en convencerme de que en España no había nadie que pudiera darme más información que la que él nos daba en clase, y que lo único que podía hacer yo si tanto interés tenía en continuar estudiando lógica era irme a Alemania.

Así fue como acabé yendo a la Floresta a ver a Manuel Sacristán, donde vivía, y comencé una serie de visitas a su casa y de conversaciones hasta que ya al final del último curso comencé a trabajar en una tesina que de haber llegado a buen fin habría tenido por título *Concepto formal de estructura*.

Pero se diría que los caminos que nos llevan a conformar nuestro periplo por la vida no siempre tienen que ver con nuestra voluntad,

sino a hechos que aparecen en el camino que nos obligan a cambiar el rumbo, porque aunque hubiera creído a Pérez Ballestar y hubiera entrado en mis cálculos irme a Alemania a continuar mis estudios de lógica, no habría podido porque era evidente que no podía llevarme a los cinco hijos conmigo ni tendría forma de alimentarlos ni a ellos ni a mí misma. Tal vez el inicio de la preparación de la tesina coincidió con otra decisión paralela que vino a sustituir la del estudio de la lógica.

Cambio de rumbo

Siempre he dicho que no soy persona de una sola vocación y no es que tenga una lista de ellas y las vaya tachando a medida que se van cumpliendo, como ocurre con las listas domésticas, sino que a veces una antigua vocación olvidada o estancada quizá en espera de mejores oportunidades atenta al momento preciso para desvelarse y hacerse un hueco entre las que estaban en primera fila, recibe un empujón o la ayuda de circunstancias imprevisibles que transforman sus posibilidades y su capacidad de permanecer vigente. Esto es lo que ocurrió, de pronto, como si tuviera conciencia de que, postergada por mis estudios, se me había olvidado darle la atención que requería, volvió a concitar mi interés aquella fórmula para avanzar en el camino de la libertad que nos había repetido tantas veces el sacerdote del internado, «No hay libertad sin libertad económica», que venía siempre de la mano de esa otra querencia, la de saber quién era yo, cuáles eran mis posibilidades, qué es lo que pensaba y creía no de las teorías filosóficas de los autores que tanto admiraba, sino de mí misma y de mi papel en una sociedad que se iba desvelando y me iba mostrando sus bastiones y sus barreras. Así que fue creciendo en mí la búsqueda de una ranura en la que introducirme y encontrar un trabajo que me permitiera compaginar la casa, la familia y el trabajo —dejando en suspenso el estudio de la lógica y la tesina—. Esta búsqueda teórica me parecía, entonces, de la libertad y la verdad, para dar paso a la misma, pero desde la práctica, es decir, desde mi propia realidad. ¿Algo más? Lo de conocer quién era yo podía esperar, me decía, tal vez porque casi sin darme cuenta era la propia vida que llevaba, los distintos ambientes que vivía, los amigos que poco a poco iba haciendo, los que me abrían al conocimiento de mí misma casi sin darme cuenta. Y de momento con esto me conformaba porque, me decía, no se trataba de renunciar, sino de esperar para poder compaginar mis vocaciones, mezclarlas, confundirlas.

Y la oportunidad llegó por un inopinado camino. Ocurrió que un día Luis Goytisolo, al que había conocido recientemente, me preguntó si sabía de una casa para alquilar en Cadaqués durante dos o tres

meses de invierno para poder buscar con calma otra donde vivir todo el año, y yo le dije que podía disponer de la nuestra. Y fue precisamente charlando con él y con su mujer María Antonia el día que cené con ellos para darles las llaves cuando salió en la conversación que Carlos Barral, de la Editorial Seix Barral, andaba buscando a una persona que se ocupara de las relaciones de la editorial con la prensa.

Otras voces

No logro recordar la primera vez que vi a Carlos Barral. Me vienen a la memoria como relámpagos imágenes apenas reconocibles, confusas, de aquellas «sobrasada *party*» que organizaba Miguel Barceló, mi amigo mallorquín, que como poeta se preciaba de conocer a Carlos Barral, igual que a Jaime Gil de Biedma y José Agustín Goytisolo, sus invitados. La sobrasada era un pretexto para leer poemas y beber ginebra y hablar de política, todo lo que sabíamos de ella en aquellos años sórdidos del franquismo. Creo que lo conocí allí, aunque no debía de ser ni mucho menos tan asiduo a las «sobrasada *parties*» como Gabriel Ferrarte o José Agustín, de los que sí guardo memoria precisa de su voz y de su imagen sentados en la cama de la habitación, absortos y ensimismados leyendo o escuchando poemas unos de otros, con una atención que a mí me pareció ejemplar y me conmovió más de una vez, no sé si por su dedicación a las palabras y los ritmos, o porque era para mí una experiencia muy nueva. La última vez que había oído recitar poesía en voz alta había sido muchos años antes, cuando yo era una niña de siete u ocho años y nuestro abuelo había invitado a su casa del Maresme al poeta Josep Maria de Sagarra para que nos leyera su largo *Poema de Montserrat*, no a nosotros —los niños —, sino a una serie de amigos de mi padre. Sagarra, que era un hombre de poderosa complexión, lo leía con tal pasión y entusiasmo que iba esparciendo por el suelo las hojas de su manuscrito a medida que las terminaba de leer. Yo, más que atender a sus palabras y a los versos, estaba inmóvil, como me habían ordenado que estuviera, pendiente del movimiento de su cuerpo que a cada convulsión emotiva se echaba más y más hacia delante como si buscara la forma de acabar sentado en el suelo. Otros poetas habían ido a esa casa en repetidas ocasiones, pero aunque acabé oyendo lo que decían nunca logré concentrarme en los poemas, tal vez por la atención que prestaba a la requerida inmovilidad y silencio o quién sabe si porque mi espíritu no se había abierto aún al ritmo del lenguaje, a la música de los versos o a la belleza de la metáfora. Así que aquellas lecturas que organizaba Miguel Barceló me abrieron la puerta a una distinta

sensibilidad y a un placer acrecentado por la sobrasada y la ginebra.

Goytisolo me había dicho que Carlos me esperaba a las once de la mañana de no recuerdo qué día del mes de septiembre del mismo año que yo había acabado la carrera. Me producía una gran emoción entrar en aquella editorial que conocía por sus publicaciones, una de las pocas en esa época que tenía fama de progresista. Seix Barral y la Editorial José Janés del recientemente fallecido Josep Janés eran a todas luces las mejores de aquel momento y sobresalían de las demás por una política editorial que al margen del éxito del libro publicaban en busca de su calidad y con tal entusiasmo y convicción como si quisieran compartir con el lector lo que conocían o habían descubierto. Mucho antes de que yo subiera por aquellas empinadas escaleras del edificio de la calle Provenza, sordos los oídos por el ronroneo de las máquinas de impresión que llenaban el inmenso almacén en los bajos del edificio hasta la calle Rosellón, decía mi padre que el pobre Janés —así lo nombraba desde que había muerto en 1959 de un accidente de coche siendo aún muy joven—, los libros que publicaba eran el único pan espiritual que nos quedaba en estos años de miseria cultural para alimentarnos con buena literatura, y añadía, No como entonces —su forma de referirse a los años de la República—, cuando Janés, siendo como ahora un excelente editor, no era ni mucho menos el único. Y cuando supo que yo tal vez conseguiría trabajar en Seix Barral no perdía ocasión de recordarme que Carlos Barral era el heredero de Josep Janés. Yo no sé de dónde había sacado tal noticia ni se la he oído nunca a nadie más, pero tal vez la había oído en alguna de las peñas que se reunían entonces para hablar, de las que era asiduo.

Seix Barral estaba en el piso más alto de un edificio de la calle Provenza casi esquina con la calle Balmes, y en la planta baja que se extendía hasta alcanzar casi todo el espacio de la manzana estaban instaladas desde 1911 las Industrias Gráficas Seix y Barral fundadas por los padres de Carlos Barral y Víctor Seix. Los pisos intermedios cobijaban una serie de otras empresas filiales de una o de otra, el despacho de Víctor Seix creo que también, una empresa de publicidad que regentaba o en la que trabajaba una hermana de Víctor, ventas por correspondencia y a domicilio, grandes colecciones y algunas empresas filiales más. En 1955 y a partir de las Industrias Gráficas que también habían publicado literatura juvenil e historia en otros tiempos, Carlos, con la ayuda y la complicidad de Víctor que la expresaba a su manera más comercial y económica la refundan, le quitaron la «y» que figuraba entre los dos apellidos y, en poco tiempo, como ocurre con los hijos, se convirtió en una empresa realmente

independiente y autónoma. Era el año 1955 y Carlos era un joven poeta que no había llegado aún a los treinta años.

El caso es que llegué al último piso y me recibió una portentosa luz que desmentía el nombre con que era conocida la editorial, «la casa oscura»; supongo que así debía de ser en años anteriores a mi llegada, cuando la editorial había comenzado su andadura y se había instalado en algún rincón de aquel inmenso edificio del número 219 de la calle Provenza. El despacho de Carlos tenía una antigua y descomunal impresora rescatada de las Industrias Gráficas por anticuada que ocupaba buena parte de la gran habitación y cuya poderosa imagen ha prevalecido sobre todas las demás.

Y allí me esperaba Carlos.

Carlos era espectacular. No sólo por un físico elegante, de movimientos risueños e irónicos, ni tampoco por esa mirada cargada de intención ni por lo insólito de su vestimenta informal en una época en que nadie se habría atrevido a ir sin corbata, sino por su forma de atender y de hablar, por sus preguntas imprevisibles y aceradas y sus respuestas teñidas de incertidumbre y gracia ante lo que oía, aunque sin asomo de rencor.

Recuerdo que salí de la editorial, de aquel último piso que descendí a los sones de las impresoras en los bajos del edifico, feliz por haber conseguido el trabajo, pero apabullada por la situación que acababa de vivir que nada tenía que ver con la clásica entrevista de trabajo que esperaba. Sin embargo, sin saber cómo ocurrió, había logrado que hablara de lo que él quería y de lo que yo podía ofrecer. Y sobre todo me impresionó esa forma de hablar de Carlos Barral con frases perfectamente construidas, sin muletillas ni obviedades, expresadas para invitarme a explicar lo que yo sabía del trabajo editorial aunque sin llegar nunca a una pregunta tan directa que me habría obligado a reconocer que de editoriales yo no sabía absolutamente nada. Intenciones, expectativas, esperanzas, proyectos flotando sobre un mar de ideología lejana pero firme, comentarios sobre la navegación, ironías referidas a las chicas que queríamos tener un papel en la sociedad y en el trabajo, y una visión un tanto ácida de la vida que más tarde, al recordarla, entendí como un preludio del desencanto posterior.

Así fue como en octubre de 1964 comencé a trabajar en la Editorial Seix Barral, y para mi asombro no en relaciones con la prensa como parecía ser el puesto que querían crear, sino que me adjudicaron una mesa en el fondo de una inmensa sala llena de chicas que hacían albaranes. Fue un golpe muy duro para mi orgullo, que en aquellos momentos tenía en alza porque estaba trabajando con

Manuel Sacristán en mi tesis que tenía por título, como no me canso de repetir asombrada siempre, *Concepto formal de estructura*. Aun así, me senté en mi silla en el rincón y durante unas semanas aprendí no sólo a hacer albaranes, sino a conocer lo que tal cosa era. Muchos años después me encontré un día presumiendo de que gracias a Carlos Barral yo había entrado en el mundo editorial por la puerta más angosta, por el fundamento comercial sin el cual no podría existir todo lo demás.

Una de las ventajas era que mi mesa estaba junto a la cristalera que daba al pasillo por el que se accedía al despacho de Carlos, y podía ver a todos los que llegaban, identificados inmediatamente, con nombre y apellido y divertidas y controvertidas opiniones personales que intercambiaban las chicas de la sala que conocían a los visitantes desde hacía tiempo y que me iban instruyendo al respecto. Un día, a media mañana, apareció por ese pasillo dando tumbos tras la cristalera Gabriel Ferrater, medio ido, despeinado y con unas oscuras gafas de sol. Al verme al fondo de la sala, abrió la puerta y a gritos, como hablan los que todavía no han decidido si siguen borrachos o ya han entrado en la resaca, me preguntó,

Hola, *Roseta*, ¿quieres venir a follar conmigo un rato? Es que tengo una resaca brutal y muchas ganas de follar.

Yo me quedé atónita, lívida, muda y él mirándome repitió la pregunta no con mala fe, sino por si no la había oído bien o entendido correctamente. Las chicas, riendo sin disimulo, esperaban mi respuesta, y me di cuenta de que no tenía más remedio que responder. Casi temblando de vergüenza porque la sala entera esperaba expectante a ver lo que yo diría, respondí,

Lo siento, Gabriel, no puedo ahora, tengo mucho trabajo.

Y él, como si fuera muy comprensivo con lo que me impedía volar con él hacia donde hubiera decidido ir, se dio la vuelta y sin apenas despedirse ni de mí ni de las chicas entró en el despacho de Carlos.

Las chicas reían a carcajadas no por lo que me había dicho Gabriel, sino por lo azorada que yo estaba, y me contaron entonces que ya lo conocían y que lo único que las había distraído de lo que estaban haciendo era ver como yo, la novata, salía victoriosa o no del envite.

Por este pasillo pasaban todos para reunirse en el despacho de Carlos Barral y discutir de literatura, de poesía, de las noticias de la ciudad y del mundo entero. Pero yo sólo los veía pasar, no entraba nunca en aquel *sancta sanctorum* del que sólo oíamos las voces y veíamos una nube de humo cuando alguien entraba o salía.

Al cabo de unos meses me llamó Carlos para ofrecerme, por fin, el servicio de prensa. Abandoné la sala de los albaranes, me adjudicaron

el despacho contiguo al de la gran impresora y comenzó de hecho mi trabajo más profesional de la mano de Carlos, porque era él quien dirigía el tono de las notas de prensa, el que inventaba frases ocurrentes para los carteles, el que dictaba caminando por su amplio despacho, las respuesta a ciertas críticas de algún periódico.

Me gustaba estar en mi despacho y ver entrar, ahora de frente pero también a través de otra cristalera, a los amigos de Carlos, escritores y poetas que yo iba conociendo, y a otros desconocidos cuyo nombre me sonaba por el manuscrito que habían enviado, que ya se había dado a leer o se amontonaba con otros muchos en una inmensa pila en el despacho de Carlos a la espera de una decisión del consejo editorial. García Hortelano, Ángel González, Caballero Bonald, Jaime Gil de Biedma, Costafreda, Gabriel Ferrater, los Goytisolo y más tarde Eugenio Trías, Salvador Clotas y muchos otros críticos o escritores noveles y tantos otros en innumerables reuniones, consejos de lectura, convocatorias de premios, o simplemente sin previo aviso para discutir y hablar mayormente de literatura y de poesía.

A veces cuando Carlos cerraba la puerta de su despacho sólo podía oír las voces indignadas o entusiastas de unos y otros discutiendo enardecidos sobre Auden o Poe. Ni siquiera lograba entender los nombres de los autores, pero me tentaba saber y conocer de qué discutían, y entonces me armaba de valor, buscaba un pretexto cualquiera y me acostumbré a entrar discretamente en el despacho de Carlos que rara vez interrumpía lo que estaba diciendo para conocer qué le reclamaba yo y, sin embargo, me hacía una señal y cuando había terminado lo que estaba diciendo me atendía como si tuviera la facultad de hablar y oír casi al mismo tiempo. Mi pretexto se limitaba a pedirle una frase, una fecha o mostrarle los proyectos de portada que nos habían llegado, de tal forma que en cuanto me había dado la respuesta me quedaba con disimulo en un rincón de la pieza cargada de gente y de humo, haciendo acopio de información que luego en casa tendría que completar buscando en aquellas enciclopedias que todos teníamos en el estante más cerca del suelo de nuestra biblioteca.

Así fue como asistí a muchas discusiones literarias que, siempre lo he reconocido, me iniciaron en el camino de la literatura y me hicieron salir del ámbito de lecturas incontroladas de novelas de todos los tiempos en el que me había movido desde niña y que me permitió no desterrar del todo pero sí compaginarlas poco a poco con mis lecturas filosóficas. Eran verdaderos debates, teñidos de ataques que contenían la defensa de múltiples teorías literarias y a veces políticas; ironías y sarcasmos sobre la concepción literaria de cada uno, jalonadas de alardes memorísticos en inglés, francés o español y en el

caso de Carlos incluso en alemán, o latín cuando se ponía muy pedante, como para ratificar y defender el punto de vista literario, que acostumbraban a terminar ya muy tarde cuando las luces comenzaban a apagarse en unas reuniones en el bar de la esquina de Provenza con Balmes, al que yo, ya mucho más adelante me incorporé, sobre todo las que tenían lugar antes de almorzar para que una cerveza me tranquilizara la resaca y me preparara para la breve siesta que me esperaba en el sofá naranja de mi soleada casa, recuperándome así de una noche de fiesta.

Fue allí, en aquellas sesiones improvisadas y en los contactos que poco a poco iba haciendo con los autores y poetas donde realicé mi aprendizaje de la historia y los contenidos de la literatura, sobre todo de la actual o al menos la que estaba a caballo entre el siglo XIX y XX. Fue el periodo de mi vida en que más leí, lo cual es curioso porque al mismo tiempo fue el periodo de mi vida que más horas le faltaban a mis días para llegar a todas las obligaciones, que una tras otra me aguardaban, y para poder dar salida a los atractivos y deseos que la vida me iba ofreciendo no al margen, sino precisamente como consecuencia del trabajo, la tesina, los niños y la casa. Fue la época en que comencé a salir más de noche estimulada por el círculo de los amigos que crecía y se convertía día a día en más atractivo. Como si la experiencia quisiera ratificar lo que siempre había creído, que ejercitar una facultad la incrementa, sea la memoria o la libertad o las emociones o la inteligencia, e igualmente como en este caso la de lograr tirar del tiempo hasta conseguir que cupiera en él, lo más cómodamente posible, todo lo que quería hacer, todo lo que me había propuesto hacer.

Durante el primer año sólo trabajé por las mañanas, pero poco a poco, a medida que mis gemelos crecían, me fui incorporando unas horas más y mis jornadas sin ser completas acabaron ocupándome dos horas más por la tarde. Al cabo de dos o tres años me llamó, esta vez, Víctor Seix y me dijo que creía que yo podría hacerme cargo del departamento de producción editorial. Yo no tenía ni idea de lo que era ni de lo que suponía la producción editorial; por no saber ni siquiera sabía lo que era una resma de papel ni lo que hacía un linotipista, y vagamente comenzaba a intuir lo que eran galeradas y compaginadas aunque aún me faltaba mucho tiempo por conocer las oxálicas, esta parte del proceso editorial ya mucho más moderno que para mayor confusión tenía nombre de una orden religiosa de monjas. Así que sin que pudiera darse cuenta de mi ignorancia le dije que me diera unos días para pensarlo, los cuales aproveché para enterarme de que lo que se me pedía era que controlara la fabricación de libros,

desde que llegaba el original hasta su entrega a la comercial, el coste de materiales, el tiempo de cada fase y su adaptación al presupuesto anual que se me hubiera asignado. Compra de papel, composición de textos, entrega de pruebas a los autores, impresión, encuadernación… No sabía cómo comenzar ni cómo ordenar contenidos y procesos. Sin saber aún si sería capaz de aceptar o no, pedí una semana más y me apunté a un curso acelerado de producción editorial que, un día a la hora del desayuno, algún ángel bondadoso con ganas de ayudar puso ante mis ojos en la hoja del periódico donde aparecía la publicidad. Allá me fui, estudié y aprendí y al final de la primera semana —era un curso nocturno de dos—, fui a ver a Carlos, le conté la propuesta de Víctor, que él ya conocía, y acto seguido fui a darle a Víctor la noticia de que aceptaba y estaría dispuesta a incorporarme a final de mes. El sueldo, acostumbrada al de oficinista, me pareció más que conveniente y me gustó el trabajo por más que era a veces agobiante por constantes exigencias y prisas. No recuerdo haber tenido demasiadas dificultades, aunque estoy segura de que más de una vez debí de cometer grandes o pequeños errores que mi iniciación me impedía ver y calibrar en su dimensión real, pero contaba con la colaboración del jefe de las Industrias Gráficas, cuyo nombre no recuerdo, pero sí la cara y el talante, lejano pero atento y siempre comprensivo, que me ayudó en todo momento, no sólo cuando le pedía ayuda, de tal modo que cada vez que bajaba a los talleres y le contaba lo que me proponía o lo que teníamos que hacer me daba lecciones magistrales, condensadas y al mismo tiempo claras; después siempre volvía a mi despacho convencida de que sabía una cosa más, una cosa importante más. Poco a poco fui cogiendo más facilidad y adquirí muy pronto un gran placer por un trabajo tan nuevo y al mismo tiempo tan creativo en un sentido mucho menos intelectual de lo que yo le había adjudicado a la creación. Aunque desde allí fui entrando en la parte más literaria, la que exigía criterio para desaconsejar una novela o un ensayo y yo misma fui presentando autores a Carlos o textos que creía que se acoplaban a su política editorial.

Un héroe de nuestro tiempo

Se ha hablado mucho de la capacidad de trabajo de Carlos Barral y muy pocas veces con justicia. Es cierto que no era un trabajador al uso como el que nos exigían entonces nuestros padres, pero he conocido a muy pocas personas que tuvieran tanta capacidad imaginativa para crear y controlar comités de lectura, lecturas de originales, informes recibidos, diseño de cubiertas y de interiores de los libros, promoción de colecciones, creación de premios, que inventaba y seguía día a día entre veras y bromas con el personal de la casa al que había sabido transmitir un entusiasmo que sin embargo él era incapaz de demostrar, escondido siempre tras los pliegues de su sonrisa sardónica y su lengua acerada. A mí me gustaba sobre todo cuando dictaba sus cartas a Ana Castellar, su eficiente secretaria, paseando arriba y abajo por aquella habitación atiborrada de libros y manuscritos, con la inmensa máquina impresora de la época de su padre, tan viva aún que parecía estar siempre atenta a todo lo que ocurría en aquel ámbito recoleto: era un alarde de facilidad de palabra, de flexibilidad en el lenguaje que utilizaba con una gran libertad, pero al mismo tiempo con un conocimiento exacto de su ritmo, de sus posibilidades y la forma de expresar las solapadas intenciones que quería transmitir.

Hay cientos de respuestas suyas a personajes públicos que lo acreditan como un conversador eminente, ágil e inteligente, y cientos de textos y cartas que confirman ese dominio de la lengua que lo mismo le servía para machacar con elegancia la prosa de un rival, como para explicar el acierto de la de un joven autor, como para responder con distancia y displicencia a los insultos y los ataques de una prensa creadora de estrategias, descalificación e insulto que en papel y en imagen permanecen vivas hoy.

Cuando entre el 9 y 11 de marzo de 1966 se encerró en el convento de los capuchinos de Sarriá con otros treinta y dos intelectuales, con el objetivo de aprobar los estatutos fundacionales de la organización clandestina antifranquista, Sindicato Democrático de Estudiantes de la Universidad de Barcelona (SDEUB), el siniestro comisario Creix entró en el local con numerosos policías y según la

versión que yo conozco increpó a Carlos y le conminó a que bajara del estrado, Barral, bramó, baja de ahí. Carlos no se movió, y con un coraje que guardaba para las ocasiones difíciles le contestó con la dignidad teatral bien lograda de quien sabe que puede dar una orden, De usted y doctor. Y cuando todos fueron llevados a la comisaría de la Vía Layetana de tan triste memoria y comenzaron las declaraciones, fue dictando al policía que con una antediluviana máquina de escribir iba tecleando las respuestas rimbombantes con tan grande cantidad de subordinadas que Carlos le dictaba, sin olvidar puntos y comas y comillas cuando convenía, hasta que al fin, el policía harto de tanto punto y tanta coma le dijo, ¿Coma? ¿Por qué una coma?, es lo mismo que un punto, ¿no?, y Carlos le contestó, Tal vez, pero no tiene el mismo ritmo.

Fueron años difíciles para el compromiso, que además cada cual entendía a su modo procurando no hacer demasiado ruido ni mucho menos caso de los talibanes, que también los había en aquel momento, y que como siempre acostumbraban a ser los menos comprometidos con las ideas y los más comprometidos con el poder. De ahí que con el tiempo se haya minimizado el compromiso de Carlos Barral, el cual nunca militó en ninguno de los partidos que en la clandestinidad funcionaban como podían. Hay quienes incluso lo acusan a él y a muchos intelectuales de aquella época de no saber hacer otra cosa que sentarse en un velador y tomarse un *gin-tonic*. Como si tomar esta bebida estuviera reñido con el trabajo intelectual y la creación, como han defendido los ultra conservadores durante toda su vida. Y aunque es cierto que tanto Carlos como sus amigos, entre los que me contaba, tomaban unos *gin-tonics* excelentes cada vez que les apetecía, sería injusto no reconocer en toda su amplitud desde el sillón de la comodidad democrática el ingente trabajo que supuso montar y dirigir aquella editorial en tiempos realmente difíciles para la libertad de expresión y la cultura que consagró a Carlos como uno de los dos grandes editores comprometidos de la posguerra que tuvo el coraje de definir y transmitir su ideología a un público ansioso de conocer la otra cara de la luna estructurando sobre ella su política editorial. Se ha dicho, como prueba de su falta de espíritu comercial, que el dinero les importaba muy poco y no es exactamente cierto al menos no en el sentido negativo y de pereza profesional que se nos quiere transmitir; sí lo es que no estaba dispuesto a cambiar de política sólo en aras del beneficio que en el caso de Carlos le exigían sus socios e incluso cuando le era indispensable para poder continuar. Hoy se da poca importancia a la política editorial porque estamos convencidos de que el éxito lo justifica todo, y así es en nuestro mundo, pero en aquellos

años, publicar una novela de un autor joven y peruano era casi un descalabro. Los catálogos de Seix Barral demuestran mejor que mis palabras que cada vez que Carlos se la jugaba con el manuscrito de un autor desconocido, lograba convertirlo en un autor que hoy quisieran para sí la mayoría de editoriales. Sobre todo teniendo en cuenta las dificultades que había que sortear constantemente: no sólo contar con unas ridículas ediciones que rara vez pasaban de los dos o tres mil ejemplares, ni siquiera si habían alcanzado un gran éxito de crítica, sino dificultades financieras en un momento que los intereses bancarios estaban en torno al 18 o el 20 %, la comunicación y por ende la promoción de los libros era infinitamente más difícil y laboriosa que hoy y la censura mordía los originales hasta dejarlos, en infinidad de ocasiones, despedazados e inútiles para siempre. Había que ir a Madrid, discutir con Robles Piquer, el yerno de Fraga y Director General de Información que aprovechaba cualquier declaración de Carlos Barral en periódicos extranjeros sobre la censura o la falta de libertad en España, para hacerle morder el polvo.

Premios internacionales, historias imprevisibles

Por todo ello a Carlos constantemente se le quitaba el pasaporte, lo que le impedía acudir a las reuniones internacionales que él mismo había creado y propiciado, como el Internacional de Literatura o el Formentor. En 1965 fui yo la que tuvo que sustituirle en Valescure, la Costa Azul, a donde llegué con la reunión ya comenzada y todos los que asistían cenando ya en el amplio comedor del hotel. Conocí a Einaudi, Rowohlt, Gallimard y al resto de los editores de todos los países y me sentí muy feliz de poder cumplir el papel que Carlos me había encargado. Allí reencontré a Uffe Harder, al que había conocido por pura casualidad en Ginebra dos o tres años antes cuando fui a cenar a un hermoso restaurante junto a un lago cuyo nombre no recuerdo. El director del hotel donde me alojaba vino a decirme que no era posible reservar una mesa para una persona a nombre de una mujer sola. Así lo había solicitado yo misma porque había traído un hermoso traje de noche de gasa verde esmeralda que me había regalado mi cuñada Michèle Stoclet y que quería ponerme de todas maneras aunque a última hora me hubiera fallado el acompañante con el que había proyectado el viaje, pues se acobardó y desapareció. Sin embargo, yo insistí porque decidí que de todos modos me pondría el traje verde aunque tuviera que cenar sola, y el director al verme tan decidida me propuso una solución que si bien tendría que pasar, dijo, por la humillación de que constara que había sido víctima de un plantón, podría funcionar. Reservaría una mesa para dos y luego al ver que la segunda persona no aparecía, yo podría cenar tranquilamente sola como quería. No me importó la supuesta humillación, pensé que poniéndome mi hermoso traje de noche verde me consolaría de la ausencia de mi pareja; la humillación ni la contemplé. Y así fue como conocí a un tipo pelirrojo, más o menos de mi edad, uno de los tres amigos que cenaban en la mesa contigua. Comenzamos a hablar en un inglés no exactamente británico y a reír; luego nos despedimos y ellos se fueron. Yo seguía con mi copa cuando apareció de nuevo el pelirrojo, que me propuso, y nos concedimos,

una larga y hermosa noche. Uffe y yo no intercambiamos datos personales hasta el último minuto, cuando ya con su maleta en la mano me llevó a mi hotel a que me cambiara y en el mismo taxi lo acompañé al aeropuerto radiante de sol y de ese viento del norte que los ginebrinos llaman *bise*. Fue entonces cuando nos intercambiamos el nombre y el país de donde procedíamos. Esto fue todo, aunque él todavía añadió, como una guinda final, soy poeta. Estábamos casi a la puerta del avión, lo que era bastante habitual en aquellos años y podía ser muy emocionante. El caso es que cuando unos años más tarde llegué a Valescure y entré en el inmenso comedor, me dirigí directamente a la primera mesa que presidía Jaime Salinas. Este me fue presentando a todos los delegados, traductores, críticos y autores que cabían en ella, entre los cuales reconocí el rostro de Uffe, con su cabello ondulado, su bigote pelirrojo y sus ojos grises que me miraban divertidos ante mi asombro. Cuatro días duró esta vez nuestro imprevisto encuentro, el cual intentamos alargar con unos meses de cartas apasionadas que, víctimas de la ausencia y la distancia, fueron calmándose y acortándose hasta llegar a una última e inevitable con música de despedida. Volvimos a encontrarnos treinta años después en una reunión de escritores en Estrasburgo. Me gustó la idea de volver a verlo cuando lo descubrí en el programa. Y sí, allí estaba, con su piel y su bigote de pelirrojo más suavizados, más dorados, y con una chaqueta de pana con cinturón muy parecida a la que llevaba en Valescure. Iba acompañado de una mujer muy joven de la que no se separó durante ninguno de los tres días que duró el encuentro en los que pasó por mi lado en repetidas ocasiones, incluso en el acto inaugural de presentación de los autores, sin dejar que su mirada se cruzara con la mía. La intensa, apasionante y brevísima historia de Uffe y yo, o una parte de ella al menos y este último e incomprensible encuentro, duerme en *Introibo ad altarem Dei*, un cuento que le dediqué del libro *Pobre corazón* de 1995, y que le envié sin que jamás me respondiera. Y un día, no hace mucho, estaba yo corrigiendo las pruebas de la traducción de este mismo cuento que iba a publicar una revista francesa cuando me dio por conocer qué habría sido del famoso poeta danés. Entré en Internet y me encontré con una escueta noticia escrita en su extraña lengua de la que sólo pude comprender que había muerto un 25 de abril de 2002, un día lluvioso como imagino que deben de ser todos los días de primavera en Copenhague.

El editor de las dos orillas

En las reuniones internacionales el éxito de Carlos era clamoroso, en todos los sentidos, aunque desgraciadamente no podía asistir a muchas de ellas porque constantemente lo retenían sentencias adversas y multas o retiradas del pasaporte. Además de su capacidad de seducción intelectual y de cualquier otro tipo, Carlos sabía convencer con esa palabra que ha sido su mejor don, con la que lograba embarcar a propios y extraños en unas aventuras editoriales que lograron lo que habría sido imposible contando sólo con sus propios recursos. El *boom* latinoamericano que él inició nunca habría obtenido el éxito mundial que consiguió si Carlos no hubiera sabido a su vez convencer a los más prestigiosos editores europeos de que estos autores eran lo mejor de la literatura en lengua española. Él fue el exaltado defensor de la literatura de las dos orillas, logrando al mismo tiempo dar a conocer autores españoles que en la cárcel donde vivíamos apenas tenían presencia en Europa y América.

Carlos defendió una lengua española que lo mismo se escribía en España que se cantaba en Latinoamérica, pero la corriente de ida y vuelta no se limitaba a los dos continentes, sino que también ocurría entre países. México está tan lejos de España como de Chile, decía, y lo que él se proponía era crear un sinfín de corrientes cruzándose y buscándose entre un país y todos los demás, con un idioma que en manos de unos y otros se enriquecía precisamente por su forma de manifestarse, por sus giros, tonos y música propios y por la riqueza de un vocabulario que había ido creciendo en cada lugar según su propia historia e idiosincrasia. Fue de tal modo que el lenguaje creaba una identidad distinta en cada región, en cada país, en cada lugar por oculto y lejano que estuviera, pero esa misma lengua no los separaba, sino que los unía en la diversidad consentida, aceptada y gozada, contra la teoría de la madre patria, la única que hasta entonces en España por lo menos podía hacer y deshacer y la única que disponía del privilegio de tener una lengua modelo para las demás. Era tal el convencimiento de que el español o el castellano, como lo llamábamos aquí, sólo valía si se obedecían las reglas impuestas y los modos

usados en España, que cuando unos años más tarde, Mario Vargas Llosa, que había enviado a la editorial el manuscrito de *La casa verde*, creo que era o tal vez fuera el de *Conversación en la Catedral* que se publicó en 1969, recibió las primeras pruebas galeradas, llamó hecho una furia porque el linotipista que había compuesto el texto le había quitado todos los giros peruanos, no aceptados en la Real Academia, como nos dijo cuando lo abordamos, creyendo que le hacía un gran favor al inculto autor. La linotipia era un proceso muy complicado que se hacía bajando unas letras de hierro o plomo que formaban líneas y luego páginas que se ataban con cuerdas y se amontonaban en el suelo formando grupos de dieciséis, que era lo que cabía en un pliego de papel. Así que la corrección era muy difícil y Carlos me envió con otro juego de pruebas a Londres para que ayudara a Mario a devolver el libro a lo que había sido, a lo que él había escrito. Para una gran multitud de gentes, un peruanismo no alcanzaba la categoría de idioma y no merecía formar parte de las palabras de un libro que se preciara de serlo. Cuando hablamos del *boom* latinoamericano a veces olvidamos que tan importante como conocer a autores latinoamericanos era que en los países latinoamericanos se conociera a los españoles. Fue tan tácita la aceptación de las variaciones de la lengua en cada rincón del mundo donde se hablara el idioma común, el español, con sus cientos de giros y ritmos, con sus distintas formas de explicar imágenes que responden a realidades distintas, con esa música que hemos aprendido a gozar, que a veces nos da la sensación de que la lengua ha absorbido la melodía de las estepas, de las montañas, las selvas o los mares latinoamericanos.

Cuando yo entré en Seix Barral, Mario Vargas Llosa había ya publicado *La ciudad y los perros* con la que en 1962 había ganado el Premio Biblioteca Breve después de Luis Goytisolo, Juan García Hortelano y José Manuel Caballero Bonald, tres jóvenes absolutamente desconocidos en aquel momento que lograron un éxito de crítica y público extraordinario (dentro de los límites comerciales del momento) que prestigiaron para siempre el premio. Mario, que se había separado de su tía y pareja, a la que debía de haberle dejado como prenda los derechos de la novela, pues recuerdo que llamaba constantemente desde el Perú o desde donde estuviera para conocer la marcha de las ventas. Llamó tantas veces que su nombre se me ha quedado grabado, Julia Urquidi de Pacheco; decía una secretaria llamando al de comercial, Julia Urquidi de Pacheco al teléfono. Esta Julia, creo que años más tarde se convirtió en la protagonista, o al menos fue la inspiradora, de la novela *La tía Julia y el escribidor*.

Durante aquellos años vi mucho a Mario, una de las personas más

encantadoras e inteligentes que he conocido, capaz de dar aire de diversión y alegría a una reunión apagada y aportar argumentos originales e inteligentes en defensa de lo que quiere demostrar. Sí, es cierto que con los años se ha vuelto, por decirlo de algún modo, mucho más conservador, pero simpático e inteligente continúa siéndolo. Y buen amigo, fiel amigo diría yo. En los últimos decenios lo he visto poco, pero cada vez que desde la Casa de América —donde he trabajado— y en la Biblioteca Nacional le he pedido que viniera a dar una charla o a visitar una exposición, nunca ha faltado. Claro que me gustaría más que siguiera siendo, como cuando lo conocí, fiel defensor de las ideas de izquierda, pero la vida da muchos tumbos y cada cual elige el camino que más le conviene o le place. Sus artículos dan fe de su cambio ideológico, excepto algunos, los que tratan del dolor de los exiliados, de los marginados, de los que no son aceptados en otros países cuando han de abandonar el propio en busca de una vida más digna. Es un placer leerlo.

El despacho de Carlos se estaba haciendo pequeño, ahora ya no eran sólo los escritores españoles los que acudían a él, sino los latinoamericanos, Julio Cortázar, Vargas Llosa, José Donoso, Mauricio Váquez, Carlos Fuentes… Y yo, junto a él, no perdía detalle de quién venía, qué ocurría, cómo se desenvolvía lo que en aquella habitación se estaba cociendo. Sí, fueron unos años portentosos desde el punto de vista de los debates sobre literatura y del descubrimiento de nuevos autores que a su vez nos iniciaban en caminos literarios desconocidos hasta el momento.

Se acusó a Carlos Barral de no haber aceptado *Cien años de soledad*, de García Márquez, lo cual no es exactamente cierto. Ocurrió que el manuscrito llegó como muchos otros antes del verano y lo que nadie vio es que llevaba una fecha límite para la respuesta. Desafortunadamente el verano se cruzó y para cuando se quisieron dar cuenta el término había expirado. A Carlos le quedó un sabor amargo, también por los ataques que recibió y aunque admiraba a Gabo y le había gustado mucho su libro la ironía se le mezclaba con el resentimiento, seguramente para paliar el malestar que el asunto le provocaba. Y un día que yo fui a pedirle una frase para un cartel que anunciaba a los nuevos autores latinoamericanos, me respondió riendo: «No toda la novela latinoamericana es un chiste interminable», que por supuesto no me autorizó ni a utilizar ni a repetir. Lo hago ahora al cabo de los años porque el tiempo impide que sea nociva para él, ya que en ningún momento, y él era consciente de ello, habría podido serlo para Gabo.

Durante aquellos siete años que trabajé en Seix Barral aprendí de

Carlos una serie de cosas que me han ayudado a lo largo de toda la vida. La principal fue encontrarle placer al trabajo, que vivíamos todos los días con nuevos proyectos, dedicación al fondo editorial, intentos de promoción, lucha contra prohibiciones y censuras, compromiso en la edición y en la vida, conversaciones con autores y recuperación de textos que creíamos perdidos, así como conocimiento de los grandes autores no sólo latinoamericanos, sino alemanes, italianos, franceses, ingleses, nórdicos, japoneses, etc., lo que nos daba a los que trabajábamos allí, igual que al público al que iban dirigidos, la sensación de que, por decirlo con una frase de hoy, otro mundo era posible, al menos en literatura.

Cuando llegué a la editorial sólo conocía un libro de poemas de Carlos, *Diecinueve figuras de mi historia civil*, que había comprado cuando se publicó en 1961. De 1964 a 1970 Carlos publicó tres libros de poesía, *Usuras, Figuración y Fuga* e *Informe personal sobre el alba.* Libros que corrían de mano en mano entre nosotros y que nos permitieron conocer otra cara de aquel hombre que tenía tantos registros. Entre el editor, el poeta y el hombre de mar transcurrieron esos años difíciles para Carlos y para todos en general, pero en nuestro caso con un proyecto en marcha y el entusiasmo libre que, como hemos sabido después, es la mejor forma de ver pasar el tiempo.

Y así habríamos seguido tal vez mucho tiempo más si un tranvía de Frankfurt no se hubiera llevado la vida del socio de Carlos, Víctor Seix, un hombre mucho más de empresa que del mundo literario, que con sus dificultades y logros formaba con Carlos un tándem que les permitía seguir adelante. Sin embargo, su muerte dio alas a uno de sus ayudantes, Antonio Comas, de triste y macabra memoria, que logró el favor de los demás socios y se hizo con el poder para desterrar a Carlos Barral de una empresa, sucesora de la de sus padres, que él había conseguido transformar junto con Víctor en una de las editoriales más importantes que ha conocido este país, mitificada hoy no tanto como merece en la historia de la edición de España y en la de los países de Latinoamérica y de sus grandes beneficiarios, y por supuesto en la de Europa.

Con el tiempo somos muchos los que nos hemos preguntado cómo a una persona tan mediocre, desde todos los puntos de vista, la familia Seix le dio la confianza suficiente para que se quedara al frente de la editorial y las Industrias Gráficas, y no nos faltaba razón porque en muy pocos años aquel protegido de Víctor Seix logró acabar con todo, con los edificios de la calle Provenza, que se esfumaron igual que las Industrias Gráficas, y mejor suerte tuvo la editorial que, incapaz el prohombre de sacarle partido y llevarla adelante, acabó vendiéndola

al Grupo Planeta, al que pertenece desde 1982.

Carlos tuvo como abogado a su amigo de siempre, uno de los del grupo que creo que habían estudiado juntos en la universidad, Alberto Oliart, un hombre severo, cauto y amigo de que la sangre no llegara al río. Tal vez así me lo parecía porque yo desconocía quiénes eran los que apoyaban a los Seix, los prohombres de la ciudad que aunque vieran lo que ocurría sabían bien a quién tenían que defender y apoyar, más o menos como ocurre ahora. Hubo muchas reuniones a las que yo asistí defendiendo una posición más guerrera, es decir, menos pactada según las condiciones que la parte contraria proponía y, a grandes rasgos, según lo veía yo, empujada por la furia que me producía este movimiento injusto por parte de los Seix con el ínclito Comas a la cabeza. Pero vencieron ellos, como vence casi siempre la mediocridad, pensé entonces, aunque ahora conozco la historia un poco mejor y creo que el poder ciudadano que ya comenzaba a detectar el jefe espiritual de Antoni Comas, que en aquellos momentos ya maquinaba a su oculta manera la creación de una banca catalana que dejó esquilmados a todos los catalanes que confiaron en él, tuvo mucho que ver.

Coincidió todo este triste movimiento editorial con una huelga de hambre que hicimos un grupo de amigos, Carlos Trías, José María Carandell y Lidia Falcón, encerrándonos en el local de los amigos de las Naciones Unidas en Barcelona para protestar contra las penas de muerte dictadas por Franco contra unos cuantos etarras. Cuando salimos nos fue impuesta una multa de una cantidad tan exagerada que ninguno de nosotros ni de lejos tenía. Así que fui a ver al señor Jaume Carner, presidente de la Banca Catalana, que se había instalado por todo lo alto en un edificio del paseo de Gracia. Me recibió muy amablemente y nos concedió una ayuda que de algo sirvió después seguimos hablando sobre todo de la situación de la editorial Seix Barral, que él seguía con todo detalle, aunque como quien no quiere la cosa tuve que rectificar algunos aspectos de ciertas afirmaciones suyas porque supongo que la fuente era de la parte contraria. Y cuando ya nos habíamos levantado porque la reunión se había dado por acabada, le pregunté, ¿cómo entiende que una persona tan poco dotada como Antonio Comas haya podido imaginar que sería capaz de llevar solo esta editorial y además convencer a los Seix de que lo auparan en sus pretensiones y le hicieran este juego siniestro a Carlos? Y él me contestó,

Mire, si usted ve que el vecino tiene una vaca que en lugar de dar veinte litros da treinta, usted, sea mediocre o no, piensa: si este tipo ordeñando la vaca consigue esos extraordinarios treinta litros, ¿qué no

conseguiría yo si pudiera ordeñarla a mi modo? Es ley de vida, añadió con sabiduría más bien pesimista. Y si bien encontré la metáfora poco poética, la acepté y pensé en ella porque estábamos en una época en la que todo lo que venía de Jordi Pujol y de la Banca Catalana y su presidente nos parecía oro puro, incluso a mí que siempre defendí que toda aquella mezcla de patria, moralina y dinero no podía ser trigo limpio.

La lucha fue feroz, y la victoria del equipo capitaneado por Antoni Comas, sangrienta, pero Carlos no perdió ese toque de ironía y crítica que siempre le habíamos conocido. No obstante, es cierto que cuando todo terminó y tuvo que hacer frente a una sentencia ominosa e injusta su rostro cada vez más delgado había adquirido una expresión de desencanto que ya nunca lo abandonó.

Aunque nos seguimos viendo con bastante frecuencia, nuestros caminos profesionales se separaron entonces. Él montó Barral Editores y acabó siendo elegido senador por el PSC una vez recuperada la democracia. La última vez que lo vi, en Calafell, el lugar donde seguía al mando de su Capitán Argüello, había perdido aplomo y sarcasmo, pero había ganado en dulzura y cercanía, mantenía vivo el resplandor de sus ojos tostados y el verbo fluía de su boca con la misma facilidad y encanto que el primer día que lo conocí. Se había pasado al vino blanco hacía años y como apenas comía, según me dijeron, estaba tan delgado como si hubiera quedado de él sólo el filamento metálico que lo mantenía en pie. Pero aún a pesar de la afligida imagen que me llevé de Calafell, guardo de Carlos la memoria de uno de los hombres más atractivos que he conocido y uno de los más dotados, por su original inteligencia, por la capacidad de dar un tono poético incluso a sus más arriesgadas diatribas y porque ni incluso entonces, a pocos meses de su muerte en diciembre de 1988, había perdido ni el interés ni la curiosidad ni siquiera la costumbre de elaborar nuevos proyectos. Por más que la decepción que le había provocado el curso de los acontecimientos de los últimos años, luchaba a todas horas por consumir una personalidad que nunca fue vencida por la derrota.

Querido Jaime Salinas…

A Jaime Salinas lo conocí cuando yo ya llevaba dos años en la editorial que él había dejado poco tiempo antes de que yo me incorporara al equipo de Carlos. Arrastraba consigo, incluso para los que como yo no lo conocíamos, una mítica personalidad de hijo del poeta Pedro Salinas, de exiliado de la guerra de España, de su incorporación a los servicios de ayuda del ejército americano y de su llegada a España en los años cincuenta. Un día, casi por casualidad, Carlos, Jaime Gil de Biedma, Alberto Oliart y Ferrater y otros amigos que lo acababan de conocer descubrieron quién era su padre y cuál era su historia, y llenos de entusiasmo lo incorporaron al grupo. Así fue cómo comenzó a trabajar en Seix Barral, tras instalarse en Barcelona. Su trayectoria en la vida cultural del país fue tomando cada vez más vuelo, aunque nunca consiguió que los que disfrutaron de sus dones y aptitudes se lo reconocieran como merece. En esto se lo consideró verdaderamente nacional y fue tratado de la misma forma que lo fueron todos los demás. Nuestro país, por dotado, inteligente, innovador o genial que sea un artista de cualquier área, no es reconocido jamás; quizá sólo cuando han pasado los años o los siglos, el poder del momento hace suya su historia debidamente manipulada y pasa a convertirse en un arma, un argumento en defensa de lo que quien se lo ha apropiado pretende convencer de ello al personal. En cualquier caso, Jaime era elegante, en la forma y en el fondo; tenía la cultura de base de quienes han vivido en ambientes cultos y han sido educados en escuelas que dan importancia a la educación cívica y a la cultura; tenía el don de la originalidad y de la imaginación y gracias a todo este bagaje con el que se instaló en nuestro país pudo aportar a su empobrecida cultura una serie de ideas y de proyectos de los que todavía vive, como, por ejemplo, las colecciones de bolsillo hechas con arte y dignidad, y más tarde cuando el gobierno de Felipe González lo nombró Director General del Libro, la fundación y expansión de una red de bibliotecas, inexistente hasta aquel momento y que ha dado lugar a la que tenemos hoy, la cual subsiste a pesar de la gestión emprendida contra la cultura que hemos sufrido en los últimos años.

Jaime no presumía de intelectual, incluso hacía alarde de que él, cuando fue director de Alfaguara, no leía los libros, pero aun así, los catálogos que nos ha dejado no tienen un solo error, ni un solo libro mal elegido ni una sola colección sin el profundo sentido cultural que sabía imprimir a todo lo que tocaba y hacía, a todo lo que creaba. Fue incluso original en la elección de las cubiertas de los libros, discretas, elegantes y llamativas, como la obra de Enric Satué, y estableció, como había hecho igualmente Carlos en solitario, la unidad del libro, del texto pasando por los márgenes, las primeras páginas, el tipo de letra, la cubierta, buscando la calidad no sólo en los contenidos, sino en la elección de la tipografía y por supuesto en el papel y la encuadernación.

Era un hombre cargado de cualidades que parecían las idóneas tanto para el mundo de la edición como para llevar y manejar todo tipo de relaciones entre personas de distinta condición y estamento y de una manera muy especial cuando se trataba de cargos públicos, que siempre quedaban encantados con él, pues lo hacía con una naturalidad tan espectacular que hacía sentir a todo el mundo como si él o ella fueran los imprescindibles en aquella reunión. Era fácil comprender que pocas personas habrían podido apoyar mejor que Carlos el proyecto que le presentó Jaime cuando se incorporó a la editorial a principios de los sesenta. Entre los dos lograron coronar de prestigio el Premio Formentor y los Premios Internacionales de Literatura en los que intervinieron las editoriales europeas más famosas, la mayoría izquierdistas, que publicaban el libro ganador simultáneamente en todos esos países.

Un día me llamó Jaime Salinas a Seix Barral y me dijo que si podía ir a verle; me dio una dirección de la calle de Urgell donde había montado su oficina. Él se cuidaba entonces de los Premios Internacional, que exigían mucho trabajo y atención por la cantidad de idiomas en los que mantenía la correspondencia. Era la primera vez que esta iniciativa partía de la automarginada España, así que Jaime, exigente como era, no dejó pasar esta ocasión para hacer un alarde de eficacia y de perfecta organización. Me propuso trabajar unas horas a la semana como su secretaria y, aunque yo no sabía muy bien a qué se refería, acepté indicándole que mis horarios serían difíciles y a veces tendríamos que vernos a horas imposibles. Aceptó. De entrada me sacó los colores cuando le presenté a la firma las primeras cartas que me había dictado, pero así aprendí que la perfección es indispensable en el correo comercial y en la comunicación, no ya porque contenga faltas de ortografía —que no era el caso—, sino otros mínimos errores, como no calcular los márgenes, no dejar los espacios de forma

correcta, entre muchos otros. A partir de estas nimiedades —como las veía yo entonces—, aprendí junto a él otros importantes aspectos del mundo editorial, de las relaciones con los editores, los secretarios y los autores que me han ayudado mucho durante toda la vida.

De ahí nació una amistad cada vez más confiada y más profunda, y así seguimos siendo amigos, muy amigos, amigos del alma decíamos siempre, durante toda la vida, incluso cuando vivíamos en ciudades distintas o cuando él pasaba largas temporadas en Islandia ya al final de su vida. Fue el amigo al que le hice mil confidencias y del que recibí otras tantas, el que me consoló cuando estaba triste, el que se anticipaba a mi dolor cuando algo grave entendía que iba a ocurrir, un amigo con sensibilidad, inteligencia, profundo y divertido sentido del humor, amigo ejemplo de amigos, amigo al que echo de menos como a todos los que ya no están, pero un poco más cuando no sé cómo afrontar un descalabro o algún síntoma me dice que se acerca el desánimo o la tristeza.

La voz de la isla, Guillermo Cabrera Infante

El Premio Biblioteca Breve, más que los premios internacionales, suponía una verdadera fiesta. Se llenaba la editorial de críticos y de autores de todo el país, sobre todo venían los de Madrid, los que más conocíamos por la feria que se celebraba entonces en el paseo de Recoletos y a donde además estábamos obligados a ir para gestionar permisos de publicaciones y autorizaciones de actos y presentaciones de libros. En Madrid estaban muy impresionados con Barcelona y más aún cuando en 1967 se inauguró Boccaccio, pero a nosotros nos fascinaba Madrid, pues corría la alegría y las noches eran largas, imprevistas, divertidas y sorprendentes. Recuerdo un precioso artículo de Umbral en *El País*, que entonces era el diario más progresista, titulado «Ya vienen los catalanes», que daba cuenta bien evidente de lo que nuestra ciudad suponía para Madrid, de modernidad, movimientos culturales y artísticos, contactos con escritores, arquitectos, pintores y músicos extranjeros y hasta de una libertad de movimientos que estaba desbancando la de la moral católica que habían instaurado con mano dura el Régimen y la Iglesia en cuanto acabó la guerra. Y cuando ellos, los madrileños, o a los que llamábamos madrileños que casi nunca lo eran, venían a Barcelona no hacían más que ratificar con entusiasmo el adjetivo de ciudad abierta que Barcelona se había ganado y cuya fama fue extendiéndose por el resto del país e igualmente en círculos profesionales de arquitectos, editores y escritores en ciudades como Nueva York o Milán, París o Londres.

Ahora mismo, cuando levanto la vista para separarme del texto y buscar la palabra adecuada que se me resiste, miro por la ventana y me dejo llevar por el color tostado del otoño, lleno de árboles todavía dorados, rojizos y amarillentos como banderas apagadas en la estepa de Mongolia, que todavía no ha acabado su proceso implacable de desnudarlos, y ante tan profunda y exquisita belleza en todo el amplio horizonte que alcanza la vista, vuelvo a pensar en aquella Barcelona que tanto conocí y amé, y me dejo sumergir en un tiempo que no acepta prospección como si quisiera descansar de él. Pero es un

pensamiento de un solo instante, y vuelven con toda la intensidad aquellos años incrustados en la ciudad como nunca más lo estaría tiempo alguno para mí, y la nostalgia de lo que fueron y prometían, movimientos, reacciones, imaginación poderosa, tanto más cuando debían producirse y mantenerse y desarrollarse en los márgenes de un encorsetado régimen que la Transición nos vendió como el fin sosegado de una época regida por un padre anciano y autoritario, amante de la paz y el orden. Pero sé que no fue así y que el esfuerzo renovador que volaba por la ciudad llenó de esperanza a la población. Si luego fue tergiversado y manipulado por el poder o por quienes quisieron alcanzar el poder o creyeron que lo habían alcanzado, ya no es asunto nuestro, es simplemente la derrota normal a que se ven sometidos desde siempre los movimientos que pretenden desbancar lo que ellos nunca habrían podido conseguir.

En 1964 ganó el Premio Biblioteca Breve Guillermo Cabrera Infante con una preciosa novela titulada *Vista del amanecer en el trópico*. Acababa de llegar de Cuba en aquel momento, yo desconocía la odisea de su vida y no sabía que se había visto obligado a exiliarse, aunque sí conocía que al inicio de la Revolución había sido nombrado director del Consejo Nacional de Cultura, ejecutivo del Instituto del Cine y subdirector del diario *Revolución* (actual *Granma*), encargado de su suplemento literario, *Lunes de Revolución*. Ni en los primeros tiempos de nuestra amistad ni a lo largo de los años él nunca me habló de lo que había ocurrido y tuve que conformarme con lo que venía en los periódicos —que pocas veces es de fiar—, pero aun así nos hicimos amigos enseguida: era amable y cariñoso, aunque respiraba un humor ácido y continuo y cualquier pretexto era bueno para hacer un juego de palabras original, literario, social o político que más que sus confidencias y más de lo que fui sabiendo sobre su historia, me dio un conocimiento sobre su forma de ser y esa sensibilidad literaria desde la que vivía y por la que vivía. Sí, nuestra relación fue así durante muchos, muchísimos años, en Londres cien veces en su casa en Trevovir Rd. y luego en Gloucester Rd., conocí e intimé con Miriam, su mujer, y con sus hijas Anna y Carola, y lo mismo hicieron mis propios hijos con ellos mientras iban creciendo.

Cuando en 1970 fundé mi propia editorial, La Gaya Ciencia, Miriam, que era más que supersticiosa porque vivía en el mundo de las infinitas posibilidades ocultas que provocaba cualquier acto o pensamiento, hizo una serie de exorcismos para que me fuera bien y me recomendó que siempre tuviera flores amarillas en el local de la

editorial, cosa que no hice y, tal vez por esto, la editorial además de procurarme alimento inacabable para la imaginación y la fantasía, me dio también disgustos inútiles provocados seguramente como ella creía por personajes fatuos, inventados y obsoletos que pululan siempre por el mundo para crear confusión y desconcierto, elementos del alma humana que en ciertos lugares poco concurridos y habitados se llaman simplemente mal. Así era Miriam, una mujer con una visión mágica de la realidad a la que sólo ella parecía tener entrada. Era fantástico oírla hablar de la familia real británica o de los ingleses, que según ella no sabían masticar los enormes bistecs que se tragaban enteros y había que llevarlos al hospital donde había una máquina potente especialmente inventada para quitarles «a los ingleses esos bistecs que se les quedan clavados en la garganta». U oírla hablar de la forma en que se movían los homosexuales en Londres o de cualquier otra cosa a la que ella hubiera dado su interpretación.

Recuerdo especialmente un verano que yo vivía en Oxford, en Winchester Rd., y mis hijos estaban en campamentos en el sur de Inglaterra. Los Cabrera tenían en aquel momento grandes dificultades económicas y yo iba a verlos los fines de semana después de haber recogido a mis niños con un mini Morris que Mario Vargas Llosa, que también vivía en Londres, me había prestado durante ese mes de agosto que él había ido a Perú de vacaciones. Vivían modestísimamente rodeados de películas, con su gato Offenbach, al que según Guillermo sólo le gustaban los wésterns. Guillermo se pasaba el día entero escribiendo o viendo una película tras otra y Miriam y yo dando vueltas por Londres, a la que ella había descubierto desde que había llegado de Cuba con las hijas del primer matrimonio de Guillermo. Nos encontrábamos a mediodía, hacíamos arroz cubano y nos lo llevábamos en un *tupper* inglés, desconocido aún en España, a cualquiera de los parques de Londres que tan bien conocía Miriam y comíamos y jugábamos y nos tumbábamos sobre la hierba, felices todos en la estrechez. Luego ya se fueron a vivir a Gloucester Rd. Creo que fue cuando a Guillermo le encargaron un guion que escribió y por el que cobró una miseria, *The vanishing point* se llamó la película, precioso largometraje del que por compensar le concedieron unos *royalties* en función del éxito. Al principio Guillermo, que andaba mal de dinero, lo tomó mal, pero inmediatamente la película tuvo mucho éxito en Estados Unidos y lo que fue cobrando entonces y durante los años siguientes lo redimieron de la marginación en la que vivía por carecer de medios y por las carencias que estaban obligados todos a soportar desde que había comenzado su exilio.

Crecieron sus hijos y los míos, que fueron amigos, y la casa de los Cabrera se convirtió en nuestro *pied à terre* en Londres. La situación de Guillermo mejoró, escribió, trabajó, entró en el mundo del cine, sus libros fueron traducidos a muchos idiomas, se convirtió en un famoso escritor y se acabaron los años de las vacas flacas. Fui a la boda de su hija Carola de la que guardo preciosas fotos de Guillermo y yo en una inmensa barca y seguimos siendo grandes y fieles amigos durante años y años, hasta que un día, a finales de los noventa, cuando yo acababa de publicar mi novela *Azul*, fui invitada a ser jurado del Premio Casa de las Américas en Cuba, donde conocí y me hice muy amiga de muchos escritores, entre ellos del jovencísimo Leonardo Padura, también jurado como yo ese año. Guillermo se enteró, claro, conocía al dedillo todo lo que ocurría en la isla de sus amores, y desde entonces fuimos más, mucho más que dos desconocidos. Treinta años de profunda amistad, sincera y siempre emocionada y divertida se estrellaron ante aquella traición, tal como él debió de interpretar mi viaje a Cuba.

Coincidimos aún en una Feria del Libro, en la misma caseta, a la misma hora y el mismo día y soportando los dos por igual el inmisericorde sol de junio en Madrid, y ni me habló ni me miró, aun a pesar de los esfuerzos que hizo Miriam para quitar hierro a su intransigencia y lograr que por lo menos me saludara.

A los pocos años murió tal vez de la misma enfermedad que se le pudo haber declarado en una cena en mi casa de la calle Muntaner muchos años antes, un día de la semana de vacaciones de Pascua del final de los setenta. Nos habíamos reunido con él varios amigos en la ciudad desierta y su mente sufrió un descalabro cuando tras haber ido al salón a llamar a su hija Carola, que estaba en Londres, volvió a la mesa para contarnos lo que su mente creía que había ocurrido, el acoso y ataque que su hija había sufrido mientras él se divertía con unos amigos en Barcelona. Antonio de Senillosa, que cenaba con nosotros, logró que viniera un amigo suyo psicólogo o psiquiatra, que lo retuvo en cama durante varios días sumido en una especie de sopor, en casa con Miriam, y luego Juan Ferraté y Marta Pesarrodona partieron con ellos a Londres. Fue una larga enfermedad producto, dicen algunos, del enorme esfuerzo que hizo para entregar a tiempo un guion que le había encargado John Houston basado en la novela *Bajo el volcán* de Malcom Lowry. Mejoró, claro que sí, y aún durante muchos años seguimos en contacto constante, en Londres, Nueva York e incluso Barcelona, hasta que todo se rompió. No obstante, a menudo he pensado que tal vez conmigo le ocurrió algo parecido a lo de aquella noche, me acusó de una traición que su sensibilidad debilitada

le había hecho imaginar y temer.

Tres hijos más

Con el entusiasmo por las clases, viéndome a mí misma ir y venir de la universidad a casa, con el tiempo apretado pero bien distribuido, estudio, compra, niños y amigos me sentía crecer, y por más que a veces pensaba que no aguantaría tanto quehacer y tanta presión, pronto desaparecía aquel cansancio momentáneo que, como todo lo que nos ocurre cuando somos jóvenes, parece que no lo podremos resistir, pero cuando nos queremos dar cuenta no sólo ha desaparecido el pesar o el imposible cansancio, sino que incluso los hemos olvidado. Así me sentía yo, en la plenitud de mí misma, con el mundo abierto ante mí, cientos de miles de posibilidades se abrían en el horizonte que a mí me tocaba desvelar y proseguir. Había dejado de importarme lo que pudieran decir mis amigos y mis amigas y sobre todo los amigos de mi marido e incluso los de mi familia política, como si convencida de que lo que hacía estaba bien decidido, me hubiera puesto el mundo por montera y aunque discretamente lo siguiera con convencimiento y, a veces incluso con arrogancia.

Recuerdo que un día las chicas con las que había hecho el bachillerato en el internado de las Dominicas de Horta, casadas todas como yo y que se reunían de vez en cuando a merendar y charlar en casa de una de ellas, me invitaron y fui. Es cierto, tenían un aire mucho más de señora que yo, con sus abrigos de astracán y sus zapatos de tacón de aguja, sus rígidos peinados y sus joyas. No se me ocurrió que su conversación y sus reacciones serían tan convencionales como su aspecto, por esto me sorprendió que cuando, casi acusándome de que la universidad me impedía cuidarme de mis hijos como merecían y como era mi obligación, me preguntaron cuántas horas me quitaba la universidad de mis obligaciones.

Sin darme por enterada de que pedían guerra, les dije que teníamos horarios dispares todos los días y que era difícil saber exactamente cuántas horas tenía de clase. Y para defenderme de sus miradas acusadoras y oblicuas me dirigí a una de ellas que tenía dos hijos más o menos de la misma edad que los míos, y le pregunté,

Y cuando dejas a los niños en el colegio, ¿tú qué haces?

Pues, depende, voy a hacer recados, de compras con mi suegra, que le encanta, al cine con amigas o con mi madre…

Al cine, ya veo, y ¿tienes a alguien que recoja a los niños y los lleve a casa?

Claro, la Patro, que los adora, los baña, les da de cenar y los acuesta.

¡Qué cara!, me dije, pero me limité a responder con tanta serenidad como me fue posible,

Mientras tú te dedicas a esos menesteres de solidaridad y diversión, yo podría hacer dos carreras.

A partir de esta primera escaramuza se notaba en el aire cierta tensión, así que cuando me apremiaron a que les hablara de la universidad, ya más tranquila, les conté una divertida anécdota que me había ocurrido aquella misma mañana. Estábamos en octubre, acababa de comenzar el curso, el segundo para mí, yo ya me sentía cómoda en la universidad, había perdido aquella actitud de timidez disfrazada de cierta indiferencia de los primeros días del curso anterior y había adquirido la naturalidad que da la experiencia. De pronto, cuando subía las escaleras del bar que estaba en el sótano, me detuvo un chico, era un hermano de Calicó, un compañero de mi mismo curso, y me dijo,

Oye, perdona, ¿tú eres aquella casada de segundo que está como un tren?

Me encantó la pregunta y le dije, Chico, vamos al bar y te invito a lo que quieras.

No se rieron demasiado mis amigas y una de ellas me dijo,

A mi marido no le habría gustado que me dijeran una cosa así.

Y yo, con esta rapidez que tantas veces he echado de menos cuando sólo al cabo de horas he sido capaz de encontrar la respuesta pertinente y lacerante que dicha en el momento justo me habría dejado satisfecha, le contesté,

Es que a ti no te lo habrían dicho.

Fue un golpe bajo por mi parte, lo reconozco, porque Charo había sido desde siempre la más guapa de la clase, un título que nunca nadie le discutió en todos los años que estuvimos juntas, hasta tal punto que a ninguna de nosotras se nos ocurrió jamás que alguna vez podríamos ser consideradas no ya tan guapas como ella, sino simplemente guapas, guapas a secas. Es cierto, tenía un atractivo espectacular que ya intuíamos entonces, cuando apenas sabíamos cómo calibrar y hablar de estas cosas tan ajenas a nuestra parca vida de internado. El caso es que nunca volvieron a invitarme a esas meriendas.

Tan capaz me sentía en aquel momento que, no contenta con lo

que me esperaba al cabo de una hora o de un día o al final del mes y del curso, me dejé seducir de nuevo por la idea de continuar precisamente ahora aquel antiguo sueño de tener una gran familia como la que soñaba desde niña, como si tuviera la impresión de que la mía, tal como era, estaba incompleta y no podía parecerse a la que yo imaginaba si sólo tenía un número de hijos que se redujera a la pareja. No sé si este deseo y la convicción que lo alimentó fue lo que me decidió a tomar esa decisión con responsabilidad y a conciencia, o es la explicación que me di a mí misma cuando un día descubrí que estaba embarazada, y como cuando me di cuenta, distraída como soy con los movimientos de mi propio cuerpo, ya habían pasado tres meses o más de aquella hipotética decisión, dejé de pensar en los motivos que podrían haber influido, entre otras cosas porque cada día, cada semana, se producían hechos con extrema rapidez y a veces me daba cuenta de que había dejado en segundo lugar lo que había decidido la semana anterior, obsesionada como estaba por lo inmediato que reclamaba a todas horas mi atención, tanto por parte del estudio como de la vida familiar, e incluso por la vida social, no demasiado intensa es cierto, pero real, que debí llevar con un aire de total tranquilidad para que nadie pudiera echarme en cara que se me veía inquieta o cansada o desinteresada, lo cual habría llevado a uno u otro a recordarme que si no podía con todo, no tenía más que dejar la universidad. La sola idea de que entráramos en estos temas me animaba a disimular el sueño que a veces me producía una cena aburrida.

En aquellos años, entre los católicos que se consideraban poco convencionales y que incluso presumían de liberales, en el sentido abierto que la palabra tenía entonces incluso en política, nada que ver con el liberalismo político y económico que nos azota hoy, tenía mucho predicamento la imagen de la «mujer fuerte del Evangelio», como la llamaban, porque todo lo que salía de la Biblia, incluidos los proverbios, se consideraba genéricamente «los evangelios» siempre que fuera la versión aceptada por la Iglesia, porque había una especie de aversión a hablar abiertamente de la Biblia que les parecía un título que olía demasiado a protestante, al enemigo a vencer.

Y a mí, tal como me sentía en ese momento, me era difícil entender cómo había podido leer con pasión durante el año de mi noviazgo aquella parte de los proverbios que alguien había convertido en un largo poema: «¿La mujer fuerte quién la hallará? Más alto es que el de las joyas su valor…», que yo conocía porque me la había enviado a mis quince años un joven hijo de una de las grandes familias catalanas con el que inicié una correspondencia a raíz de un

viaje a Mallorca organizado por el colegio para diez chicas y nuestro doctor Trens; el chico veraneaba allí con su familia, que es la que había invitado al doctor Trens y a sus hortensias, como nos llamaba él, ya que vivíamos en Horta. La mujer fuerte mostraba su fuerza sobre todo en el arreglo de la casa, la sumisión al marido y el cuidado perenne de todo lo que ocurría a su alrededor, un largo poema que yo leí mil veces para convencerme de que este sería mi papel en el mundo, sin darme cuenta de que entre los hermosos trabajos que le atribuía el discurso sagrado nunca se citaban los que ella se debía a sí misma que de haber intentado reivindicarlos, se habría convertido en el prototipo de una personalidad en la que fácilmente pernoctaban la histeria y otras enfermedades que eran propias de la mujer, que la gente humilde y no tan humilde llamaba comúnmente «la enfermedad de los nervios», tan grata a los psicólogos, psiquiatras y psicoanalistas que presumían de haber leído a Freud.

A la fortaleza, sin embargo, tuve que recurrir, pero de otro tipo y volcada a otros menesteres que nunca pude imaginar en mi adolescencia. Fortaleza sobre todo para prevalecer una vez tomada alguna decisión, fortaleza para no rendirme, fortaleza en fin para sobrevivir en la sociedad a la que pertenecía. Recuerdo a un grupo de amigos de Eduard con los que nos veíamos a menudo en un encuentro que consistía en cenar y luego los hombres se ponían a jugar al póquer y las mujeres a hablar en una sala aparte, mientras ellos bebían y reían y gritaban durante horas y nosotras languidecíamos porque teníamos mundos de interés tan dispares que ni siquiera éramos capaces de imaginar aquel en el que se movía la mujer que teníamos sentada al lado. O sí, niños, chicas de servicio, compras.

Cuando mi hermano Oriol se embarcó a sus veintiún años en el Junco Rubia que haría su viaje en nueve mes de Hong Kong a Barcelona, lo hizo casi como un milagro, en primer lugar porque acabó el servicio militar justo un par de semanas antes de que la tripulación del capitán Josechu Tey, unos cinco o seis, embarcara hacia Hong Kong, así que no se podía distraer porque cualquier castigo podía retrasar el fin de su servicio e impedirle juntarse con los demás. Asimismo se fue con poquísimo dinero, él no lo tenía y el abuelo Regàs, de quien todavía dependía, se avino a que se fuera con el junco, pero le comunicó que no le daría ni un duro, así que no sé cómo se las arregló, pero logró salir a tiempo aunque con el poco dinero que había podido reunir en trabajos esporádicos que además debía combinar con el servicio militar. Así que yo, que todavía no me ganaba la vida, decidí sumarme a las timbas de los amigos de Eduard para ver si ganaba un poco de dinero para enviárselo. No tenía ni idea

de cómo se jugaba al póquer, pero no me costó mucho aprenderlo; y siguiendo algunos consejos de Eduard, es cierto, logré ganar algunas sumas importantes, lo que provocó la indignación de sus amigos porque, decían, mientras el que pierda sea uno de nosotros, todo queda aquí, lo que hoy pierdes tú mañana lo recupero yo. Pero si tu mujer se lo manda a Hong Kong a su hermano, no hay forma de recuperarlo. Las cantidades que jugábamos y ganábamos eran o debían de ser ridículas, pero a mí me parecían fortunas cuando iba a correos a enviar un giro al poste restante de cada una de las ciudades con nombre mítico que marcaban del recorrido del junco: Singapur, Sri Lanka, Goa, Karachi, Djibuti…

Fue a la vuelta de este viaje que Oriol Regàs cuenta en sus memorias, *Los años divinos*, cuando me di cuenta de que estaba embarazada. Calculé que más o menos me tocaría parir en el mes de agosto, lo que me permitiría ir a la universidad hasta el final de curso a mediados de junio sin que se me notara demasiado. Yo tuve siempre la idea de que como engordaba poco y soy de huesos anchos nadie se daba cuenta, tal vez porque Eduard seguía sufriendo por el peso del bebé por más que sabía, por los dos primeros hijos, que aunque no engordara los niños nacían con un peso normal. Al cabo del tiempo he encontrado a viejos condiscípulos que hablaban del espectáculo de una alumna con una barriga inmensa en las aulas. Creo que exageraban un poco para molestarme porque debían de darse cuenta de los esfuerzos que yo había hecho para lograr disimular por todos los medios mi creciente embarazo. Con el pretexto de la modestia, de la discreción, virtudes femeninas tan valoradas, se nos exigía la necesidad del «disimulo» como si la vista de una mujer embarazada pusiera de manifiesto de forma explícita sus relaciones sexuales que por principio habían de producirse en el más absoluto secreto, silencio, oscuridad, hacerlo y olvidarlo inmediatamente, pues esto ensuciaba a la mujer, y durante siglos se la obligó a purificarse —no al hombre, claro—. Aún hoy no he podido acostumbrarme a considerar normal la inmensa barriga que lucen con desparpajo, naturalidad y alegría, como debe ser, la chicas embarazadas con sus camisetas a punto de reventar sobre el abultado vientre, y cada vez que veo a una de ellas no puedo evitar una sensación de liberación como si fuera yo misma la que pudiera andar por la vida luciendo mi prominente barriga cual trofeo.

No sé si siempre, pero debe de ser cierto que logré pasar desapercibida como mujer embarazada porque, por ejemplo, cuando parí a mi cuarto hijo, que se convirtió en dos porque nacieron gemelos, fue en pleno mes de enero, y cuando volví al cabo de una

semana a la universidad, entré en la clase de Álvarez Bolado, que se acercó a felicitarme porque él ni se había dado cuenta de que yo estaba de nueve meses y tuvo que ser mi amiga y colega Victoria Campo la que se lo contó cuando todo hubo pasado. Me alegro mucho, dijo y añadió, ¿Son sus dos primeros hijos? No, no lo son, le respondí, son mis dos últimos. Oh, no diga esto, no diga esto, nunca se sabe. Sí, yo si lo sé, le respondí totalmente convencida.

David, el tercero de mis hijos, nació un día de agosto en una Barcelona completamente vacía, como eran entonces las grandes ciudades en pleno verano, cuyos ciudadanos cogían las vacaciones en bloque en agosto, sin dejar a ni uno solo en casa. David fue un bebé extraordinariamente hermoso, no por gordo, que no lo era, sino por bien hecho y bien acabado, con grandes y abiertos ojos azules que en muy poco tiempo se convirtió en un bebé más bello aún, y con el tiempo en un niño, un adolescente, un joven y una persona mayor tan guapa que siempre ha llamado la atención, y su belleza, la del rostro, la del cuerpo y la de los movimientos ha sido durante toda nuestra vida motivo de bromas con las que los demás hijos me han torturado, acusándome de preferirlo a él precisamente por esto, por guapo. Claro que las bromas se produjeron también por Eduard, que había sufrido polio y aunque se hubiera curado siempre fue el mimado, decían, por aquel horrible año de dolor y tristeza. Y Anna, la preferida, la niña rubia, de ojos azules también, que nunca, ni cuando gateaba ni en la escuela ni en la universidad, nunca nos dio más disgusto que el de llegar permanentemente tarde. Y por no hablar de los gemelos que todavía no habían nacido entonces pero que desde muy pequeños se convirtieron ella en la más admirada por ser la más artista de la familia con brotes de genialidad y manifestaciones de extrema sensibilidad, y él el más solicitado por ser desde siempre una especie de MacGyver capaz de arreglar motores y máquinas y sobre todo desencallar esas difíciles situaciones que siempre hay en cualquier vida… A los hijos les encanta machacar a sus padres y madres cuando de pronto ven con tan absoluta claridad lo que tienen de cierto las acusaciones de preferir a uno u otro, que no hay ninguna posibilidad de negarlas. Lo cierto es que del mismo modo que todos ellos han tenido cualidades distintas, pero comparables en intensidad a la belleza de David, también lo es que a ninguno de ellos se lo podría definir únicamente por ellas. Por ejemplo, David tuvo siempre una capacidad de concentración tan espectacular que desde muy pequeño lo utilizamos, siento vergüenza al contarlo, como exhibición.

Había en casa, no sé de dónde había salido, un juego manual que consistía en dos barritas de hierro paralelas fijas en uno de sus

extremos a una madera, y sobre ellas se ponía una bola de metal que había que hacer subir por esos dos raíles con el movimiento de las manos que agarraban cada uno de los otros extremos de las barras, hasta hacerla subir por ellas y soltarla lo más lejos del engarce inicial. David lo lograba a la primera y nos tenía asombrados a todos, así que cuando por la noche venían amigos a cenar y ninguno lograba que la bola subiera más allá de la mitad, íbamos a buscar a David, que dormía plácidamente en su cama, lo llevábamos al salón y él sumiso y obediente se arrodillaba, cogía los extremos de las barras y, como si nada, con el pensamiento fijo en volver a la cama, hacía subir la bola todo lo que permitía el juego, abría las barras y la bola caía en el lugar que alcanzaba más puntos. Sin esperar una palabra, ni un aplauso, me cogía la mano para que lo llevara a la cama, se metía en ella y se quedaba dormido en el acto. En una de estas sesiones el fotógrafo Xavier Miserachs nos tomó una de las más bellas fotografías que tenemos de sus primeros años.

Puede parecer que lo torturábamos, pero no es así, nunca lloró, ni se negó ni protestó, consciente como era ya desde bebé que mejor era no discutir, hacer lo que sabía hacer lo más rápido posible y volver a la cama que es lo que quería. Tampoco protestó cuando lo bañamos en el mar en Cadaqués a donde volvimos a los pocos días de su nacimiento. Entendió esta vez, quiero creer, que si quería ser tan feliz como eran sus hermanos, que se bañaban, nadaban y pescaban a todas horas, tenía que comenzar a acostumbrarse al agua fría de Cadaqués y al viento feroz que aunque lo intentábamos evitar yendo a bañarnos a calas que estaban de espaldas al norte, se escurría por las esquinas de las casas y de los cipreses por prietos que estuvieran formando muros, porque sabía, estoy segura también, de que lo esperaba una toalla suave y esponjosa donde refugiarse y disfrutar del baño frío donde las bajas temperaturas se transformarían en profundo placer. Aún hoy, con hijos mucho mayores de lo que él era cuando no le temía al frío del agua de mar, encuentra cualquier excusa para echarse al agua, sea cuando oye la llamada de a comer o a cenar, sea cuando le pido que me ayude a subir un paquete o una maleta o a hacer cualquier pequeña reparación, Espera, cambio de chip dice, cambio de chip y corre hacia el agua.

El único mal recuerdo que tengo del nacimiento de David pulula en mi memoria con dificultades porque no sé a ciencia cierta si me produjo o no más sufrimiento que el susto que viví entre vahos cuando acababa de nacer.

Mi madre me había suscrito a una revista de pensamiento político que se publicaba en París, *L'Express*, que yo leía con fruición aunque

casi nunca hablaba de España. Supongo que a los franceses que se llamaban o pretendían ser de izquierdas, que tan poco les gustaba recordar aquellos campos de concentración a donde habían lanzado y encerrado de cualquier modo a los españoles que huían de la España fascista en los últimos momentos de la guerra, y menos aún su responsabilidad oficial en la persecución de judíos, tampoco debía de gustarles tener tan reciente aún la firma del Acuerdo Bérard-Jordana semanas antes de que terminase la Guerra de España, en el que el franquismo era reconocido por Francia como gobierno legítimo de España. Su actitud en este sentido se limitó durante muchos años a ignorarnos y silenciarnos. No, no se hablaba de España, pero tampoco en España hablaban de ella los españoles, a no ser las peroratas a que obligaba el gobierno a los medios de comunicación, que nos daban la imagen de una España muy rara, católica hasta el martirio, crédula y silenciosa si descontamos los gritos en las plazas de toros y los campos de fútbol y los cantos en los tablados de Andalucía, caricatura de los cuales fue extendiéndose por toda la Península como su voz oficial desvirtuando no sólo la imagen del país, sino que se hizo con tanto despotismo y arbitrariedad que algo de ello debió de incrustarse en el sucedáneo del ADN de lo que llamaron la patria que aún hoy pervive en la profundidad del pensamiento de cientos de miles de ciudadanos.

El terror de una amenaza

Un día ya en los últimos meses del embarazo me llegó *L´Express* con una noticia en primera página que me dejó desconcertada, y con un título espectacular y agresivo por el contenido y el tamaño de las letras que se preguntaba: *¿Faut il tuer les monstres*? ¿Hay que matar a los monstruos? Y en el texto es donde me enteré de que en Francia se había descubierto que una gran cantidad de niños y niñas habían nacido con deformaciones en brazos y piernas debido a un medicamento que habían tomado las madres durante el embarazo para evitar los mareos y para facilitar el sueño. Yo no soy muy aficionada a tomar medicinas ni tuve jamás un solo mareo, pero sí recordaba que me habían recetado unas pastillas para dormir cuando fui al médico por primera y única vez en aquel embarazo, pues tuve un embarazo tan bueno que casi ni me enteré. Así que cogí *L'Express* y la caja de pastillas que encontré en el botiquín y me fui a ver a Luis Prats, un querido amigo melómano que tenía una farmacia.

Mira si tiene *Softenon* lo que he tomado o alguno de los elementos que aparecen descritos en este artículo, le pedí un poco inquieta.

Fue a verme a casa por la tarde para decirme con mucha delicadeza que sí, que mis pastillas tenían *Softenon*, pero en muy poca cantidad, y que por lo que él había visto sólo había tomado seis pastillas, así que no debía preocuparme demasiado. Y al ver que no me consolaba del terror que me había entrado con la noticia, añadió como si fuera un argumento definitivo.

Además la fabricación de este medicamento es española, así que su efecto seguro que tanto para bien como para mal será prácticamente nulo.

Durante todos los años de la larga posguerra, que se iniciaron con la pobreza y la marginación y fueron mejorando poco a poco aunque no remitieron hasta la llegada de la democracia en 1978 (no hay que olvidar que el Producto Interior Bruto de España en 1936 no se volvió a alcanzar hasta finales de los cincuenta), el sentir general era que lo que se fabricaba en España no tenía la misma calidad que el mismo producto, de la misma marca, fabricado en el extranjero. Así que

cuando un amigo viajaba a Francia o Suiza o Inglaterra, todo el que podía le encargaba medicamentos sencillos o sofisticados, productos domésticos habituales de venta en España, medias de cristal, por supuesto quesos —en España no había más que manchego y de bola—, es decir, además de libros y revistas prohibidos en España, toda clase de medicamentos, incluidas las aspirinas, el café en bote como Nescafé y todo lo que servía para limpiar y fregar, incluso alimentos que no fueran perecederos. Me veo a mí misma en uno de mis primeros viajes como traductora de las Naciones Unidas volver cargada de ginebra a España con bolsas de basura que me habían encargado amigas y conocidas porque las consideraban infinitamente más fuertes, de mejor medida, de colores más discretos y un cierre mucho más cómodo, infinitamente mejores que las que encontrábamos en los minúsculos y apretujados súpers que comenzaban a abrirse en nuestros barrios sustituyendo los antiguos colmados.

Intenté tranquilizarme y debí de conseguirlo porque no me recuerdo sufriendo por ello en los días y semanas que me faltaban para el parto. Ya entonces como ahora me costaba inquietarme por lo que aún no había llegado; pienso que si se cumplen los malos presagios, ya tendré tiempo de sufrir, y si no se cumplen, me habré ahorrado un sufrimiento inútil. No obstante, algo debió de moverse dentro de mí, temores ocultos que pululan por nuestra alma sin pedirnos autorización y van creciendo y fortaleciéndose al margen de nuestra vida y de nuestro afán, que no atinan a manifestarse como si quisieran convencernos de que mejor es no preocuparse aunque allí están, porque cuando en la sala de partos recobré la conciencia, lo primero que pregunté fue cuántos brazos tenía mi niño. Dos, me dijeron y al parecer me eché a llorar porque mi estado no me permitía aún saber si dos era el número correcto o el incorrecto. Sí, era el correcto y como he dicho David fue un niño precioso, pero he querido traer a colación este gravísimo asunto porque me avergüenza vivir en un país que ha tenido el cinismo de no querer ayudar a las víctimas del grave error cometido por una farmacéutica a la que no se le ha pedido responsabilidad ninguna, supongo que para que no quede duda de que lo único que importa es imponernos las políticas del neoliberalismo en todos los órdenes de la vida con sus absurdas e inhumanas políticas, que además de bajarnos el nivel de la educación y de los servicios sociales, defienden y apoyan casos como el del *Softenon*, que dan por acabado dejando abandonadas a las víctimas que llevan cincuenta años esperando que se haga justicia, sin siquiera conceder una indemnización justa a quienes han sufrido y siguen sufriendo por la ineficacia y la codicia de esta farmacéutica. Y de paso

no vendría mal algún tipo de castigo para esos desalmados del Gobierno, de la Judicatura y de nuestra industria, que no han sido capaces de tener una actitud honesta en este asunto y se han quedado tan anchos ante el sufrimiento que su cinismo e ineficacia provocan.

Inesperados gemelos

El nacimiento del cuarto hijo, que fue doble, se produciría al cabo de un año y cinco meses, en enero de 1964, y fue mucho más movido. Sí, me puse de parto en estas fechas, que para mí era en pleno curso, y además el último de la carrera. Tengo pocos recuerdos de este nacimiento, pero los pocos que guardo son intensos e inamovibles, no sé si porque realmente los recuerdo o porque los he contado tantas veces que ya han adquirido su forma definitiva.

Tras el inacabable y doloroso parto de Eduard, mi primer hijo, una de las cosas de las que nada me costó estar del todo segura fue de que, dijera lo que dijera la Biblia sobre que las mujeres parirían con dolor, yo no quería sufrir, ni para parir ni para amamantar, ni para nada, porque no le veía ningún sentido al sufrimiento ni se lo veo ahora. De hecho buena parte de mi compromiso se fundamenta en el deseo, la exigencia, de evitar el sufrimiento a los hombres y mujeres del mundo, sufrimientos por causas políticas, por la guerra, por la injusticia social, por la enfermedad, la pobreza, el hambre, el dominio de unos contra otros, sufrimientos por encarcelamientos injustos, sufrimientos provocados por la codicia de los poderosos, de los avaros, de los resentidos, de los dominadores, sufrimientos, siempre sufrimientos… En definitiva, cualquier lucha decente se reduce a intentar acabar con el sufrimiento.

Así que hablé con el médico y ya en el parto de mi segunda hija, un poco clandestinamente pero habiendo entendido bien lo que le pedía, en cuanto comenzaron los dolores de la dilatación, me acercó a la cara un algodón empapado en una sustancia cuyo profundo y delicioso aroma semanas después identifiqué con un líquido que utilizábamos para limpiar las manchas de los trajes y que me sumió en un éxtasis de gloria y de placer. Cuando nació David, ya no sé lo que me dieron, pero no sufrí; habían pasado años y no sólo la ciencia había avanzado, sino igualmente la permisividad social en esos asuntos, cuyo fundamento la Iglesia se empeñaba en hacernos creer que emanaban de la trascendencia religiosa, cristiana. Y cuando me llevaron al quirófano o a la sala de partos, que ni siquiera me enteré,

ya iba totalmente en volandas.

Tengo un recuerdo muy preciso, casi inamovible, de cuando nacieron mis gemelos. Digo que recuerdo y si exceptúo algún relámpago súbito que me trae alguna novedad, lo que oigo es mi propia voz contando y volviendo a contar lo que ocurrió ese día, a partir de las mismas imágenes, con las mismas palabras. Y por más esfuerzo que haga no logro recordar más que lo que siempre he contado.

Contamos con una memoria de datos, fechas y acontecimientos. Sabemos qué día nacieron y recordamos anécdotas precisas del nacimiento de cada uno de nuestros hijos: este nació por la noche, el otro fue por la mañana, más despacio, más deprisa… Pero las anécdotas también se fosilizan. De hecho no contamos lo que recordamos, sino que contamos lo que ya contamos una vez.

Era un lunes, el 27 de enero. Yo tenía que ir a la universidad, estaba entonces en quinto curso de Filosofía, y ese día precisamente el profesor Álvarez Bolado, que nos daba clase de teoría del conocimiento, había decidido que sería yo la que expondría el tema. Por supuesto no recuerdo cuál. Lo que sí sé es que no fui porque me puse de parto. Era mi cuarto hijo, así que apenas había ido al médico en todo el embarazo. En aquellos años, eso sí lo recuerdo bien, las embarazadas iban muy poco al médico, muchas de ellas ni siquiera iban porque las atendía la comadrona que también las asistía en el parto.

Yo me encontraba bien creo, por lo menos no tengo conciencia de haberlo pasado mal durante el embarazo. Es verdad que tenía otros tres niños, uno de ellos de un año, y que además estaba en el último curso de la carrera, y tal vez por el trabajo que tenía y lo ocupada que estaba no me podía permitir encontrarme mal, entre otras cosas porque lo primero que me habrían dicho es que dejara de ir a la universidad, un hecho que en mi entorno nunca dejó de considerarse como un capricho fuera de lugar en una mujer en mi situación.

Así pues, ese día, no fui a la universidad, sino a la clínica Platón a parir mi cuarto hijo. Apareció el médico, al que yo veía poco pero le tenía una confianza ilimitada, junto con la comadrona, y comenzó el parto. Sé que me durmieron o me atontaron y que cuando recobré vagamente la conciencia, pregunté, ¿He tenido un niño o una niña? Esas cosas tampoco se sabían entonces.

Un niño y una niña, contestó alguien.

Me incorporé de un salto y me clavé la aguja del gota a gota que todavía llevaba en la vena. En un rincón mi marido contaba cuántos seríamos a partir de entonces y había a mi alrededor un jolgorio general. Había entrado tal cantidad de familia y era tal la sorpresa que a mí nadie me hacía el menor caso. Me contaron días después, o entonces, ¿cómo saberlo? que el médico ya se estaba yendo una vez había nacido el primero, ¿el niño fue o la niña? y Esther, la comadrona lo llamó, Doctor, doctor, vuelva, hay otro.

No sé si esto fue así o no, yo así lo he contado desde entonces, como he contado mil veces que David, que tenía poco más de un año, se acostumbró tanto a ver a un niño con dos cabezas, una de cada lado de la cuna, que cuando finalmente nos trajeron la segunda cuna, no podía entender qué había ocurrido con la otra cabecita y levantaba la manta de los pies para descubrir dónde podía haber ido a parar.

Y lo sigo contando casi con las mismas palabras. Una visión desde la camilla del quirófano donde estaba tendida, un plano desde abajo, un contrapicado, distorsionado por la luz del foco que me hacía cerrar los ojos y me sumía en la penumbra el resto de contrapicado de la habitación, como dirían mis hijos cineastas si no me equivoco. Y en el recuerdo, la cara de estos niños cuando me los trajeron es la de las fotografías que ese mismo día nos hizo Xavier Miserachs, más que caras, dos cabezas minúsculas, dos bolas con pelusilla, y la mía volcada sobre ellos en un gesto de ternura tan evidente, tan sincero que aún hoy al verla, al recordarla, siento la misma emoción, el mismo asombro, que debí de sentir en aquel momento.

Porque no es posible recordar la cara de un niño cuando tenía unos pocos años menos que ahora, unos pocos meses. Más aún, cuando el niño tiene siete años apenas sabemos cómo era cuando tenía uno. Como si al vivir se fuera borrando el pasado, incluso el más reciente pasado, y el presente con su esplendor y su fuerza, lo desbancara, lo subsumiera, se lo tragara.

Y se transforman hasta tal punto que entre que la memoria nos oculta su rostro y que para recordarlos tenemos que echar mano de una historia contada, de una fotografía, de una anécdota precisa, o de nuestra propia voz, si lo comparamos con el hijo que tenemos delante veremos con asombro que tienen muy poco que ver. Es cierto que el hijo ya mayor posiblemente nos proporciona más alegría, más amistad, más complicidad que el de entonces. Pero aquel niño o aquella niña, minúsculos, que teníamos en brazos, aquel peso que se amoldaba a la forma de nuestro cuerpo, aquel

aroma de bebé, aquella ternura al arrimar y encajar su cabeza en nuestro hombro, aquel contacto tibio, que imaginamos más que recordamos, aquello ya no existe. Tal vez por esto, desde que comencé a tener hijos y sobre todo en el momento en que me di cuenta de que iniciaban su propia andadura al margen de la mía, siempre tuve el temor de que no tendría el talento suficiente para aceptar del todo que se habían convertido en adultos. Porque una cosa es educarlos en libertad, y otra muy distinta que la practiquen en todos los ámbitos de la vida.

De ahí que cuando los hijos son mayores, aquellos niños que viven en nuestros sentimientos y en nuestra memoria aún sin imágenes directas, nos parezcan otros niños, niños distintos de los adultos que conocemos ahora, niños desaparecidos, niños muertos.

Igual que muertas están nuestras vacaciones junto al mar. ¿Qué se ha hecho de aquella casa que alquilábamos año tras año en Cadaqués? Era una casa vieja más que antigua, de techos altos y puertas pintadas de azul celeste y en el suelo baldosas tan gastadas que habían perdido el esmalte hacía años y había que regar todos los días para aplacar el polvillo rojo que levantaba la escoba. Era una casa de dos pisos y el nuestro estaba por una parte al nivel de la calle y por la otra, sobre el mar, y debajo había una cava cuyo portalón se abría sobre las rocas y una playa diminuta de cantos rodados. Se levantaban los niños, día tras día, verano tras verano y por las escaleras de la cava llegaban a la playita. Se echaban al agua y los oíamos gritar y hacer carreras, o echarse desde las rocas al agua emulándose unos a otros, hasta que salíamos al balcón y los llamábamos a desayunar. Una mesa larga en un comedor interior, grandes pilas de pan con tomate, tortillas, croquetas y fuet, y pan de coca recién sacado del horno, y leche que los mayores habían ido a buscar a la lechería del pueblo, y muchos cafés para nosotros. Amigos suyos y nuestros que se sumaban al desayuno y Tristán debajo de la mesa dormía para recuperar la noche que había pasado en la calle golfeando, el fruto de cuyas pasiones veíamos también año tras año en los perros que corrían por el pueblo, sueltos entonces, todos negros como él, a su viva imagen y semejanza.

Después íbamos a buscar la barca y salíamos al mar, con las cestas de la comida y las garrafas de vino. Navegábamos hacia el norte casi siempre hasta encontrar una calita desierta, que entonces las había, y pasábamos el día nadando, durmiendo para recuperarnos los mayores de las horas no dormidas, a veces pescando serranos o cogiendo mejillones que cocinábamos al vapor

en el fuego sobre las piedras. Y sacábamos el vino rosado de garrafa que casi nunca estaba frío, porque el camión del hielo no había llegado aquella mañana y el vino se había calentado en la cabina. Después venía el arroz blanco con escalivada y mayonesa o alioli, y carne empanada, para acabar con una sandía que comíamos lavándonos la cara para seguir los preceptos del refrán. No logro recordar qué otra comida nos llevábamos, pero debíamos de tener un larguísimo menú porque fuimos de pícnic cientos, miles de veces en aquellos veinte veranos deliciosos de Cadaqués, un pueblo que vimos extenderse, desparramarse y escalar los montes que nosotros habíamos conocido desiertos y grises como marcos para el inefable lienzo de la iglesia blanca en la cúspide de las callejas empinadas hacia ella desde el mar. Sé que estos recuerdos se han desprendido de todo cuanto podía malbaratarlos, minimizarlos. Sé también que muchos días, sobre todo a medida que pasó el tiempo, los hijos venían menos y la barca se llenaba de amigos, pero el recuerdo de la vuelta al pueblo al atardecer, con el sol oblicuo de poniente escondiéndose tras las montañas negras del Cabo de Creus, perfilándolas sobre el cielo todavía azul, cubiertos todos con chaquetas y toallas porque había entrado un fuerte viento del sur y nos mojábamos entre escalofríos y risas, el mar gris, movido, el taf-taf del motor, el leve olor a gasóleo, el cansancio, el sol y la sal en la piel y en los ojos y aquellos hijos moviéndose por la barca, entre los amigos, con la misma facilidad a pesar de los golpes de mar que si hubieran nacido en ella, era y será para siempre, con el sofá naranja, el paisaje donde se refugia la mirada cuando asoma la añoranza y la nostalgia. Igual que aquel mar gris que a esa hora crepuscular se confundía con el horizonte apagado de levante, me parece el mar más bello de la tierra, el espectacular soporte de los más dulces veranos de mi vida.

Los más dulces y los más prósperos para la diversión y el espíritu, en aquellos sombríos años del franquismo y aún después. Porque cuando llegábamos a tierra y habíamos amarrado la barca a la boya, y habíamos vuelto a casa a ordenar cestas y cacerolas, y nos habíamos duchado para quitarnos la sal, y los niños cenaban y se iban a dormir, siempre había un café, una terraza, una casa con amigos inteligentes y apasionados que nos esperaban para charlar, discutir y tomar copas hasta el amanecer.

También esto lo ha engullido el presente.

De *Sangre de mi sangre, la aventura de los hijos*, 1995

El nombre de Loris

Cuando estaba en mi cuarto embarazo y todavía no sabía que serían dos los hijos, se me había ocurrido que podríamos ponerle al bebé, si era un niño, el nombre de Loris, que yo conocía porque así se llamaba el secretario de Estado del papa Juan XXIII, del que católicos o no nos sentíamos todos partidarios porque nos parecía que tenía más de evangélico que de promotor de la multinacional en la que veíamos se había convertido la Iglesia católica, más un reformador que un continuador de los sinsentido que a diario vivíamos como si fueran formas naturales de comportarse los seguidores de un predicador de la igualdad entre ricos y pobres que había nacido y vivido hacía dos mil años sobre cuya ideología se había montado un imperio de posesiones y riquezas, influencias, guerras y privilegios. Así veíamos a Juan XXIII y de algún modo suponía para todos una esperanza, aunque no esperaron los próceres del Vaticano a que su cuerpo estuviera frío para desmontar el camino de libertad que había iniciado aquel insólito papa… Su secretario de Estado se llamaba Loris Francesco Capovila, que por aquellos días aparecía con asiduidad en los medios. Como en España todos los niños debían bautizarse obligatoriamente y no se podía poner a ningún bautizado un nombre que no estuviera en el Santoral, decidí escribirle una carta para preguntarle si existía san Loris y si me podía dar información sobre él para que yo pudiera dársela al cura que tendría que bautizarlo. Y me respondió, me dijo que san Loris propiamente no existía, pero que él suponía que era una transformación, variación o modificación de san Lorenzo, porque se veneraba en una ermita de la Campania y su fiesta era el 10 de agosto, el día o la noche en que caían las estrellas fugaces, el mismo día que san Lorenzo. Me pareció una prodigiosa señal, como si me indicara que el nombre, Loris, tenía que ser el de mi cuarto hijo, y más aún porque David, que había nacido hacía apenas un año y medio precisamente el 10 de agosto, estuviera también misteriosamente relacionado con el futuro recién nacido a través de esa noche mágica. Así que cuando nacieron los gemelos no dudamos ni en poner Mariona como mi madre a la niña ni Loris al niño, pero mi suegra, que estaba

ya muy mayor y le iba aumentando una tendencia a la tristeza, se echó a llorar cuando lo supo.

¿Por qué llora?, le pregunté.

¿Cómo va a llamarse Loris este pobre niño si no hay nadie en la familia que así se llame, ni entre los amigos ni entre la gente que conocemos? Y no paraba de llorar.

A usted, le pregunté, ¿qué nombre le gustaría que le pusiéramos? Se le iluminó la cara.

Yo le pondría Marcos, respondió secándose las lágrimas.

Bien mirado nadie en la familia ni entre los amigos se llamaba tampoco Marcos, pero daba igual, no íbamos a discutir por esto.

Pues le pondremos Marcos, le dije yo.

Y Marcos le pusimos aunque siempre lo llamamos Loris, que es su segundo nombre. Menos ella que contra viento y marea lo llamaba Marcos. Al niño le costó al principio entender que se dirigían a él, hasta que acabó acostumbrándose a que así se llamaba cuando iba a casa de su abuela. Más o menos como le ocurre ahora, que como tiene el DNI a nombre de Marcos, es Marcos en lo oficial y administrativo, y Loris en el resto de su movida y amplia vida social, familiar y profesional. Dice que cambiarse el nombre a estas alturas le da pena y además ya se ha acostumbrado a esta duplicidad.

Casa nueva, vida nueva

Al nacer David, pensé que había llegado el momento de dejar el precioso piso de la calle Laforja donde vivíamos desde que nos habíamos casado. Era luminoso, de habitaciones exteriores iguales que el salón y el comedor, bastante modernas de instalaciones, pero pequeño para una familia de tres hijos que esperaba el cuarto. Me costó convencer a Eduard de que tenía poco sentido práctico que los seis pudiéramos vivir en un piso de dos habitaciones, así que me dediqué a buscar otro más o menos por el mismo barrio, no porque me gustara especialmente, sino porque es el que conocía y porque no disponía de tanto tiempo como para andar descubriendo zonas de la ciudad que seguramente nos habrían gustado tanto como la que vivíamos. Mi sistema no era buscar un cartel colgado de un balcón que anunciara un piso vacío como era usual entonces, sino entrar en la portería, ser muy amable con el portero y conseguir que me dijera si había algún piso libre en el edificio o en los cercanos, porque se daban casos sobre todo en pisos «buenos», como los llamaban los vecinos, y bien de precio que no siempre los propietarios querían publicitarlo esperando supongo encontrar a «personas de fiar», además de decentes, para que estuvieran en consonancia con los demás vecinos ya conocidos. En otras palabras: «que no se les metiera cualquiera en su propiedad». En este barrio y en muchos otros de la ciudad todavía había muy pocos edificios con interfono, así que era fácil encontrar porterías con porteros que estaban allí todo el día al servicio de los inquilinos, para dar paso a los serenos que se ocupaban de abrir el portal a quienes se habían olvidado la llave, aunque cada vez iban quedando menos. Finalmente encontré un piso, el quinto de un edificio en la plaza Adriano, de mediados de los años treinta o tal vez de principios de los cuarenta, que era grande y estaba libre según me dijo el portero, pero que el dueño o el administrador necesitaban referencias. Así que procuré que me dijera el nombre del propietario, la propietaria en este caso, y me fui a ver a mi suegra, que era una persona muy conocida y respetada en la ciudad y que a su vez conocía a una gran variedad de gentes, profesionales y damas pías, por su

dedicación a obras sociales desde hacía muchos años. Y dio la casualidad de que acerté y en poco tiempo tuvimos ocasión de visitar el piso con el administrador que nos lo concedió, no por nuestra cara evidentemente, sino por la presión que debió de recibir de la propiedad. Así fue como nos instalamos en aquel piso tan espacioso, luminoso también y de cinco habitaciones, y un gran espacio en la parte delantera con un inmenso ventanal y un gran balcón que daba para el salón, el comedor y la biblioteca. Y un espacio junto a la cocina que utilizamos para comer que nos alquiló a un precio un poco más caro que el anterior, pero bastante moderado, porque aparte de la recomendación por la que entramos en él, no era una época en que los pisos estuvieran por las nubes.

El piso era espléndido y para lo que ganaba Eduard, era al mismo tiempo un esfuerzo y una ganga que nos daba una gran satisfacción.

Al principio el piso estaba vacío, sólo nos habíamos llevado nuestra cama y las de Eduard y Anna, porque David estaba todavía en una cuna y teníamos otra preparada para el cuarto hijo que no tardaría en llegar. Sí, el gran espacio vacío era desangelado, pero cuando entraba el sol por las mañana, que duraba hasta el anochecer, el ámbito parecía cobrar vida y daba lustre a la humildísima mesa de madera blanca en la que comíamos a veces al sol de mediodía, los niños hacían sus dibujos y por las noches, cuando ya muy tarde venían Eugenio y Vilaltella con el tiempo justo de dar las buenas noches a Eduard, que se retiraba a su inmensa habitación a leer y dormir, nos acodábamos contra las paredes del salón apoyados en almohadones que no sé de dónde habían salido, y allí teníamos nuestras larguísimas conversaciones sobre los grandes filósofos de los siglos anteriores, sobre el compromiso de los intelectuales, y sobre cantidad de temas teóricos que nos hacían sentir, y de hecho nos sentíamos con razón estudiantes profundamente abocados al conocimiento que además tenían un privilegiado lugar para estarse si querían hasta que amaneciera, con la mente dispuesta y un vaso de vino en la mano. Era una gloriosa plenitud, estudiantil por supuesto, pero plenitud que nos daba incluso para preguntarnos por qué la filosofía se limitaba a los consagrados filósofos teóricos, pero nunca se refería a los que habían hecho nacer su pensamiento de los principios matemáticos y científicos. Esto llegaría más tarde.

Finalmente nuestra economía nos permitió encargar el sofá. Su llegada nos dio tal alegría y nos pareció tan extraordinariamente grande y acogedor que la impresión duró varios años y, recogiendo las imágenes que me desvelaba la inmarcesible memoria, decidí escribir una historia sobre nuestro sofá naranja.

EL SOFÁ NARANJA

Era un sofá tan grande que no pudieron subirlo los mozos por la escalera y hubo que utilizar la grúa colgada del gancho clavado en un saliente de la azotea. Pero en cuanto lo dejaron en el suelo del salón vacío comprendimos que el sofá había tomado posesión de su casa. Nos acabábamos de mudar y era tal el entusiasmo que teníamos por este inmenso apartamento que habíamos abandonado los muebles del antiguo y minúsculo piso, dispuestos a estrenar hasta la última silla. Nuestro presupuesto, sin embargo, sólo alcanzó para enmoquetar el suelo y colgar los cuadros de las paredes, así que el día que nos instalamos nos dimos cuenta de que nuestra casa parecía más una sala de exposiciones que el hogar de un matrimonio con tres hijos y un cuarto en camino.

El sofá era, como he dicho, de proporciones gigantescas, con los brazos a la misma altura que el respaldo y mullidos cojines acolchando la coraza. El tapicero debió de haber confundido centímetros por pulgadas, y no sabiendo qué hacer con él nos lo había dado a muy bajo precio cuando supo que nos trasladábamos a ese piso descomunal. Estaba tapizado de color naranja oscuro con una tela suave como piel de melocotón que escupía el polvo y las manchas de los zapatos —porque desde el primer día se permitió poner los pies en el sofá—. De hecho era más que un sofá, era el lugar perfecto para tumbarnos de dos en dos o de tres en tres y leer, escuchar música o hacer la siesta al sol, mientras en la habitación contigua la televisión ronroneaba sus noticias.

Poco a poco y con el tiempo la casa fue llenándose, nos llegó la mesa del comedor, compramos sillones Thonet, colgamos del techo una lámpara de barco, heredamos de la tía Rosa un viejo sofá chéster para la biblioteca, vino el carpintero y cubrió de estanterías las paredes, desempaquetamos las cajas de libros, y encargamos una gran mesa baja de un metro y medio de lado que ante el sofá naranja más parecía un velador que la gigantesca mesa cuya pieza entera nos había costado tanto como la propia moqueta. También adecentamos el recibidor, una sala de música con un piano, las habitaciones de los niños y un cuarto para planchar y coser, porque la familia había aumentado y la señora María venía tres veces en semana a remendar, hacer delantales y bolsas para el colegio, pijamas de verano y lo que hiciera falta. Pero el sofá fue siempre el lugar preferido —incluso para los gemelos que habían nacido a los pocos meses de llegar a la casa— porque nos acogía y nos cobijaba a todos. Aún hoy cuando miro las fotografías de

familia numerosa que nos hacíamos todos los años para conseguir rebajas en comercios y escuelas, me sorprende comprobar que aunque un poco apretados cupiéramos sentados los siete, uno junto a otro.

El sofá era el punto de reunión, el motivo de peleas, el lugar de confidencias, el sitio escogido para las convalecencias. Franky, la gata, que no quería ser menos, parió tres gatitos bajo sus exiguas faldas sin dejar una sola mancha, ni siquiera una humedad, cuando los agarró para ir a colocarlos en la cesta que le habíamos preparado en la cocina, y estoy segura de que los primeros escarceos amorosos de los hijos tuvieron lugar en aquel sofá inigualable, el nido, la patria, el vientre materno que ninguno de nosotros podrá olvidar.

Un día apareció Tristán. Era un perro negro sin un solo rasgo que dejara entrever a qué raza pertenecía, se quedó simplemente en un pedazo de plomo, la emprendió con una lámpara que convirtió en un amasijo de pergamino y alambres, se aficionó a los calcetines y por más que lo bajáramos a pasear tres veces al día decidió acabar con la moqueta que había sido desde el principio nuestro más preciado bien. Con el tiempo perdió el afán destructivo de la infancia y adquirió un tono más sosegado y tranquilo. En cuanto se acercaba la hora de comer se instalaba bajo la mesa, y luego nos seguía al salón acurrucándose mimoso junto al ventanal.

Pero un día vimos con sorpresa y terror que antes de los postres se levantaba, y después de haberse sacudido quien sabe qué extraña pereza, se dirigía al sofá, daba un salto y se subía a él ocupando todo el ancho del asiento y buena parte de su longitud.

Cuando nos acercamos para conminarle a que bajara nos recibió con un gruñido y al querer obligarlo nos enseñó los dientes, a nosotros, que lo habíamos criado y le habíamos permitido todos los desmanes. Comprendimos de pronto que se había hecho mayor y que con su envergadura había decidido hacerse fuerte en lo que quién sabe por qué había convertido en su territorio. Nuestra vida cambió y tuvimos que inventar toda clase de subterfugios para apropiarnos del sofá como antes. Veníamos de la calle con una chuleta en la mano y mientras uno de nosotros se la daba los otros iban a tumbarse ocupando todo el espacio. Tristán, al descubrir la treta de la que había sido objeto, nos miraba con odio y pasaban algunos días hasta que la olvidaba y volvía a caer en la trampa. Así se inició una lucha por hacernos con el sofá que apenas acusaba los avatares de aquella familia que vivía pendiente de él.

Han pasado los años. La moqueta fue sustituida por otra y luego se arrancó definitivamente, los muebles cambiaron de lugar o desaparecieron, el color de las paredes ya no es el mismo, se fueron para siempre la señora María, Franky y Tristán, y aquellos niños se han convertido en señores que a su vez hacen crucigramas y dibujos con sus propios hijos. Pero el sofá permanece inalterable. Y todavía cuando voy de vez en cuando a la casa que apenas reconozco ya y me tumbo en él como entonces, algo me dice al cerrar los ojos que de un modo u otro también aquel paisaje permanece inalterable, y me parece aún oír los gruñidos de Tristán que me mira con sus ojos de color de miel, esperando que me levante o que le haga un sitio a mis pies porque ahora hay lugar para los dos y en ese ámbito de las horas que se fueron, nadie ha de venir a discutirnos un territorio que el sofá naranja nos custodia como un centinela de la memoria y del amor.

Nuevos vecinos, nuevos amigos

Sí, este fue el ambiente que nos brindó entre otras cosas aquel precioso piso en el que vivimos muchos, muchísimos años más.

Pero como me diría Joaquím Molas, el piso que tanto me gustaba era como fácilmente podía ver un piso burgués, que tenía una entrada no con gran escalinata, pero con un tramo de escaleras que ocupaba todo el ancho del gran hueco de escalera y el ascensor que, aunque ronroneaba cuando subía y bajaba con majestuosa lentitud, a mí me parecía una gloria de ascensor con sus cristales enmarcados en preciosa madera al que sólo le faltaba el asiento aterciopelado que yo había visto en algunos ascensores de pisos del Ensanche.

Cuando ahora desde mi vejez, tengo un día de desasosiego y pienso en todas las capacidades físicas que he perdido con los años, no me da por recordar los saltos mortales de mi gimnasia con Joaquín Blume ni en los largos días de esquí controlando niños en distintos telesquíes y saltando yo misma de uno a otro con el miedo perdido ya, deslizándome feliz bajo el sol radiante o la nevada que me obligaba a correr de valle en valle para recoger los niños que había dispersado. No, no es todo esto tan hermoso en lo que pienso, lo que más echo de menos son las gloriosas correrías para alcanzar un autobús que veo a lo lejos a punto de arrancar, o aquel alocado descenso por los dieciocho tramos de escalera de la casa de Muntaner haciendo carreras con el ascensor cargado de niños, y a veces pájaros, bolsas, el gran cajón de las ratas de Anna y Tristán, nuestro imprescindible perro, y yo feliz de poder llegar la primera a la portería y abrirles la puerta del ascensor. Muchos años más tarde mi hijo Loris, haciendo carreras con sus propios hijos en esta misma escalera de la misma casa, se cayó, se rompió no sé cuántos huesos del pie y tuvo que andar con muletas durante varios meses.

Fuimos amueblando el gran piso poco a poco, porque nunca fuimos ricos y yo todavía tardaría en ganar dinero. Y a medida que pasaba el tiempo se fue llenando de una forma que sólo se llenan casas y pisos sin hacer casi nada para conseguirlo, de tal modo que el día que te vas no comprendes de dónde ha salido tanto material para

llenar la multitud de cajas, maletas y baúles que se amontonan en el rellano.

En este piso vivimos muchos años y su recuerdo guarda los momentos más felices de mi vida familiar.

Habíamos hecho el traslado justo antes de que nacieran los gemelos en enero de 1964. David era un niño de poco más de un año, los dos mayores ya tenían una edad que a su lado nos parecía casi adulta porque requería más atención que los cuidados que exigen los bebés y los niños y provocaba ciertos problemas logísticos. Además estaba ya en el último curso y sólo me faltaban unos pocos meses para acabar la carrera que tanto había preocupado a mi familia política al principio, aunque, no sé si porque se fueron acostumbrando o porque entre todos se dieron cuenta de que una cosa, mis estudios, no sustituía la otra, mi vida familiar, o porque recuperaron la fe en la energía que se tiene a raudales cuando se es tan joven que se puede con casi todo lo que la vida te presenta. El caso es que acabaron aceptando mi vida de estudiante, embarazada o no, y se sentían muy orgullosos, aunque mostrando su satisfacción discretamente, sobre cómo resolvía mis dos papeles y cómo llevaba el resultado de los exámenes.

La casa, como decía, era efectivamente una casa burguesa, en un barrio que entonces era igualmente burgués y habitado por gentes que seguramente también lo serían desde la mirada de los estudiantes que decían moverse en la estela del progresismo. Era gente correcta, iba siempre bien vestida, se mostraba discreta y hablaba con calma y educación. Todo hay que decirlo, no eran tan amantes de la ciudad como sus ancestros, los que habían promocionado en Barcelona las artes y las letras hacía décadas, pero sí eran más refinados y generosos con la ciudad que los de hoy. Aun así, siendo como eran entonces una clase social bien definida, no todos eran iguales. En nuestra escalera, por ejemplo, había de todo. La más burguesa de todas las mujeres que vivían en ella era la señora del segundo piso con la que siempre me encontraba en el ascensor, nos saludábamos amablemente, pero nunca nadie nos había presentado. Yo la miraba de reojo porque llevaba siempre unas chaquetas espléndidas forradas de pieles, se adivinaba, de colores suaves y un cuello que discretamente se levantaba y que le sentaba de maravilla. Un día para romper el silencio se me ocurrió decirle,

¡Qué morena estás!, ¡qué suerte en pleno invierno!

Respondió inmediatamente,

Ay sí, yo todos los días a las 10 de la mañana ya estoy en el golf.

Creo que entonces sólo había el de San Cugat y se estaba acabando

el de Sitges, lo cual la hacía parecer más privilegiada aún.

Me gusta tomar el sol sin nada que hacer hasta la hora de comer.

Se detuvo un momento y luego con una mirada que no era de acusación, pero como queriendo indicar que la perorata que me iba a soltar, aunque no me fuera dirigida, estaba bien claro que no me costaría nada darme por aludida, añadió,

La verdad, chica, yo esta manía que les ha dado a algunas mujeres últimamente de estudiar o trabajar, no la entiendo, por más que lo pienso no me cabe en la cabeza.

Sí, pensé entonces, burgueses somos y como burgueses vivimos, y recordé lo que unos meses antes me había dicho Joaquim Molas.

En cambio, los que vivían en el primer piso eran un modelo irrepetible. Una familia de siete hijos que con el tiempo se hicieron amigos de los nuestros de tal modo que por la noche, cuando ya se habían bañado o duchado, subían y bajaban por la escalera de su piso al nuestro igual que los nuestros en unas correrías que nos tenían locos a todos.

El día que nos instalamos en la casa vacía a la que sólo habíamos puesto una moqueta preciosa verde en la parte delantera, cuando los niños que eran entonces muy pequeños ya estaban durmiendo, estábamos Eduard y yo acabando de cenar en aquella mesa de madera blanca que no sé de dónde habíamos sacado, cuando Alfonsa, la chica que vivía con nosotros, entró en el comedor y dijo,

Ha venido un sacerdote.

¿Cómo que ha venido un sacerdote?, dijo Eduard que aunque seguía siendo católico ya no tenía relación con ningún miembro de la Iglesia, ¿A estas horas?

Y salimos los dos al recibidor un poco extrañados y nos encontramos con un jeque árabe igual que el rey Ibn Saud, el fundador de Arabia Saudí que había muerto hacía unos años, pero que, por haber acumulado una riqueza nunca vista en aquellos tiempos, se había hecho muy famoso. Era un personaje alto, con una preciosa chilaba blanca y el tradicional Kafiyyeh en la cabeza que llevaba unas inmensas y casi negras gafas de sol, y que al vernos se inclinó repetidas veces tocándose la boca y la frente, son suma majestuosidad.

Eduard y yo no sabíamos qué hacer, nos habíamos quedado mudos e inmóviles. Hasta que aquel árabe, tras aguantar un buen rato nuestra mirada de pasmo, los tres sumidos en el silencio que se había hecho en el recibidor, con un gesto de juerguista en Carnaval se arrancó el velo, se quitó las gafas y dejó al descubierto una cara y un pelo de un tono pelirrojo un poco desvaído ya, y acercándose nos tendió la mano

para saludarnos riendo y nos dijo:

Soy Enric Sardà, vuestro vecino del primero primera, que he venido a daros la bienvenida.

Enric Sardà era un genio, un genio no reconocido porque andaba por la calle y las casas de sus amigos con total normalidad mientras hacía lo que se le ocurría y decía lo que le venía en gana. Nos hicimos íntimos, subía y bajaba de su casa a la nuestra con la misma naturalidad que lo hacían nuestros niños y siempre era para añadir un tono de humor, una anécdota, una broma o alguna aportación divertida e inteligente. Lo adorábamos.

Un día nos contó que había puesto a la venta una empresa de perfumes que había fundado y que estaba teniendo mucho éxito, Lin Abart, y que había recibido una oferta de compra de Puig, el gran perfumista que estaba casado con Marisol Rocha, una de las mujeres con más estilo de la Barcelona de entonces. En una de las muchas reuniones que tuvieron, Antonio Puig dejó a un lado el tema del que estaban tratando y dijo,

Si os parece bien, esto lo trataremos mejor en la próxima reunión, que si os parece bien, será mañana por la mañana, a las ocho.

Enric Sardà, que estaba en la cabecera al otro extremo de la de Puig, en la gran mesa de reuniones llena a rebosar de empresarios infinitamente más ricos e importantes que él, se levantó y se dirigió a la puerta.

¿A dónde vas, Enric?, le preguntó extrañado Puig.

Oh, respondió él ya con la puerta abierta a punto de salir, si tengo que estar aquí a las ocho de la mañana, me voy a la cama.

Así era, y no le tenía el menor respeto a la jerarquía, fuera empresaria, política, religiosa o simplemente intelectual. Iba a lo suyo a todas horas.

Otro vecino era el señor Palomo, un rico empresario tan franquista que corría el rumor de que en la fachada de su segunda residencia tenía empotrado el coche que había pertenecido al dictador como si fuera una medalla gigantesca no en su solapa sino en su fortuna o en su vida. Era conocido por su obsesión por las cantidades, y no concebía la soledad de un elemento, fuera un lápiz o un coche. De ahí que comprara los lápices por arrobas y los coches de seis en seis. Así eran los seis Seiscientos que adquirió cuando acababa de aparecer en el mercado el modelo Seat Seiscientos E, todos de un elegante color crema a cuyo cristal delantero les había pegado para distinguirlos a uno un círculo, al otro dos círculos uno dentro del otro, al tercero tres círculos y así hasta el sexto. Había pocos coches todavía en Barcelona y mucho sitio para aparcar, así que los dejaba a todos en la calle, y

como él utilizaba su coche de siempre, un Opel Monumental creo que era, de aquellos objetos de colección se encargaba el portero, un hombre encantador y amable cuya obsesión debía ser la de tenerlos ordenados, así que entre una cosa y otra, se pasaban el día trajinando seiscientos. Llevado del amor a los objetos en cantidad, cuando un día desapareció sin avisar a nadie y hacía semanas que no se lo veía, malas lenguas o buenas, no sé, dijeron que se había enamorado de una corista, una chica del conjunto de una revista que actuaba en el Paralelo, pero que llevado por su amor a las cantidades acabó fugándose con el cuerpo de baile entero. A pesar de esas excentricidades que hacían suponer un talante jocoso, el señor Palomo era muy serio, casi no saludaba como si hubiera algo en la vida que llevaba con lo que no estuviera demasiado conforme, tal vez por esto tuvo un final triste y un poco macabro. Un día a Sergi, un sobrino que aquella noche había dormido en casa en una habitación que daba a un gran patio de luces, lo despertaron por la mañana los golpes como de un inmenso bulto que llevado de su propia inercia daba bandazos de una pared a otra del patio. Debió de asomarse a la ventana y algún vecino le daría la noticia, no lo sé, el caso es que salió bramando enloquecido hasta donde estábamos todos desayunando: «El Palomo ha volado, el Palomo ha volado», decía sin saber si llorar por el susto o reír por su propio y macabro chiste.

Es bien sabido que en la ciudad de Barcelona domina la gente del *seny*, del sentido común, pero también está lleno de otros a los que se les llama de la *rauxa*, del desvarío. Lo que ocurre es que como la mayoría pertenecen a los primeros y no les gustan las excentricidades ni los escándalos ni que nadie sea y actúe y vista de forma distinta del otro ni tenga otra ideología que la suya, la conservadora, y de las forma de comportarse, de los otros no hablan, o hablan poco de tal manera que así es como si no existieran. A mí, que en aquellos momentos estaba metida en el mundo de la lógica matemática y de la filosofía y que me había quedado prendada de Wittgenstein, me habría gustado más que la decisión de no hablar de los demás se debiera, no a este amor por la sordina aplicada a la vida social y la exigencia exigida a los ciudadanos, al último párrafo del *Tractatus logico-philosophicus*, de Wittgenstein, «De lo que no se puede hablar mejor es callarse», cuyo significado no he acabado de comprender hasta que muchos años después volví a leer la autobiografía de Bertrand Russel donde cuenta un poco más no de la filosofía y la lógica de Wittgenstein, sino de su extraña manera de ser y de comportarse. Una delicia.

Vidas paralelas

Cuando entramos en la especialidad —éramos muy pocos, Victoria Camps, Matilde Corominas, los gemelos cuyo nombre no recuerdo, Planelles y alguna monja que corría también por allí…— un misterioso asistente nos acompañaba a veces y sólo en algunas asignaturas, un personaje inusual, un tipo de unos veinticinco o treinta años, guapo, elegante y callado que venía como oyente. Había estado también en los cursos de comunes sobre todo en la clase de Gomà y de vez en cuando en el curso de Sacristán en Económicas a última hora de la tarde. Llegaba y sin decir nada a nadie, ni siquiera a mí, que era la única alumna a la que conocía, escuchaba con atención, tomaba sus apuntes y luego partía también en silencio. Alguien hubo que comentó haberlo visto salir de la universidad a toda prisa y meterse en un coche que lo aguardaba. Pero nadie lo conocía, excepto yo.

Amigo queridísimo desde aquel día en que apareció en Cadaqués a principios de agosto de 1960, lugar solitario como era entonces en verano, con Salvador Pániker, ahijado de mi suegra a quien llamábamos «Genio sin cartera» porque carecía de especialidad, aunque hablaba de todo pero sin defender ni atacar ni aportar argumentos en pro o en contra de nada. Y con ellos iba también Isidro Aparicio cargado de un sentido del humor ácido, pero muy divertido, que estaba preparándose para las oposiciones de acceso a la carrera diplomática. Cuando al atardecer nos sentamos en el Hostal, donde habíamos quedado tras aquel breve encuentro, él bebía agua tónica a la que quitaba el gas dando vueltas con la cucharilla, un insistente sonido de campanillas. Tenía los ojos azules y una hermosa cabeza afeitada como la que ahora ostentan todos los calvos del mundo. Silencioso con cierto aire de misterio desde que Marisé Santaló y yo los habíamos encontrado por la riba, nosotras descalzas y mojadas aún del vaivén de la barca que habíamos dejado en la playa del Port Dugué, con los remos al hombro, caminando felices tras el largo paseo por el mar,

Dona'm la mà que anirem per la riba
ben a la vora del mar
bategant
tindrem la mida de totes les coses
només en dir-nos que ens seguim amant.

ellos recién vestidos y arreglados como se iría seguramente en Caldetas o en Sitges, los lugares de veraneo más al gusto de las grandes familias de Barcelona, a imagen de la Costa Azul tal vez, pero que en Cadaqués, un lugar de veraneantes inusuales en aquel momento, nunca habíamos visto a nadie, ni a la gente del pueblo ni a los pocos veraneantes, sobre todo por aquel jersey de colores claros, azul celeste o beis que llevaban los tres como un chal sobre los hombros con las mangas anudadas displicentemente sobre el pecho.

A Salvador Pániker hacía años que lo conocía aunque poco, sólo de unas cuantas cenas sociales que durante una temporada le dio por celebrar en su casa de Pedralbes, y de verlo más tarde algunas veces en la universidad a donde se hacía difícil saber si asistía como profesor o como alumno, porque en esto como en todo lo demás no tenía por costumbre definirse. Y un día me había invitado a dar una vuelta en su coche, en plan como de «voy a ver si me cuenta qué se le ha perdido en la universidad», porque tal vez tampoco a él le cuadraba mi decisión con la de la mujer que se había casado con Eduard, a quien le unía un extraño parentesco. Él era el ahijado de mi suegra y Eduard lo era de su madre. Su conversación en sociedad, que es como yo lo había conocido, era como lo fue también conmigo aquella tarde, indefinida e indefinible, del mismo modo que lo es para mí ahora hablar de todo aquello porque oscilaba entre lo más parecido a un intento de lejana seducción, que por supuesto si me iba dirigido a mí era por pura conjunción con el hecho de que yo me encontraba allí, y un vago intento de impresionarme por la profundidad de frases que soltaba al azar, como si fuera incapaz de contenerlas por la intensidad y cantidad con que pululaban en ebullición en su mente ansiosas por manifestarse. «El ser es superior a la nada» es la que más recuerdo porque es la que más repetía, y otras frases por el estilo que sonaban a transformación de otras que aparecían en libros que yo tenía entre manos por aquel entonces, así que las reconocía vagamente y las tomaba, como creo que hacía la gente, por conatos de excentricidad inherentes al personaje que intentaba diseñar, como sus ideas y su conversación toda indefinible que se movía entre el ansia de pasar a la posteridad como un pensador de raíces indias —su padre, que era indio, era un conocido fabricante de goma para pegar las

suelas de los zapatos, y su madre Carmen Alemany, una mujer deliciosa y original, íntima amiga de mi suegra—. Otro día me invitó a tomar una copa al apartamento que tenía en el paseo de Gracia, esquina con Consejo de Ciento, donde dijo que encontraba la paz y disfrutaba de la soledad tan necesaria para trabajar y pensar. Salvador estaba casado con Núria Pompeia, una mujer de ojos verdes de belleza espectacular e inteligencia profunda pero mordaz cuando se manifestaba. Tenía un gesto muy atractivo al echarse hacia atrás un grueso mechón de pelo lacio que le caía sobre la frente. Dibujaba muy bien y publicaba en varias revistas, pero sobre todo en *Por favor*. Ese día de la copa irrumpió en el apartamento de Salvador, que al parecer le había dicho que estaba en otro sitio, y convirtió su descubrimiento en la traición de su marido y también la mía, ya que éramos amigas, condenándome a un periodo de silencio e indiferencia que ella misma dio por terminado cuando a los seis o siete años nacieron mis gemelos y me hizo un precioso juego de dibujos y *collages* en sobres y papeles de distintas medidas, uno dentro de otro varias veces, hasta llegar al más pequeño de todos ellos: yo lo recibí emocionada en la clínica y todavía hoy lo guardo.

Fue en el verano de 1960 cuando los tres llegaron a Cadaqués en el Avante, un precioso barco con vela mayor y foque, fondearon, se vistieron de veraneantes y desembarcaron frente al Marítim. En su paseo por la riba fue cuando los encontramos y de allí acabamos en el Hostal, el único local que había entonces en Cadaqués, donde había música en vivo, por lo menos la noche de los fines de semana en que llegaban Federico Montagud, Tharrats y su grupo, y en cuanto acabaron el agua tónica nos invitaron a Marisa Santaló y a mí a pasar el día siguiente en el barco.

> Les barques llunyanes i des de la sorra
> prendran un aire fidel i discret,
> no ens miraran;
> miraran noves rutes
> amb l'esguard lent del copsador distret.

Desde la cubierta del Avante veíamos la costa lejana del pueblo, la iglesia coronando por detrás la montaña del Pení, como un inmenso decorado que iba moviéndose al compás de las olas que cambiaban suavemente la situación del barco. Oímos la inefable música del mar y las pequeñas olas chocando contra el casco igual que rebotaban y se abrían en las piedras cuando llegaban a la playa, la misma música de guijarros que yo oía desde mi habitación y me adormecía cada noche.

Unas pocas nubes en el cielo nos servían de suave y transparente coraza y gozábamos del sol que jugaba a esconderse y aparecer. A veces sonaba Nat King Cole, *¡Ansiedad…!* o *Yo vendo unos ojos negros*…, intentando ganarle la partida al ronroneo del mar.

No sabría decir lo que ocurrió aquel día, así, sin más, sin palabras, ni qué debió de nacer entre nosotros, el marinero de los ojos azules y yo, que se nos desveló un entendimiento tácito, una amistad que con el tiempo fue cada vez más cómplice, cada vez más tierna, cada vez más cierta y que duró hasta su muerte en marzo de 1994,

> Dona'm la mà i arrecera la galta
> sobre el meu pit, i no temis ningú.
> I les palmeres ens donaran ombra.
> I les gavines sota el sol que lluu
> ens portaran la salabror que amara,
> a l'amor, tota cosa prop del mar:
> i jo, aleshores, besaré ta galta;
> i la besada ens durà el joc d'amar

ratificada en este primer viaje que los tres habían iniciado en Cadaqués por una postal desde Saint Tropez que recibí dos semanas después en la que sólo estaba escrito el famoso verso de Salvatore Quasimodo, «*Ognuno sta solo sul cuor della terra trafitto da un raggio di sole: ed è subito sera*». Al cabo de más semanas, a la vuelta del viaje con sus amigos, me envió *La inquietud del rosal,* una edición argentina de un libro de poemas de Alfonsina Storni, y aunque nada había en su poesía que pudiera relacionarse con él, desde ese día fue para mí siempre Storni, igual que yo acabé siendo Azul para él, que así me llamó todos los días de nuestra larga y libre relación, de encuentros siempre tan inesperados, siempre tan poco convencionales, concertados con las palabras justas tanto para decidir el lugar, la fecha, el alcance, la duración y el objetivo del viaje, que nos llevó a recorrer el mundo entero en la más absoluta clandestinidad sin confidencias, ni quejas ni proyectos, sólo con nuestra escueta complicidad en esos días de presente, exentos de proyectos y de planes de futuro. Tantos países y ciudades y situaciones y actividades y deportes distintos, de los que a la vuelta no podía hablar ni compartir con nadie, permanecen en mi memoria envueltos en brumas de tal irrealidad que a veces tuve y sigo teniendo la impresión de que es mi fantasía la que me llevó al norte en unas largas jornadas de esquí de fondo durmiendo en *iglús*, o al Mediterráneo a navegar en la calma y en la tempestad buscando puertos donde descansar y quitarnos la sal

del cuerpo, o a lejanos carnavales en ciudades cuyos nombres confundo por pasar una, a lo sumo dos noches, bailando porque los viajes entonces nos robaban muchas horas, o a un destartalado teatro de Varsovia a escuchar a Ashkenazy tocar Chopin durante horas, o buscar por toda Noruega una pintura de Munch que nunca aparece en las exposiciones ni en las subastas. Tal vez porque más que lo ocurrido recordamos lo que hemos contado, lo que hemos visto, las fotos que hicimos y que suplantan la realidad, y yo nunca pude contar lo que hice ni saqué fotos de los lugares a donde fui. Lo que más recuerdo, sobre todo de los primeros años, son los pretextos que tuve que inventar para justificar esos cuatro o cinco viajes por año, que no dejamos de hacer en los treinta años que duró nuestra historia.

A veces, cuando yo ya había adquirido mi primer coche, un Seat 600, él lo utilizaba para dejarme en el parabrisas un papel o un sobre como si fuera una multa con el lugar y la hora de nuestro próximo encuentro, fuera para el día siguiente o para el próximo mes, en Barcelona o en algún otro lugar, sin preguntas ni explicaciones, a veces con una poesía copiada a mano, de tal modo que su figura emergía siempre de una inmensa nube de misterio.

> Dona'm la mà que anirem per la riba
> ben a la vora del mar
> bategant,
> tindrem la mida de totes les coses
> només en dir-nos que ens seguim amant.[1]

Se había presentado a las clases de Gomà a las ocho de la mañana como oyente y así siguió durante toda la carrera eligiendo las asignaturas y profesores que más le interesaban, una forma discreta de estar conmigo, entendía yo, pero con toda la solidaridad de que era capaz, esa que no necesita palabras y no porque fuera superior a ellas, no, sino porque las palabras no eran un bien que poseyera en abundancia. O tal vez porque no consideraba que lo que pudieran darnos fuera totalmente necesario. No sé. Cada curso se hacía con la lista de los libros que leía y comentaba conmigo en unas llamadas telefónicas que duraban horas.

Años más tarde a principios de los noventa, nos invitó a Eugenio Trías, a su mujer Helena y a mí a un viaje en barco por el sur de Turquía, Antalia como punto de partida y desde allí navegamos con un nuevo Avante hasta Castellórizo, o Megisti como se llama ahora, la mágica isla griega situada más al este en el Mediterráneo. Fue allí donde surgió la idea de escribir *Azul*, la novela que dediqué a «Storni,

esta historia que le pertenece», no porque fuera su historia y la mía la que allí se narraba, en absoluto, sino porque la novela no fue más que el desarrollo inevitable de un cuento que yo quise escribirle como recuerdo de un viaje tan espectacular. *Azul* ganó el Premio Nadal 1994, y él, que vino a la presentación a pesar de que ya estaba muy enfermo, pudo ver al fin la dedicatoria. Era el 4 de marzo de 1994. El 19 hice un último viaje desde Ginebra, donde yo trabajaba entonces, a Barcelona para decirle adiós. Murió el día 30 de aquel mismo mes.

1. Dame la mano para ir por la riba / muy cerca de la orilla del mar / palpitando / tendremos la medida de todas las cosas / sólo por decirnos que nos seguimos amando. // Las barcas lejanas y las de la arena / tendrán un aire fiel y discreto, / no nos mirarán; / mirarán nuevas rutas / con la visión lenta del distraído // Dame la mano y descansa la mejilla / en mi pecho, no temas a nadie, / y las palmeras nos darán sombra / y las gaviotas bajo el sol que luce // nos traerán / al amor, cualquier cosa cerca del mar; / y entonces yo, te besaré la mejilla / y el beso nos llevará al juego de amar // Dame la mano para ir por la riba / muy cerca de la orilla del mar / palpitando / tendremos la medida de todas las cosas / sólo por decirnos que nos seguimos amando.

El pueblo más bello del mundo

Cadaqués es el pueblo más bello del mundo. Reconozco que cargo en la afirmación la memoria de veinte veranos, tal vez los más hermosos de mi vida, en que descubrí la belleza de un aire diáfano, me emborraché con los azules del mar y aprendí a dejarme mecer por el rumor de las minúsculas olas que rompían sobre los guijarros bajo mi balcón. Recuerdo aún la primera vez que llegué a Cadaqués y en la primera curva que desciende hacia el pueblo lo descubrí bordeando la costa de rocas negras y acantilados. El mar infinito desde aquellas alturas y las casas aglomeradas formando callejuelas que ascendían hasta la iglesia me quitaron, y todavía me quitan hoy, la respiración.

Es evidente que la geografía interviene en la forma de ser de los habitantes de un lugar. Y más aún si es tan peculiar como la de Cadaqués, con su historia desgajada del entorno porque, aislado el pueblo por altos montes, durante siglos tuvo que defenderse por sí solo de los piratas y los invasores. No es de extrañar pues que sus habitantes hayan desarrollado una personalidad independiente, creadora, original y extraordinariamente irónica, y aún hoy, invadido por el turismo, siga su camino como si quisiera y pudiera detener los embates de una forma de vivir acelerada que exige rendimientos económicos inmediatos y que confunde la memoria y la tradición con el folclore. Sin pretenderlo siquiera, Cadaqués sigue siendo un lugar distinto de los demás lugares de ocio y turismo.

Han pasado los años y ya no hay piratas de los que defenderse, se ha solucionado el problema del agua que durante generaciones obligó a las mujeres a ir a la única fuente de agua no salada cada vez que tenían que hacer la colada o al alcalde a alquilar un barco que pintado de rojo y azul llegaba al amanecer desde Sant Pere Pescador cargado de agua. Ya nadie trasiega cántaros ni bombonas de butano sobre la cabeza, ni los pescadores matan las horas en el Café Marítim fumando esmirriados caliqueños y tomando café con ron ni mucho menos el cura persigue a suecas esculturales en bikini para arengarlas desde su terraza o en plena calle. No, ahora el turismo llena el pueblo ante la mirada indiferente aunque agradecida de los nativos, los turistas y

veraneantes acomodados o los burgueses que vienen de la ciudad y han remodelado las viejas viviendas estrechas como pinceles que se apretujan en las callejas, y siempre queda un rincón para los ciudadanos del mundo que buscan una forma de vida alternativa. Y sin embargo, la luz que durante generaciones intentaron plasmar en sus telas decenas de pintores sigue asombrando las retinas cuando un golpe de tramontana mueve los obenques de las embarcaciones y juega a llevarse toallas de la playa y sillas del paseo. El amanecer, tras una noche de viento de mar, húmedo y viscoso, deslumbra todavía a los trasnochadores que ven salir unas pocas barcas mar adentro como si fueran de juguete, y las sombras y las luces que se hacen y deshacen en reflejos sobre el agua siguen formando la corona mágica que hermana las casas con las olas en un rumor diáfano y musical que deja al viajero sin aliento.

Este es el pueblo que guardo en mi corazón.

Un día de marzo de 1960, cuando la expedición del Junco Rubia había tomado ya el avión en Barcelona con destino Hong Kong y allí permanecía ocupada en gestiones administrativas y preparación del viaje, Eduard y yo nos fuimos a Cadaqués en su moto, porque no teníamos coche aún, para cumplir un encargo que me había hecho Josechu Tey, el capitán del Junco Rubia, de ir a ver al escritor Luis Romero, que allí vivía, para que escribiera algún artículo sobre la travesía que desde Hong Kong debía llevar la embarcación en nueve o diez meses a Barcelona. Nuestro viaje duró cinco o seis horas, que es lo que se tardaba entonces, pues las carreteras eran estrechas y tortuosas hasta Rosas y allí se comenzaba una subida en inacabables vueltas hasta alcanzar la cumbre de la última montaña de los Pirineos, el Pení, que se fundía en el mar. Luego venía un tramo de curvas más estrechas, aunque en terreno llano, hasta que de pronto la carretera descendía y enseguida aparecía la gran bahía y, en ella, Cadaqués rodeado de montañas, flotando impertérrito sobre el mar, indiferente a la feroz tramontana que, aquel día, soplaba con verdadera furia arremetiendo contra todo y contra todos. El paisaje era de una belleza tan espectacular que sentí que no quería separarme de ella ni ahora ni nunca, y pensé, de aquí no me moveré. Y así fue como ese mismo día, con la misma tramontana y sin conocer a nadie en aquel pueblo fantasmagórico, me dediqué a buscar una casa para alquilar durante el verano ya que los niños tendrían fiesta en el colegio y yo ya habría acabado mi primer curso en la universidad, mientras Eduard se había refugiado en la habitación de la fonda Ubaldo y allí se quedó adormilado o leyendo, temeroso de los golpes de viento que amenazaban con tumbarnos cada vez que cruzábamos una calle o

salíamos a un espacio abierto. Enseguida, no sé muy bien cómo, encontré y alquilé una casita situada sobre la elemental oficina de teléfonos que regentaban dos hermanas muy ancianas, según me parecieron a mí entonces, que cualquier persona más allá de los treinta ya la suponía en la entrada de la vejez. Eran menudas y delgadísimas y apenas se movían de la casilla encarada a sus aparatos antediluvianos que accionaban chillando a todas horas, «Rosas, Rosas o Figueras, dame línea que tengo tres Barcelona y un Lérida» y ponían y quitaban pivotes de un plano frontal lleno de agujeros, sin inmutarse. Era la única forma de llamar por teléfono a donde fuera, incluso a Barcelona, para lo cual a veces había que esperar entre tres y cuatro horas, «horas de conferencia» las llamábamos, y la gente se ponía a hablar y las ancianas se enfadaban y chillaban más aún porque no soportaban que se hiciera ruido mientras ellas se comunicaban a gritos con la central de Rosas o de Figueras, y de pronto se levantaban, dejaban colgado al desesperado cliente con el que estaban hablando y les pegaban unas broncas tan monumentales a los que esperaban su turno charlando que todos salían a la calle para no oírlas, se sentaban en las escaleritas de nuestra casa y a veces nos hacíamos amigos y subían a nuestra casa a tomar un café o una copa y charlar mientras esperaban su conferencia. Así es como conocí a Alfonso Carlos Comín, escritor, poeta, editor, uno de los hombres más comprometidos no sólo con la política, sino con la cultura que, decía él, vienen a ser lo mismo, la una incide en la otra y las dos necesitan de nuestra inteligencia, comprensión y fantasía. Era además de una belleza espectacular: como el mejor de los cristos renacentistas, tenía pelo ondulado y un poco largo, y una barba somera que coronaba su sonrisa, perpetua sonrisa, como si quisiera ocultar lo que escondía su mente y su pensamiento en contraste con los ojos brillantes de mirada inteligente y siempre en movimiento, dispuestos a conocer, a indagar, a congeniar. Y me reencontré con amigos de la universidad, como Helena Valentí, que había acabado su primera novela, o Juan Antonio Masoliver, con los que manteníamos largas conversaciones sobre el placer y el dolor, el bien y el mal, la literatura, el compromiso social, la izquierda y la derecha y muchos otros temas que abordábamos con ardor adolescente, porque tiempo no nos faltaba. Helena tenía una mirada sobre la realidad un tanto cáustica que suavizaba con la gracia y la ironía, y Juan Antonio Masoliver era inquieto y parecía tan cargado de saber literario que a mí me impresionaba mucho. A veces venía con ellos Jaime Camino, que a sus veinte y pocos años ya pensaba en escribir y rodar una película en Cadaqués, lo que hizo en el verano del 63 y se estrenó en 1964 con el título de *Los felices 60*.

Jaime había insistido mucho en que yo trabajara en la película; quería que fuera la protagonista y yo no sabía qué contestarle porque por una parte me apetecía mucho probar, pero por otra era consciente de que era novata en la profesión y lo más probable es que no supiera ni moverme ante la cámara, me echaba atrás el miedo a fracasar por no tener ni idea de cómo se me daría esta nueva faceta de actriz. Y Jaime, para sumirme más aún en dudas, respondía a mis argumentos, Pues no veas lo novato que soy yo y lo que me costará moverme detrás de la cámara. Sí, me tenía ya casi convencida, no era más que una aventura, algo nuevo y divertido, pero nunca sabré lo que habría salido de aquella experiencia veraniega, pues la realidad vino en mi ayuda en esta difícil decisión y tuve que renunciar cuando me di cuenta de que me había quedado embarazada, y aunque no había comenzado a engordar todavía, no me atreví. Por otra parte Eduard, como un buen marido de aquellos años, estaba absolutamente en contra de que aceptara. Él se escudó en mi embarazo, pero la sola idea de verme en la pantalla lo ponía de malhumor. Así que mi papel se fue a Yelena Samarina, una actriz rusa que actuaba muy bien y era una buena profesional, pero a la que no sé por qué le pusieron una peluca negra como el ébano que la afeaba, quedaba el personaje un poco encorsetado, con la cabeza demasiado inmóvil, como si temiera a todas horas que el viento se la llevara, sobre todo cuando soplaba la tramontana, lo que obligaba a Jaime a repetir una y otra vez la secuencia e incluso a cambiarla para poner a la actriz a resguardo del viento. Aquel fue un verano lluvioso y en los pícnics que se rodaban en Sa Sabolla, una cala dentro de la bahía, aún temerosos como estábamos del viento, pasábamos un frío atroz. Por más que nos quitáramos los chales y las chaquetas con que nos abrigábamos, no lográbamos dar la impresión del calor asfixiante que exigía un guion escrito meses antes. Nosotros no teníamos ganas de entrar y salir del agua y, aunque lo hubiéramos hecho, tal y como Jaime deseaba, la cámara no habría podido disimular el temblor de los cuerpos. Lo único que deseábamos era embarcar de nuevo en La Biquita, la preciosa barca de Manolo Senillosa, donde habíamos aprendido cómo organizar pícnics, y que nos había traído y nos llevaría rumbo a casa, a la ducha caliente y a los jerséis y calcetines de lana.

Pero esto ocurrió dos o tres veranos más tarde, cuando nuestra vida en Cadaqués era ya mucho más movida, con amigos y fiestas y más barcas en las calas y más gente en el Hostal o La Frontera, creados a demanda de veraneantes que iban llenando el pueblo, y cuando yo ya tenía mi barca Lo Steddazzu.

En aquel primer verano, Cadaqués era todavía un verdadero

remanso de placidez, apenas había coches y las playas y las calas estaban siempre vacías, aunque habían comenzado a llegar las primeras turistas. Mosén Ceferino, el párroco de la preciosa iglesia que coronaba el pueblo, era de un retrógrado que nos dejaba asombrados: al parecer el domingo se ponía en la puerta de la iglesia y delicadamente tocaba las piernas de las mujeres antes de que entraran para asegurarse de que llevaban medias. Vivía en un casita de una calleja del pueblo alto con vistas al mar a una altura considerable sobre la riba, y cuando en la pequeña playa a sus pies veía a una turista en bikini la arengaba asegurándole que tenía una silla en el infierno. Sin embargo, nadie le hacía caso, hasta que un día, harto de gritar en vano, agarró botellas de Coca-Cola vacías y se dedicó a bombardear a las turistas que huyeron despavoridas. Tuvo que intervenir discretamente la Guardia Civil que paseaba en pareja con sus tricornios y su capa vigilando que no se enturbiaran la moral y las buenas costumbres del pueblo, y consiguió calmar al párroco aunque nadie sabe cómo, el caso es que al cura no se lo volvió a ver en lo alto de su terraza.

Nuestra casa

Nuestra casita sobre los teléfonos estaba muy cerca de esta playa y era como casi todas en Cadaqués, estrecha y de tres pisos: en el primero había una única habitación con cocina, comedor y sala de estar con muebles de madera de carpintero y viejas sillas con asiento de cuerda; en el segundo, dos pequeñas habitaciones, un minúsculo y elemental baño y otra escalera que subía al tercero, donde teníamos una habitación más y un sobrado encarado al mar, todo minúsculo, sencillo, las paredes todas con un aspecto de argamasa por el encalado anual que las llenaba de protuberancias acumuladas con el tiempo. Desde allí la bahía de Cadaqués nos pertenecía en toda su amplitud, liso el mar o movido, vacío, con seis o siete barcas fondeadas aquí y allá y de vez en cuando en la línea del horizonte un carguero navegando hacia Francia. Sólo nos separaba del mar el camino de tierra que seguía hasta convertirse en elemental adoquinado con rocas, el mar a su izquierda y a la derecha un muro encalado también donde, en lo más alto, se abrían las ventanas de casas que tenían la entrada por la parte trasera. Allí se entrecruzaban las callejas siguiendo la subida de la montaña que acababa en la monumental iglesia de paredes descascarilladas y un reloj detenido en un tiempo olvidado. Y así seguía el camino que pasaba delante de nuestra casa entre el mar y el muro en una especie de acera convertido ya en riba, la hermosa riba de Cadaqués, que, deshaciéndose en las playas y retomando luego este arquitectónico camino hacia el sur, pasaba por el Port Dugué, El Llané, el Hotel Rocamar y Sa Conca, y por el norte hacia el Pianc, el Poal, Sa Arenella, hasta llegar ya completamente fundida la riba con la tierra, als Caials. Una riba que le hacía frente al mar cuando bramaba el viento del sur o de Levante y recibía el golpe de las olas como si tuviera voluntad de defender las altas paredes de piedra que, siguiendo la subida de la montaña, cobijaban las primeras casas del pueblo.

Frente a nosotros, atravesando el camino, una playa de piedras planas y negras capaz de tener varadas unas pocas barcas, descendía hasta el mar, donde el pescador Linares plantaba su parada de sandías

y melones en verano y a veces también de pescado que él mismo traía del mar muy temprano por la mañana. Tenía un aparato de música de un sonido cascado y borroso donde aquel primer verano nos ponía una canción que debió de gustarle hasta el delirio porque sonaba a todas horas desde que llegaba a la parada casi al amanecer hasta la noche oscura cuando ya no caminaba un alma por el pueblo: «Rascayú, rascayú cuando mueras que harás tú. Tú serás, tú serás un cadáver nada más». A los niños, Eduard y Anna, les encantaba y al final yo ni la oía, pero cuando el primer fin de semana vino Eduard, que siempre esperaba a que estuviéramos instalados para reunirse con nosotros, a la hora de cenar le hizo gracia oír la canción una y otra vez; pero cuando ya muy tarde se metió en la cama dispuesto a dormir bramaba pidiendo a quien quisiera oírle que cesara el *rascayú,* y cuando agotado ya se dio cuenta de que nunca más se detendría, se levantó sobre las tres serían, se vistió, anunció desesperado, No puedo más, no puedo más, y se fue a Barcelona mientras la siniestra canción de moda continuaba su carrera hacia el amanecer con la potencia de todos los decibelios del mundo. A la mañana siguiente encontramos un Linares ofendido que nos castigó con el silencio porque había recibido la visita de la Guardia Civil, y con ella una denuncia del Casino que de entrada lo conminaban a que bajara el volumen, pero a él le pareció que si no se oía con «toda la fuerza del infierno» dijo, ni le gustaba ni tenía sentido alguno oírla y menos en susurros, como parecían obligarlo. Y nunca más la oímos, así que Eduard pudo venir y comenzar a habituarse a aquella primitiva vivienda que disfrutamos durante todo el verano.

El siguiente, el verano en que nació David, nos habíamos mudado porque igual que había ocurrido con el piso de Barcelona, la casa de Cadaqués se nos había quedado pequeña. Descubrí una maravillosa casa —mejor dicho un gran piso— en un edificio casi urbano de planta y dos pisos, en la playa de Sa Cueta. Nosotros teníamos la planta donde por una escalera interior se bajaba a la cava excavada en la roca por su parte trasera e interior mientras que por la parte delantera se bajaba a la playa. Los vecinos del primero entraban desde la calle por una escalera lateral independiente que subía al primero y al ático. La casa no podía ser más vieja y destartalada, aunque debió de haber sido señorial cuando se construyó cuarenta o cincuenta años atrás, los postigos y las altas puertas, que habían sido pintados de un azul claro ni se sabe cuándo, ya no cerraban, el suelo estaba descascarillado, en una habitacioncita a la derecha del balcón teníamos la ducha sobre el mar igual que en la de la izquierda habían instalado una primitiva taza de WC, que amenazaban ambas todo el

tiempo con electrocutarnos. Tan primitiva y evidente era la vieja instalación eléctrica. Pero era un gran piso amplio volcado al mar, con aquella escalera estrecha deslavazada y primitiva a más no poder que sin embargo nos daba comunicación constante y privada con nuestra diminuta playa a través de la gran cava donde antaño se guardaban los barriles de aceite, y de allí por un tosco portalón de madera machacado por el sol y la sal a un terraplén que con tres peldaños hechos con piedras desiguales y saledizas bajábamos a la pequeña y deliciosa playa de hermosos guijarros de Sa Cueta donde cargaban el aceite los barcos italianos. Pero ya no quedaban apenas olivos ni aceite porque hacía décadas la filoxera había acabado con todos los de las montañas y los campos desde Cadaqués a Port de la Selva y la cava, como el monte, acusaba el abandono a que se la había sometido durante tanto tiempo, pero era de una belleza tan espectacular y primitiva que la convertimos en un lugar de fiestas, algunas de ellas famosas por la larga noche que le robábamos al día. Y es que cuando soplaba la tramontana todo parecía cobrar vida, desde los deseos, la diversión y la locura; en cambio, cuando soplaba el viento de mar, si la fiesta había comenzado a las once de la noche, a la una estaba el portalón cerrado y la gente se había ido a su casa a meterse en la cama y a dormir.

El día de santa Rosa del año 62 o 63 una chica que acababa de conocer y de la que me hice muy amiga, Pizca Rivière, que había llegado a Cadaqués para pasar unos días no recuerdo ahora invitada por quien. Era guapa, pero sobre todo muy atractiva no tanto por su físico, sino por su extraordinaria capacidad de desarrollar el don de las relaciones personales; fue ella la que me convenció —siempre convencía a todo el mundo fuera lo que fuera que se propusiera— de que diéramos una fiesta en la cava del piso bajo porque la había impresionado el lugar. Y así lo hicimos, encargamos comida al chiringuito El Pius, de la plaza, y como el suelo de la cava era de piedra y estaba empapado de humedad por la cercanía del mar, se nos ocurrió que podríamos cubrirlo de paja, al estilo de Mallorca cuando esparcen en el suelo ramas de boj, y la iluminamos con infinidad de velas por todo los salientes de las paredes, de piedra también, porque no había más que una toma de luz en la escalera. Estaba todo perfecto, pero yo en mi entusiasmo le debí de tener miedo al fracaso porque en un arrebato se me ocurrió verter en el inmenso barreño de sangría que Pius nos había preparado un puñado de pastillas de Simpatina (la anfetamina de entonces) que tenía en mi habitación porque de vez en cuando me quedaba estudiando por la noche para el examen de Historia Universal de Palomeque que me había quedado

para septiembre. Era una época moralmente tan pazguata que la fiesta, a la que no pudieron asistir muchos maridos porque era un día entre semana y las mujeres eran pocas las que trabajaban entonces, provocó un pequeño escándalo, nada grave, sino una serie de habladurías que nos dio la medida del éxito: orgía sin medida de alcohol, paja en el suelo y música en la playa, decían los que no habían sido invitados, que eran los que no conocíamos porque fue una fiesta a la que asistió todo el mundo que se enteró; no hubo invitaciones en cartulina ni por teléfono ni siquiera enviando a un mensajero, simplemente lo comunicamos a los que conocíamos diciéndoles que hicieran correr la voz y que viniera quien quisiera. Y lo cierto es que fue muy divertido porque además conocimos a mucha gente nueva, como por ejemplo un grupo de italianos estupendos, amigos de amigos y gente del pueblo que se sumó a la fiesta tan encantados como nosotros mismos.

La fiesta se alargó como es natural gracias al vivificador viento del norte que no dejó de soplar durante toda la noche, o quizá algo tuvieron que ver aquellas pastillas de sustancia simpaticomimética, como las definía el diccionario de medicina, que yo había echado al vino, o porque se estaba tan bien en aquel ámbito original y nuevo que nadie tenía ganas de irse. Soplaba una tramontana suave que se llevó la humedad y nos permitió ver cómo salía el sol desde el portal de la cava sobre un mar y un cielo que no podían ser más azules y embarcarnos después a dar unas vueltas por la bahía desierta y silenciosa antes de irnos a dormir con el sol ya bien alto. Una fiesta que se repitió en otras ocasiones porque teníamos el marco fastuoso a disposición. Otro día la gente vino a la cava después de que Raimon cantara en el teatro al aire libre del hotel Rocamar, la primera vez que muchos de nosotros lo oímos cantar *Al vent* con su voz poderosa, bajo una luna llena grande y espectacular y un cielo tan sereno como sólo se consigue ver cuando sopla la tramontana, como aquella noche, con una furia radiante y estremecedora a la luz de la luna. Aunque nunca más conseguimos el éxito de aquella primera vez que todavía hoy recuerdo como deliciosa e inacabable donde el tiempo parecía haberse detenido, no paraba de aparecer gente desconocida, y hubo un muchacho apasionado por aquel lugar tan primitivo que, internándose en espacios ocultos en las rocas, descubrió un espacio completamente cerrado excepto en su parte más alta lleno a rebosar de agua de la lluvia, un verdadero misterio en la construcción de la casa, pero también un lujo en aquellos tiempos de agua salada que corría por las cañerías, mucho antes de que la sirena de un inmenso barco de vapor con una anchísima raya roja pintada en el casco, o quizá azul —no lo

recuerdo ahora mismo—, fondeara justo en medio de la bahía para anunciarnos que había llegado el agua dulce de Sant Pere Pescador.

Otra gente

El piso alto lo tenían alquilado Tina y Marcel Duchamp, con los que muy pronto comenzamos a relacionarnos como vecinos: se me ha caído una toalla, tienes un poco de sal, te molesta la música, y pasamos enseguida a ser buenos amigos, como si lo más natural en la vida de una mujer como yo fuera tratar de tú a tú a uno de los genios de la pintura del siglo XX. A veces él salía al balcón y nos saludaba si estábamos bañándonos y me pedía que subiera a jugar una partida de ajedrez. Yo subía encantada porque me gustaban Marcel y Tiny, y también la hija de Tiny y su marido que cada verano pasaban algunas semanas con ellos. Sí, jugaba con Marcel al ajedrez, pero eran unas partidas decididamente breves porque a la primera de cambio ya me había hecho jaque mate, riéndose como un niño por la cara de sorpresa que yo debía de poner ante la velocidad con que me había ganado. Nos tomábamos un vaso de vino, mirábamos el mar, nos preguntábamos mil cosas del día a día, del pueblo, de sus viajes, incluso alguna vez me atreví a preguntarle por qué ya no pintaba. No sé por qué lo hice porque mil veces lo había dicho o insinuado en la prensa francesa, que es por la que yo más lo conocía. Pero aun así se lo pregunté, y entonces hizo un gesto no de displicencia, sino como apartando realmente de entre nosotros aquella tontería que nos había dejado mudos a los dos durante unos minutos. ¿Para qué responder? parecía decir el gesto y la sonrisa un poco burlona que me dedicó. Sin embargo, en general nuestras conversaciones no tenían más intención que la de cambiar pequeñas informaciones y comentarios sobre el pueblo y sus rumores siempre tan evidentes, el tiempo, el color del mar y cosas así tan bellas y elementales, y estar juntos tranquilamente tomando el sol en su terraza.

Yo no quería otra cosa de Marcel y de Tiny. Las preguntas más profundas que cualquiera me hubiera podido echar en cara no haberles hecho habrían requerido mucha más información por mi parte sobre su vida, y sobre todo sobre su obra, preguntas que por otra parte respondería mejor su obra si la miraba con atención e insistencia, con conocimiento profundo o sin él. O tal vez preferí

tenerlo delante día a día como amigo y que les contara a los periodistas y críticos lo que ya leería yo después en la prensa. Sólo una vez le hice una entrevista con fotos de Xavier Miserachs, que todavía guardo, y hablamos de arte, de política, de Cadaqués y de las votaciones norteamericanas, pero todo muy escuetamente, de forma breve. El resto del espacio que se me había concedido lo dediqué a impresiones sobre su sencilla vida junto al mar, con su familia y los amigos que iban a verle a veces como Luis Marsans o Max Ernst, mientras se tomaba un vaso de vino o recomponía las figuras de reinas y caballos con mucho cuidado, cuando ya habíamos acabado la partida. Era así porque me pareció que era lo que yo podía contar, no hacer teorías sobre la obra y la vida de un pintor del que casi todo debía estar dicho ya. Bien es verdad que en aquellos años, conocer gente famosa no volvía locas a las personas de mi entorno como ocurre ahora, que un famoso apenas puede ir por la calle sin que lo atosiguen con preguntas y fotos y petición de firmas y dedicatorias. Vivíamos en Cadaqués rodeados de ellos y nadie los molestaba: Peter Harnden, el arquitecto americano que tanto hizo por remodelar viviendas casi destruidas del pueblo dándoles un aire nuevo sin perder su gracia, y su mujer una princesa huida de la Rusia revolucionaria, autora de un hermosísimo libro, *Berlin Diaries*, *1940-1945*, sobre un atentado contra Hitler; Lanfranco Bombelli también arquitecto, galerista y coleccionista que montó una espléndida galería de arte en Cadaqués; Mary Callery, escultora americana famosa por sus esculturas expresionistas abstractas; Henry François Rey, el famosísimo novelista francés cuya última novela, *Los pianos mecánicos*, fue llevada al cine uno de aquellos veranos por Juan Antonio Bardem, con Melina Mercouri, que había conseguido un éxito clamoroso con una película de su marido de entonces, Jules Dassin, y que le tomó tal cariño a Eduard que se los veía pasear por la riba seguidos por tres mujeres griegas vestidas de negro con pañuelos en la cabeza que como aves protectoras los arropaban día y noche como si fueran sus sombras; James Mason y Hardy Krüger, los protagonistas, a los que tampoco perseguía la gente cuando andaban rodando por el pueblo; el pintor canadiense Richard Hamilton, o los diplomáticos americanos, Hedjies, que vivían fuera del pueblo en la cala la Guillola y nos daban de aperitivo cuando íbamos en barca a verlos, ostras ahumadas, una exquisitez y extravagancia americana que bebíamos con nuestro propio vino de garrafa porque ellos sólo tomaban Coca-Cola.

Conocer a la gente del pueblo fue muy fácil porque formaba parte de nuestra vida diaria. Hasta que los niños pudieron ir solos, iba todos los días con ellos a buscar el pan al Forn de Dalt, el de Carolina, o al

Sanés en la playa del Poal; comprábamos la carne en la carnicería de Ramón Riera, la pimienta en el colmado rojo, la leche en la única lechería que había y el hielo lo íbamos a buscar a la entrada del pueblo donde cada dos días llegaba un camión cargado de barras envueltas en sacos de arpillera, y si era lunes nos íbamos al mercadillo que se instalaba en el paseo a comprarnos camisetas azul marino con unas rayas blancas en la botonadura que llevaban todos los pescadores, o a la cubana o al Anco donde nos vendían una sola marca de crema solar.

La vida social no era muy intensa, pero acabamos conociéndonos todos, nos encontrábamos por la calle, nos presentábamos y hablábamos, o acabábamos en una casa a la que acudíamos cuando desde la calle veíamos movimiento y oíamos la música. A veces íbamos a tomar una copa a la terraza del Hostal, el local sofisticado que creó el maravilloso Pierre Lotier a finales de los sesenta donde se reunían para hacer música el pintor Rafa Durán, Federico Montagud, el pediatra Claret y muchos otros. Y más tarde a la primera discoteca, la Frontera, de Manolo Muntanyola y su amigo el musculoso Juan Ricard, campeón de saltos, «De la mar el mero, de la tierra el carnero, de tierra mar y aire Juan Ricard el pavero» le cantaban los niños de la calle, que él oía embelesado. Y por todo el pueblo lucía su cara y su cuerpo bronceados que enloquecía a las turistas, Joan de la Bola, el primer *playboy* de Cadaqués que finalmente se fue a Nueva York donde montó un taller de carpintería y se hizo rico, o nos cruzábamos al atardecer con el viejo pescador Eduardo que volvía derrotado a casa contando como siempre luctuosas historias sobre las monjas que tuvieron una vez un convento en el pueblo o se lamentaba de que viejo como era ya no podía contar con las tres piernas que nunca le habían fallado cuando era joven. Y el viaje anual de Carlos Barral desde Calafell a bordo de su bellísimo Capitán Arguello, negro de sol y de sal, delgado, con el pelo largo y la gorra de marino, dispuesto a inventar los mil juegos de palabras para que floreciera la fama de navegadores que atribuía a todas horas a los marineros de su costa de Tarragona, la costa de verdad, parecía recriminarnos con sus guasas por nuestras playas de roca desnudas de arena. En el Marítim se daban cita algunos intelectuales fieles a Cadaqués vinculados a la universidad como los Valentí y sus tres hijas, Elena, Quita y Rata, expertas navegantes en su preciosa barca de vela latina que con la una o la otra a bordo navegaba a todas horas por la bahía, y su invitado permanente, Gabriel Ferrater. O Carmen Pleyans y Pepe García López, que pasaban la mañana entera sentados bebiendo café, de cara al mar, debatiendo sobre cualquier cosa relacionada con el arte y la vida.

Además de los extranjeros que habían convertido Cadaqués en una prolongación de su hogar, había una población de algún modo también autóctona: eran «las familias de Cadaqués» que tenían sus casas desde tiempo inmemorial y venían hacía tantos años que todavía estaba vivo en ellas el rodaje de *Le chien andalous* de Buñuel y de García Lorca que ellos o sus padres habían conocido; eran los que con exquisita discreción daban al pueblo solera por una antigüedad que en cualquier otro lugar habría exigido reconocimiento y algún tipo de vasallaje. Eran los Bossoms que vivían en las Escales d'en Bufa en el Port Ditxós; los Cánovas, propietarios de la barca Masa d'Or y de una línea de barcas con franjas naranja y verde en la borda que había construido Nadal, el último calafate de Cadaqués; los Villavechia de Port Dugué que fueron y siguen siendo mis más queridos amigos; los Rivière de la isla que se me acercaron tímidamente un día para darme las gracias porque mi padre, que había sido Jefe de Servicios de la Generalitat en el 36, les había dado un pasaporte con el que poder huir de la «revuelta», llamaron ellos al golpe de Estado; los Escofet de los Caials; los Sagnier del Colomá; Jip Baladía y las Moritz de Sa Arenella; los Zariquiei del Ros; los Salisachs del Llané; Jorge Pallejà y Vanessa su mujer inglesa, o Cecilia y Alfonso Milà en la calle de la Rectoría, cuya barca provocaba la envidia de mi hijo David, que a sus tres años miraba con admiración su cómoda *escaleta*; los Pitxot, familia de pintores famosos muy amigos de Dalí, de Sa Conca.

Dalí

Cadaqués siempre ha sido el paraíso de los pintores, esos seres privilegiados que se dejaban deslumbrar por su luz como hicieron Prim, Luis Marsans, Paco Todó, Rafa Durán, Aguilar Moré, J. J. Tharrats, Ràfols Casamada o Maria Girona. Incluso el propio Dalí que paseaba tranquilamente por el pueblo con una tortilla a modo de pañuelo en el bolsillo superior de su chaqueta blanca, rodeado de bellezas espectaculares, al que incluso así nadie molestaba ni asediaba ni siquiera miraba. Claro que desde que había nacido había pasado en Cadaqués todos los veranos de su vida y era más conocido que nadie y más tolerado también que cualquier persona que le diera por curiosas extravagancias. Ara pla, lo que no quiere decir nada, repetía la gente a su paso y esto era todo. Yo había conocido a Dalí en Barcelona un día frente al escaparate de El Dique Flotante, una tienda que había sido muy famosa, recién trasladada desde el Portal del Ángel al paseo de Gracia. Lo vi por el reflejo del cristal cuando se acercó y me dijo muy seguro mientras me besaba la mano ceremoniosamente, Usted es la señorita Regasol, mucho gusto en conocerla.

No, no lo soy, respondí, si acaso Regàs.

Ah no, de ningún modo, se apresuró a contradecirme, y así estuvimos en un toma y daca que duró muy poco, pero que inició entre nosotros una relación todo lo superficial que son estas amistades, pero divertida al menos para mí, y que tuvo sus momentos más jocosos cuando me descubrió un día de feroz tramontana a bordo de Lo Steddazzu en que me vi obligada a entrar en Port Lligat a resguardarme del viento porque llevaba la barca llena y la gente había comenzado a ponerse nerviosa. Amarré justo debajo del muro de su jardín y él, que me vio desde lo alto, soltó los pinceles y comenzó a dar alaridos, Senyoreta Regasol, senyoreta Regasol.

Los pintores más libres que nadie en sus descuidadas vestimentas, que se instalaban donde querían para pintar o hacer como que pintaban, fueron siempre los que se llevaban la fama de artistas, incluso cuando

en 1967 llegaron los arquitectos que llamaron más aún la atención. Los que estaban ya en Cadaqués cuando yo llegué en el verano de 1960 eran Federico Correa y Alfonso Milà, que aparte de ser los dos inteligentes, simpáticos, cultos y cargados de buen humor e ironía, hicieron un favor inmenso al desarrollo ulterior del pueblo cuando Marta y Javier Villavechia les encargaron la remodelación de la casa que se habían comprado en Port Dugué. Fue gracias a ellos y a la obra de aquella vivienda que se convirtió en modelo para posteriores y masivas transformaciones, quedando libre Cadaqués de invenciones arquitectónicas horteras, o como decía Ricardo Berla —el irónico e intelectual director de Olivetti España—, de «geómetras» ('aprendices de aparejador') que convertían las viejas casas del pueblo en chaletitos, como ha ocurrido en tantísimos pueblos y barrios depauperados de ciudades. La casa Senillosa, de Manolo Senillosa, con un apabullante frente de cristal fue una construcción, no una remodelación, obra de José Antonio Coderch, que para mí que en aquellos momentos tenía conocimientos muy elementales de arquitectura; fue otra forma de entender la vinculación de lo moderno con lo antiguo en la arquitectura popular, y allí fue donde comenzaron mis preguntas sobre construcciones, sobre su historia y la exigencia de modernidad en la arquitectura que han hecho de mis viajes verdaderos aprendizajes, hasta que sin darme cuenta comencé a descubrir la identidad de un pueblo a través de sus manifestaciones arquitectónicas casi en la misma medida que lo que me aportaban los conocimientos que iba recogiendo y adquiriendo sobre su historia. Pensando en ello, recuerdo ahora la fotografía que hizo Marcel Duchamp cuando quiso enseñarnos cómo veía Barcelona, un escueto primer plano de una inmensa pared medianera.

Pronto comenzaron a venir los fotógrafos, Xavier Miserachs, Oriol Maspons, Colita, Massats, y escritores y poetas como Josep Elías, nieto del pintor Feliu Elías, y otra gente de teatro y de cine, ecologistas, bailarines y cantantes y toda clase de artistas que algunos llamaban misericordiosamente gente de mal vivir, siempre dispuestos a hablar, discutir o escuchar; mucho más tarde, ya al final de los sesenta, invitados por Federico Correa y Oriol Bohigas, que ya había recalado en Cadaqués un par de veranos antes con su numerosa, llegaron los arquitectos, Ricardo Bofill, Lluís Clotet y Òscar Tusquets, Lluís Domènech y Roser Amador y otros extranjeros invitados por ellos, o diseñadores, el rey de los cuales fue Enric Satué, editores como Beatriz de Moura, y mucha otra gente deliciosa que llegó siguiéndolos como siguen las gaviotas la estela de una barca.

Y nunca me olvido de esa mujer que brillaba con luz propia, aunque yo nunca la vi ni creo que la viera mucha gente, una mujer misteriosa a la que todos llamaban la señora Rosa, propietaria de la gran casa de las puntas, entre el Pianc y el Ros, que cada 30 de agosto, el día de santa Rosa era entonces (Juan XXIII no había iniciado aún su batería de reformas que auguraba el aire de renovación que le acompañó, o al menos en España lo único que llegó fue unos cambios en el Santoral: el día de santa Rosa pasó a celebrarse del 30 al 23 de agosto y el de santo Tomás del 7 de marzo al 28 de enero, y poca cosa más), ofrecía al pueblo una noche de fuegos artificiales que con un camino de luces y estrellas recorrían el firmamento atravesando la bahía.

Mi peculiar patriotismo

No soy persona que tenga tendencia a sentir el orgullo de pertenecer a un país, una ciudad, una asociación o una religión, aunque puedo vivir feliz en todas partes sin echar de menos otros lugares donde haya vivido anteriormente ni a otras gentes, pero en Cadaqués me encontré en mi casa desde el primer día sin necesidad de preguntarme si lo sentía tan mío como si de verdad hubiera nacido allí y hubiera heredado su ancestral sentido del humor y su forma de entender el mundo. Así lo pienso ahora, aunque soy consciente de que la memoria como el tiempo lo cambia todo incluso lo que prevalece en el interior de nosotros mismos, y aquello que habría dado garantía de normalidad a nuestra presencia en un lugar o en otro, o la forma de preguntarnos por nuestra vinculación con la escalera de vecinos, el barrio, el pueblo o la ciudad si alguna vez hubiéramos echado mano de ellas para saber en qué punto estábamos los que nunca nos sentíamos del todo en casa en ningún lugar por muchos que hubiéramos visitado y muchos donde hubiéramos vivido. En cambio, el paisaje que conocimos, como el peculiar horizonte que forma la gente de un pueblo, cargada de una identidad bien visible, esto no parece haber cambiado ni haberse transformado demasiado, o será que me lo parece porque toda esta gente que he citado y algunos más que he olvidado formaban la casi totalidad del pueblo en el que yo tenía mi papel, me sentí a gusto y nunca encontré a nadie que me discutiera el privilegio que me había caído del cielo.

Ya se entiende que por más vieja que fuera nuestra casa, tan alejada de cualquier reforma, por más descolorido que estuviera el azul de la madera y destrozado hasta convertirse en polvo el suelo de tobas, nos sentíamos en el paraíso. Por la mañana salía al balcón y llamaba a los niños, que desde primeras horas estaban en el mar y no paraban de subir a las rocas para lanzarse al agua chillando y dando increíbles saltos en el aire, para que subieran a desayunar. Y cuando llegaron los tres pequeños era emocionante ver cómo casi sin saber caminar ya nadaban y emulando a sus hermanos mayores intentaban gatear reptando por las rocas rugosas y oscuras, indiferentes a sus

huecos y aristas que los dejaban llenos de arañazos. Y con ellos íbamos también a buscar la barca que habíamos alquilado y un par de años más tarde, Lo Steddazzu, la barca que había hecho un calafate de Tarragona —amigo de Carlos Barral—, que provocaba toda clase de bromas y burlas en los pescadores, pues era de proa más levantada y de manga más estrecha que las que ellos estaban acostumbrados a ver y utilizar, y tenía pintado de verde en la proa un espacio triangular que partía de borda y se deslizaba en diagonal hasta el punto más inferior de la roda, una forma de pintar las barcas que en Tarragona llaman o llamaban *bigoti*, aunque ahora mismo no sé si así es como llamaban los pescadores de Cadaqués a mi barca para hacerme rabiar, porque para ellos era como un objeto extraño al que miraban como si fuera un ultraje a este tramo del norte del Mediterráneo. Esperando el momento de salir al mar la amarrábamos a un tablón de madera sostenido sobre pilares de cemento clavados en las piedras bajo el agua, el cual hacía de pequeño embarcadero.

Un cop de tramuntana

Un golpe de tramontana, decían los lugareños para explicar los descalabros con que nos encontrábamos cuando volvíamos a Cadaqués después de los meses de invierno, ya fuera el destrozo de una cala por el temido viento de Levante o la muerte de un pescador o la de un tendero suicida. Y debía de ser así por esa tendencia a considerar normal la mayor desgracia y ver el propio fin como la solución a todos los males. En cualquier conversación era visible la normalidad con que se abordaban hechos relacionados con el deterioro inevitable y el fin de la vida se eligiera o no. Recuerdo un día que yendo al pueblo con un albañil que había venido a arreglar una puerta que al cerrarse por un golpe de viento se había llevado media pared me dijo de pronto, mirando un olivo viejo y ya casi sin más arboladura que su propio y poderoso esqueleto, ¡Qué árbol más bonito para colgarse!

Una variación de esta muerte deseada es la que eligió el llamado Pepet de cal Sevi, un personaje insólito como lo eran todos, cada uno a su manera en aquellos tiempos, como si el hecho de haber permanecido tan apartados de ciudades y pueblos con los que sólo se podían comunicar por mar ya que no hubo carretera hacia el interior hasta principios del siglo xx, les hubiera impreso en el carácter una forma de ser distinta de los que vivían cerca en la distancia, aunque lejos en el tiempo. Habían vivido aislados durante siglos gobernándose a sí mismos en solitario según un privilegio concedido por los distintos reyes de España a cambio de que se defendieran solos de los ataques de los piratas. Pepet de cal Sevi era dueño de una tienda en una calleja que sube hacia la iglesia. Lo conocí un día que fui a comprar cinta azul para poner los regalos de cumpleaños de David atados a una cartulina con su nombre, y él me sacó una pequeña pieza dándome el precio por metro. Era tan barato que como iba a necesitar muchas tiras le dije, ¿Sabe? Creo que me voy a quedar con toda la pieza.

No, la pieza entera no se la puedo dar, dijo tajante.

¿Por qué no?

Mire, respondió en un tono que exigía atención. Esta pieza si se la doy me quedo sin y tengo que ir a Figueras a comprar otra. En

cambio, bien administrada, es una pieza que me puede durar todo el verano.

Este hombre, que lo mismo vendía bombillas que clavos o cintas y todo con la misma dedicación, una vez se hubo puesto el abrigo y el sombrero o la boina y la bufanda, subió lentamente las escaleras, ató una cuerda a una viga del sobrado de su estrecha vivienda y saltó desde allí una noche de invierno de feroz tramontana que dio paso a una nevada que dejó el pueblo más blanco aún, fenómeno extraño que ocurre dos o tres veces cada siglo. Tenía más de setenta años y se suicidó por amor, decían en el pueblo. Pero no para el Pere del Marítim que levantando la voz sobre la imparable máquina de los expresos sentenció, Es *un cop de tramuntana*. Eso dijo cuando fui unas semanas más tarde y la gente aún hablaba de este suceso que revolucionó al pueblo entero, no por la muerte de Pepet, sino porque desde siempre había sido un pueblo laico y en lucha abierta con el cura Mosén Ceferino, el que tocaba las piernas a las mujeres y echaba botellas vacías a las primeras extranjeras en bikini que llegaron para pervertir al pueblo, según solía decir en los sermones, porque se negó a enterrar al suicida en el cementerio católico. Muchos años después escribí un cuento que, con el título de *La nevada*, formó parte del libro de cuentos *Pobre Corazón*. Pero aunque tanto el cura como el Pepet de cal Sevi seguían manteniendo con su forma de actuar esta identidad que tan bien los definía, el cuento lo escribí muchos años después de que ocurrieran los hechos, cuando yo ya me había convertido en escritora.

Lo Steddazzu

Fue al cabo de tres o cuatro años cuando conseguimos tener esa barca que provocaba tantas burlas. Cuando se lo conté a Carlos respondió mordaz, Bah…, qué se puede esperar de unos pescadores que se hacen a la mar con paraguas.

No sé de dónde sacó lo de los paraguas, tal vez del mismo saco donde duermen mil anécdotas de Cadaqués, como la historia de otro pescador que corría por el pueblo que nunca salía a pescar, sino que se pasaba la mañana sentado en el Portalet, donde algunas mujeres vendían verduras y los chicos, como más tarde harían los míos, los peces que habían conseguido pescar al amanecer con el volantín, y cuando alguien le preguntaba por qué no iba a trabajar, a pescar que era lo suyo, respondía, «*Si treballi sui, si sui m'encostipi i encara hi surti perdent*» ('Si trabajo sudo, si sudo me acatarro y aún salgo perdiendo').

A nuestra barca le pusimos Lo Steddazzu, que en siciliano significa 'estrella azul' y es el título de un poema de Pavese de versos emocionantes,

> *Non c'è cosa più amara che l'alba di un giorno in cui nulla accadrà. Non c'è cosa più amara che l'inutilità. Pende stanca nel cielo una stella verdognola…*

Fue Joan Ferraté, el hermano de Gabriel, que escribía su apellido de forma distinta porque ambos sostenían que su apellido era correcto de la forma que cada cual había elegido, por lo que nunca lograron ponerse de acuerdo ni cambiar de opinión. Fue pues Joan, que había vuelto de sus largos años de profesor en Canadá, quien me ayudó a buscar unas letras romanas como las que yo había visto y fotografiado en la tumba de un cementerio en Sicilia que cobijaba el cuerpo de un hombre llamado Omedes, el apellido de Eduard, mi marido, que fueron las que ostentó siempre la popa de mi preciosa barca Lo Steddazzu.

Por la mañana antes de salir a navegar para pasar el día en una cala lejana, o cuando al amanecer nos íbamos los hijos y yo a pescar, o

algunos amigos que no le tenían miedo al madrugón, la dejábamos amarrada en aquellas dos largas vigas que nos servían de muelle. Desde la casa veíamos la salida del sol y por la noche nos dormíamos con el murmullo de las leves olas que entraban suavemente en la cala y se arrastraban haciendo su peculiar música de ida y retroceso sobre los pocos y hermosos guijarros que iban quedando, los únicos redondos de todas las calas de Cadaqués cubiertas de piedras grises y planas porque, según decían y repetían los pescadores del Marítim a voces como si nadie lo supiera, los propietarios de las primeras casas que se remodelaron montaña arriba iban ellos mismos o enviaban a alguien a Sa Cueta para que las cargaran y llevara a sus hermosos jardines esos guijarros que traían como lastre los barcos italianos y soltaban en la playa de Sa Cueta para cargar en su lugar el aceite que se guardaba en nuestra cava.

En Cadaqués había pocos turistas propiamente dichos, y las fiestas o los cócteles que organizaban los extranjeros y sobre todo Federico Correa el día de su santo, que para mayor y curiosa casualidad era el 18 de julio, se celebraban en casas abiertas sin preocuparse demasiado de si se conocía o no a la gente que reunía. Al contrario, más bien nos gustaba y nos daba la medida del éxito. Recuerdo que un día de su santo, Federico Correa se dio cuenta a media fiesta de que alguien se le había llevado una caja entera de botellas de *whisky* que había dejado en la calle, alfombrada y con cojines en el suelo. Como entraban y salían a primera hora algunos servicios de comida y bebida y hielo que Federico había pedido, nadie se dio cuenta. Recuerdo la frase que dijo entonces Federico cuando pidió a la gente que dejara de buscar y de preocuparse, Sí, alguien ha venido y se ha llevado doce botellas de *whisky*, es el precio que pago por darme el lujo y la inmensa satisfacción de tener mi casa realmente abierta, no sólo porque abierta queda hasta el fin la puerta, sino porque es sincera la bienvenida con que recibo a todo el que quisiera entrar.

Esta forma de ser que Federico bordaba comenzaba a ser muy común entre nosotros, los que nos encontrábamos en Cadaqués en verano y que luego nos seguiríamos viendo en Barcelona, igual que los que estaban en Calella o en Begur. No obstante, no se limitaba a los que conocíamos, sino que iba mucho más allá. Era un ansia de vivir mejor, más confiados, menos amenazados o ultrajados o constreñidos, más libres de ancestrales y presentes cadenas o ataduras, fueran políticas, sociales o familiares, de disfrutar de la vida… Sobre todo de disfrutar de la vida. A todos nos llegaba el eslogan americano, «Haz el amor, no la guerra», que daba preponderancia a la vida, no la vida eterna que nos habían prometido y por la que se nos limitaba la

libertad, el instinto, la voluntad, y todo en ella. Fue el momento de un optimismo en las propias facultades que se extendía de California a Londres y que a nosotros nos llegó también aunque más apagado, más borroso, y lo convertimos en nuestra propia forma de protestar, de deshacernos de cargas inútiles, y las mujeres comenzamos a hacernos dueñas de nuestra propia vida y de nuestro propio cuerpo, que nunca nos había pertenecido. Este movimiento que no se redujo a un grupo cerrado ni mucho menos fue lo que más tarde, cuando todo había pasado, Joan de Sagarra bautizaría con el nombre de *la gauche divine,* que tantos quisieron definir y tan pocos acertaron, porque contra lo que pensaban había muy poco que conocer que no estuviera a la vista en el mundo entero. Nos habían educado asegurándonos, por ejemplo, que para que un amor fuera verdadero tenía que ser único y eterno, y descubrimos pasmados que no era en absoluto así, y que las condiciones tan difíciles e inútiles que se le exigían al amor, para dejar de ser la consecuencia de un instinto natural, no eran más que convenciones y preceptos que se nos habían impuesto desde los tiempos oscuros del aprendizaje que recibimos del poder. Y al derrumbarse estas condiciones de perfección en una época en la que no había divorcio, lo hicieron con ella el sentido que tenía el amor y la fidelidad, el placer, la culpa, el remordimiento y el establecimiento de otras formas de mantener relaciones que, salvando los escollos de unas leyes jurídicas y sociales muy duras y muy sombrías como eran las católicas, con consecuencias dolorosas y difíciles sobre todo para la mujer, adquirieron una nueva identidad, no sólo en el terreno sexual, sino también en el político y fundamentalmente, para muchos que no habían perdido la fe, en el religioso, es decir, en lo trascendental.

Las únicas características de este movimiento, por llamarlo de algún modo, que no grupo, en la Barcelona que yo conocí fueron un profundo antifranquismo en todos los órdenes de la vida y de la política que no siempre iba acompañado de la pertenencia a un partido político clandestino, limitándonos a ser, como muchos, compañeros de viaje; un antifranquismo que formaba parte de nosotros como la defensa de la vida de la ciudad enfrentada a la utopía de vivir en el campo, la vocación irreemplazable del trabajo que cada cual había elegido y el anhelo siempre presente de conocer lo que ocurría más allá de nuestras altas fronteras.

Vivíamos entregados a nuestra profesión más por puro placer que por emular resultados económicos o conseguir éxito y dinero, escritura, edición, música, pintura, diseño, fotografía…, y exigíamos, nos exigíamos, conocer en qué momento de su desarrollo creativo se encontraban los artistas de Europa de la que se nos tuvo durante tanto

tiempo alejados, con los que poco a poco llegamos a conectar y a establecer lazos importantes y duraderos. Y finalmente nos declaramos defensores de la igualdad, convencidos de que todos nacíamos libres e iguales en dignidad y derechos según la Declaración Universal de los Derechos Humanos, y con ello la búsqueda de la felicidad que ansiábamos en todas sus facetas incluidas las más frívolas porque, podrá parecer una veleidad, pero veníamos de un mundo donde la búsqueda de la felicidad era el origen de todos los males si no partía del ámbito de la trascendencia.

Otro difícil cambio de rumbo

A estas alturas Eduard y yo ya estábamos de hecho separados, nuestros caminos se habían ido alejando cada vez más hasta el punto de que a veces parecíamos dos desconocidos. Nada grave parecía al principio, pero las situaciones que tanto él como yo creábamos disimulando lo que ocurría o intentando pasar por alto una diferencia más, fueron instalándose cada vez más en su disfraz definitorio que acabó convirtiéndose en real.

No fue una separación administrativa ni legal, sino un acuerdo entre nosotros que aparte de lo que nos afectaba a los dos no tuvo mayores consecuencias en nuestra numerosa familia.

¿Ya has decidido a dónde vas a ir a vivir? fue la primera pregunta de Eduard cuando tras una larga conversación quedó claro que la separación era para mí la única solución.

Yo no me voy a ningún sitio, contesté sorprendida.

Eduard se quedó un momento en silencio. Bueno, dijo con suavidad, es que yo tampoco me quiero ir.

Yo, intenté explicarme, no me puedo ir, ya lo sabes.

Lo sé, lo sé, dijo como concentrado en sus propios pensamientos.

Había paz en la casa, los pequeños dormían la siesta y los mayores estaban en el colegio. Desde lejos nos llegaba el ruido de la cocina donde Alfonsa se afanaba en acabar deprisa porque era su día de fiesta y había comenzado a ir a una escuela de mayores. Nosotros manteníamos el silencio aterrados los dos de que el otro nos hiciera hablar y explicarnos, porque los dos teníamos conciencia de que había poco que añadir, y de cómo y por qué habíamos llegado a este punto. Como si hubiera leído mi pensamiento, dijo él de pronto,

Rosa, yo no soy el que ha cambiado, yo soy el mismo que conociste, aquí la única que lo ha hecho has sido tú. Pero no había reproche en su voz ni en el tono, sino un deseo de aclarar aún más lo que ya lo estaba, pensaba yo, como si de pronto se desentendiera de la solución que buscábamos y la dejara en mis manos.

Y volvió el silencio. Eduard se sirvió otra taza de café que convirtió en carajillo con un chorro de Magno, el coñac que tomaba siempre y

que se hizo famoso en la familia. Yo seguía callada esperando que hablara él y temiendo que una conversación en apariencia tan sosegada, pero que ocultaba tanta tensión, estallara en cualquier momento y dejara de ser la que los dos queríamos que fuera, la de las dos personas civilizadas —decíamos— que los dos pretendíamos ser, que saben de qué están hablando y que lo único que pretenden es encontrar una salida.

Estábamos todavía en pleno franquismo, y tanto él como yo sabíamos lo que la separación suponía para la mujer: la pérdida de muchos de sus derechos, si es que en aquella época se podían llamar así, es decir, la pérdida de los hijos sobre todo y quedar sumida en una marginación social que aunque no fuera oficial de hecho así se producía. Eduard lo entendía tan bien como yo, así que decidimos vivir separados pero en familia porque ni él ni yo queríamos perder la vida cotidiana con los hijos, ni él quería hacerme daño. Y así lo hicimos.

Nuestro plan de vida, con algunos tropiezos unas veces más serios y otras más como un desfogue de una situación que sólo a base de paciencia lográbamos suavizar la tensión, pero aun así funcionó, al menos respecto del objetivo que nos habíamos propuesto, es decir, nuestra vida de familia, que fue bastante feliz, no al estilo de las familias que conocíamos, sino a nuestro propio estilo, el que tuvimos que inventar porque no disponíamos de un modelo en el que mirarnos y con el que orientarnos. Hubo inconvenientes, es cierto, pero ventajas también porque nos vimos obligados a repensar en qué queríamos basar nuestra convivencia y la nuestra con los hijos, que fuimos aprendiendo y eligiendo en largas y pacíficas discusiones sobre hechos y problemas de cuya solución no nos quedó más remedio que apartar el modelo de una vida de familia normal. A pesar de ello, los hijos crecieron en un ambiente de paz, de cordialidad y de fiesta por decirlo así porque en fiesta convertíamos no sólo cumpleaños y fines de colegio, sino vacaciones, aniversarios, llegadas de amigos y cualquier acontecimiento que se prestara a ello, una costumbre que han conservado hoy aquellos niños que ya son señores, mucho mayores de lo que yo era entonces. Compartimos con ellos el mar y las excursiones, el esquí y los amigos, las ideas, el compromiso y el entusiasmo por la victoria de un político que nos parecía inteligente y honesto. David, que a sus diez años era tan comprometido como se puede ser a esta edad, compartía su entusiasmo y admiración entre Nadia Comaneci, de la que se había enamorado perdidamente, y Salvador Allende, al que veneraba. Y cuando Allende fue derribado por Pinochet y la ayuda que le prestaron los Estados Unidos, fue difícil

consolarlo. Un día habían llegado a casa Lucho y su mujer, dos chilenos huidos del país a la espera de que les diera destino en Europa una organización a la que ellos pertenecían y para la que yo trabajaba. Cuando David llegó del colegio yo se los presenté y él, triste como se quedó al conocer testigos de la tragedia, se dio la vuelta y yendo al tocadiscos puso *Compagno Presidente*, un disco con canciones e himnos que cantaban en Chile los partidarios de Allende que yo le había traído de Italia. «Venceremos, venceremos, mis cadenas habrá que romper, venceremos…», la preciosa canción revolucionaria que nosotros sabíamos de memoria porque David la ponía día y noche cuando aún vivía el presidente; sonaba mientras él, de espaldas a Lucho y a su mujer, lloraba silenciosamente. ¿Así son todos los niños españoles?, preguntó emocionado el chileno. No sé, respondí yo, pero no creo.

Sí, el compromiso era una cuestión compartida, yo contaba lo que sabía y ellos preguntaban lo que muchas veces ni yo ni su padre podíamos responder. Y a veces, como en este emocionante caso, nos enseñaban lo que era la sinceridad, por más niños que fueran.

He dicho alguna vez, y creo que es cierto, que yo tuve que aprender a educarlos en los valores en los que creía al mismo tiempo que me educaba a mí misma en estos mismos valores fundamentales que iba descubriendo y haciendo míos, nuestros, como la libertad, la solidaridad, la lucidez frente a un mundo que cada día pretendía convertirnos en más obedientes, crédulos y en consecuencia manipulables, en el valor de la protesta y el compromiso con la vida que intentaba infundirles a mi modo y a su manera, por más pequeños que fueran y con más entusiasmo a medida que crecía mi convicción.

Recuerdo el día en que ya habíamos cenado y estaban todos en la cama y yo, ya en la puerta de casa, me disponía a irme con unos amigos o a verlos en Boccaccio que estaba muy cerca de casa y donde me dejaba caer después de la cena segura de que siempre encontraría a alguien, habría alguna discusión o debate al que juntarme o simplemente charlar con alguien. De repente Eduard, el mayor de los niños que debía de tener siete u ocho años, vino llorando a pedirme que no me fuera, que quería que me quedara.

Eduard, ya hemos cenado, estáis en la cama y yo tengo que irme.

Pero ¿por qué?, esto es lo que quiero saber.

Porque es vuestra hora de dormir y yo he quedado con amigos.

Yo quiero que te quedes.

Pues no me quedaré, Eduard.

¿Por qué no te quedarás si te lo pido yo?

Porque tú has de dormir, y porque yo he decidido que puesto que

ya hemos cenado y os habéis acostado puedo hacerlo.

Pero ¿por qué?

Porque ya sabes que en esta casa todos intentamos ser libres, hacer lo que hemos decidido hacer.

Sí, tú tienes libertad, pero yo no la tengo.

Claro que la tienes, pero todavía no en la medida que la tendrás cuando seas mayor, para esto están los padres, para enseñarte a usarla y a tener cada vez más. Es lo mismo que si quisieras conducir un coche hoy: ahora no puedes aún porque tienes que aprender cosas que conocerás con los años y tienes que ser mayor. Es lo mismo, cuando sepas utilizar tu libertad, la tendrás toda, la utilizarás y a mí ya no me necesitarás.

Pero ¿por qué has elegido irte hoy precisamente?, intentó su última oportunidad.

No lo sé, lo único que sé es que si hoy renunciara a lo que he decidido hacer, no habiendo ningún impedimento real, yo habría renunciado un poco, sólo un poco, a ser libre y si yo renuncio a ser libre, tú nunca aprenderás a serlo.

Se fue a la cama y yo lo seguí de lejos viendo cómo se le había quedado una expresión concentrada, como si quisiera entender el misterio que encerraban mis palabras.

Así es como fueron haciéndose mayores los hijos y nosotros aprendimos a controlar y a compartir con ellos aquella situación insólita en la que vivíamos, a la que por cierto se acostumbraron y aceptaron con muchísima más facilidad que nosotros dos. Pero de vez en cuando nos acosaban las dudas y no veíamos cómo la solución que habíamos encontrado fuera a dar resultado. Hasta que un día nos llevamos una sorpresa que nos llenó de emoción y de seguridad en nosotros mismos. Era domingo y habíamos acabado de cenar, un poco tarde porque Eduard había ido a acompañar a una amiga de Anna, nuestra segunda hija, que había pasado el fin de semana con nosotros. Dice Aurora, pongamos que se llamaba Aurora, que somos una familia divertida y feliz y que lo ha pasado muy bien con nosotros.

Eduard, que ese día no estaba de humor, respondió, Gracias, pero no sé cómo puede decir que somos una familia feliz si tu madre y yo nunca vamos juntos ni siquiera al cine.

Fue muy raro que se lamentara de este modo, no era su estilo ni lo utilizaba jamás.

Ah, no sé, replicó Anna, Yo tampoco voy al cine con mi hermano, pero ella no habló de mí ni de mi hermano ni de vosotros, ella se refería a la familia.

No había discusión entre nosotros sobre la educación de los hijos.

Aunque yo nunca se la pedí Eduard me daba carta blanca. Discutíamos a veces, pero en general siempre acabábamos poniéndonos de acuerdo. Otra cosa muy distinta fue cuando tuvimos que elegir el colegio de los niños y yo estaba decidida por el Liceo Francés. Siempre fui afrancesada, ese término tan común en nuestra historia, y creo que una de las alegrías más grandes en mi vida fue cuando recibí de la República Francesa el nombramiento de *Chevalier de la Légion d'Honneur* porque creo en la República Francesa, laica, democrática y social, y en sus valores, Libertad, Igualdad y Fraternidad, y me empeñé en que Eduard y Anna fueran al Liceo Francés, pero mi marido se puso terco con que era importante que fueran a una escuela del país, y no lo logré. Creo que de toda nuestra vida juntos, que fue muy larga, es lo único que no me concedió o que no conseguí, claro que yo no insistí lo que tengo por costumbre cuando deseo algo de verdad, porque sus hermanas, y supongo que esto también contó para él, habían fundado en Barcelona la Escuela Betania, muy superior desde todos los puntos de vista a las escuelas de entonces fueran públicas o privadas. La escuela no era laica ni mucho menos revolucionaria, pero sí vagamente seguidora sin saberlo ni desearlo ni conocer nombres y teorías de sus principios de la escuela moderna de Ferrer y Guardia y sus seguidores transmutados en unos principios religiosos con vocación de honestidad y de fidelidad a su historia evangélica —Dios mío, si me oyeran decir tal cosa se desmayarían— y de Celestin Freinet, el pedagogo francés, uno de los más importantes innovadores en la educación del siglo XX, en cuya escuela en Vence yo había pasado un tiempo cuando tenía cuatro años. Así quise y así quiero creerlo, porque de alguna manera estoy convencida de que todo lo que se crea, aunque luego venga alguien y lo destruya o desaparezca por sí mismo, pervive y permanece y se filtra en nuevas creaciones posteriores amparadas por el mismo deseo que acusa los cambios propios de otras épocas y de distintas circunstancias. Como la energía, que no se destruye sino que sólo se transforma.

No se me escapa que debimos cometer muchos errores juntos y separados, pero me consuela pensar que habríamos cometido la misma cantidad, aunque con otro orden, si hubiéramos permanecido juntos. Pero no se trataba de evitar errores, sino de ser felices en el constreñido espacio que las leyes nos permitían, consiguiendo los dos una parcela propia de autonomía que fue creciendo con los años sin que las dificultades inherentes a la solución que habíamos elegido lograran convertir los sentimientos y deseos, quizá desaparecidos, que nos habían hecho padres de cinco hijos, se convirtieran en acusaciones y odios como los que tantas veces se transmiten a los hijos. Y aunque

cada vez nuestros caminos parecían en teoría estar más distantes, el profundo interés que Eduard mostraba por cualquier idea nueva o nuevo proyecto o nuevos amigos que yo llevara a la conversación o directamente a casa daban a nuestra convivencia un nexo de unión que al menos, pensaba yo, entretenía las horas que estábamos juntos; asuntos políticos, por ejemplo, o sociales, o incluso intelectuales, formas nuevas de entender las relaciones y en fin todo lo que yo iba descubriendo y a su vez lo que él iba acumulando de argumentos a favor o en contra de aquellas ideas y comportamientos. Claro que había discusiones, pero a pesar de que alguna vez no debimos cumplir lo que nos habíamos propuesto, nunca fue en presencia de los hijos, no al menos discusiones que podrían devenir en violencias por más que nunca se acercaron a la violencia física, y la forma en que las evitábamos debió de crear en nosotros una incomodidad que sentíamos a medida que nos acercábamos a ellas, como un aviso para que nos detuviéramos. Bien es cierto que en contrapartida ni él ni yo encontramos a nadie con quien compartir otra nueva vida, al menos yo no, al menos al precio que habría tenido que pagar por ello.

Tal como habíamos establecido en los acuerdos iniciales, vivimos en este régimen hasta que los gemelos cumplieron dieciocho años, que coincidió con otro cambio en mi vida que me llevó a recorrer el mundo, apartada del ambiente familiar y de la vida de Barcelona que había sido la mía durante veinticinco años. A partir de entonces yo tuve mi propia casa y Eduard la suya, y los hijos a los que educamos en la importancia de una vida autónoma fueron consiguiendo los dos mayores mucho antes esa autonomía. Anna acabó la carrera de biología y se fue unos años a Aberistwith en el País de Gales a escribir su tesis sobre los titis Argntta Melanura, y Eduard acabó su carrera de económicas, aunque la abandonó y se dedicó a la fotografía; encontró pronto trabajo y se convirtió en un ser también autónomo. Todos fueron eligiendo su camino. Mariona se fue a Candem School of Arts de Londres a estudiar dibujo y pintura y de allí saltó al mundo de los audiovisuales. David partió hacia Nueva York en busca de la oportunidad que le mostrara cómo llegar a su verdadera vocación en el cine, ser director de fotografía. Y Loris renunció a la universidad el primer día que fue, convencido de que aquella vida, nunca nos dijo cómo la veía, no era para él. Tras unos meses de vagancia entró a trabajar en una película norteamericana como ayudante del ayudante del director de efectos especiales, pidió que le pagaran con el material y con ello fundó Defectos Especiales, y de ahí pasó a productor. Y así fue como cada uno desde la profesión que había elegido y yo libre ya de mis obligaciones con ellos, seguimos siendo fieles a nuestras

celebraciones, en las que sí hubo altibajos, pero no marginaciones ni quiebras, como si nosotros dos hubiéramos compartido y ellos heredado la facultad de sumar en lugar de la torpeza de dividir.

Quién soy yo

Cuando me puse a pensar cómo plantear esta tercera entrega de mi historia personal o, mejor aún, de mis recuerdos, se me ocurrió comenzarlas, como había hecho Robert Graves en su espléndido libro *Goodbye to all that,* definiéndome, describiendo cómo era, en parte porque era una bonita y fácil forma de comenzar y en parte como homenaje a un autor que había conocido en Deià dos o tres años antes de su muerte, cuyos libros siempre he leído, releído y disfrutado. Pero pronto me di cuenta de que no tendría el menor sentido porque en aquel año que fui a la universidad no sabía aún a ciencia cierta quién era yo y, de hecho, no fue hasta el final del periodo que acabo de describir, con la universidad y mi primer trabajo a cuestas, cuando comencé a entenderlo vagamente y a sospechar el porqué de mis decisiones, obsesiones y movimientos. Del mismo modo que viajar nos da un conocimiento de nosotros mismos al margen de la rutina y la costumbre en la que vivimos y nos conocemos, y por supuesto más allá de lo que visitamos y descubrimos, el estudio y el trabajo, si se hace con voluntad y convicción, nos adentran de tal modo en nuestro propio interior que la extraña visión que adquirimos desde ese centro de nuestro ser nos va desvelando sin demasiado esfuerzo la persona que somos, la que fuimos, en la que nos hemos convertido y a grandes rasgos en la que acabaremos siendo. Estoy convencida de ello, o por lo menos lo estaba cuando una vez acabado aquel desastre de Seix Barral, me puse a pensar en lo que haría ahora que tenía de nuevo el camino libre y el espíritu sin trabas, y creo que me animaba igual convicción cuando, sorprendida por mi descubrimiento, me atreví a reducir a mis gustos más elementales la inacabable ristra de ideas y creencias que, pensé, podrían explicarme. Fue entonces cuando escribí esta definición de mí misma aparecida años más tarde en el periódico *ABC* que, creo, sigue siendo vigente hoy y parece resistir bien al paso del tiempo:

> ¿Quién soy yo? ¿Cómo soy? ¿Acaso no somos lo que los demás ven en nosotros, esa amalgama que arrastramos toda la vida sin saber

nunca en qué consiste? Son los demás los que nos forman y nos conforman, los que sostienen nuestra imagen: con ellos vivimos y somos, y con ellos moriremos cuando mueran, o desapareceremos cuando su memoria se desvanezca o nos alcance su desprecio. Pero aun así, me niego a rendirme a la evidencia y quiero creer que sé quién soy y cómo soy.

Sé que soy pelirroja y mido un metro setenta, que tengo los ojos claros y la piel de lagartija, que jamás llevo anillos ni etiquetas, que me encantan los sombreros. Sé que me gusta beber y bailar y que mi expectación no tiene límites. Tampoco mi irritabilidad, tan intensa a veces como el temblor ante lo que amo. Sé defender una forma de vivir, de pensar y de ser, pero no creo en los valores universales y eternos, ni en la moral natural, ni le veo el sentido a perder la vida por Dios, la patria o el deber u otras formas más modernas de dominar las conciencias. Pertenezco a la reserva de quienes sólo izarían banderas si estuvieran prohibidas, y sin embargo tengo la lágrima fácil y cualquier gesta intrascendente, cualquier estúpida heroicidad me hace llorar. Me merecen respeto muy pocas personas, admiración bastantes y ternura la mayoría. Desprecio a los traidorzuelos, a los vanidosos, a los fatuos, a los dogmáticos. El mundo me desconcierta porque no sé qué puedo hacer por paliar tanto doblez y tanto dolor y porque cada vez queda menos espacio para la libertad. No me da miedo la oscuridad, pero sí las multitudes. Detesto el acordeón y el doblaje; soy intransigente y vulnerable; me gustan el desierto y la selva, los canales y el mar, la lluvia y la sequía, el frío y el calor, la música de cámara, la ciudad, las sábanas de hilo, las moras negras y el arroz a banda. Me emocionan más los árboles que los gatos. Anhelo igualmente la fiesta y el silencio. Me enternecen los susurros y me abruman los lamentos. Arrastro como todos mi pasado y sé que el día de mañana ya es hoy. No recuerdo haberme aburrido jamás quizá porque busco en el exceso la solución a las causas imposibles. Y sólo quisiera volver a los veinte años para andar día y noche en minifalda.

Aquí no constan, claro que no, los aspectos inconfesables de mi carácter que fui descubriendo y aceptando con los años, como el desbordante y perfeccionista afán que me acomete de acabar lo comenzado aunque haya descubierto a mitad de camino que ya no me interesa. Lo mismo en tono menor que me ocurre cuando habiendo comprado una bolsa de pipas o peladillas compruebo de pronto que no me apetecen y aun así soy incapaz de dejar de comerlas con fervor

hasta que he acabado la bolsa. O la imposibilidad de ponerme a escribir o a hacer cualquier otra cosa que me haya propuesto sin que tenga ordenados la mesa, la habitación o el armario, hasta el punto de que ni un solo lápiz, que por otra parte apenas uso, deje de tener la punta perfectamente afilada. O más aún, esos esporádicos y pasajeros ataques de desesperación y malhumor en los que todo se hunde en mi interior y a mi alrededor cuando creo que consigo ver el mundo y el género humano en él, yo incluida, tal como somos, y me doy cuenta de que no podré soportarlo.

Pero incluso con estas últimas confesiones olvido la parte más profunda de mi manera de ser, la que ha concitado más mi atención, la que no se corresponde a las cualidades que recibimos al nacer, sino al modo como las transforman las circunstancias en buena parte imprevistas que surgen con la vida o incluso los cambios que trae consigo el inexorable paso del tiempo.

En aquel momento de la debacle de Seix Barral, cuando se volatilizó el equipo de Carlos que emprendió como pudo su nueva aventura, la pequeña editorial Barral Editores, yo me quedé como muchos otros sin trabajo y, lo que es peor, sin horizonte, porque de hecho todo había sido tan rápido y con una resolución judicial tan rotunda y tan contraria a nuestros intereses y convicciones que cuando me quise dar cuenta me encontré ante el vacío. Y al reparar en el bagaje con el que contaba para continuar me percaté, aunque vagamente, de lo anodino que había sido el conocimiento adquirido en la universidad y el poco tiempo que había tenido para extraer una sólida experiencia de mis años en Seix Barral. Sí, ya sé que para lo que aprendíamos en aquellos programas escolares o universitarios no era motivo de queja, pero comprendí qué poco se nos había ayudado a desarrollar nuestra mente filosófica y en cambio con cuánta pasión se nos hizo aprender una inacabable lista de nombres, fechas, títulos y adjetivos que acabaron siendo la única y válida definición de cualquier proceso creativo. Al menos eso me había ocurrido a mí, tengo que reconocer que otros compañeros de curso como Victoria Camps, por ejemplo, sí habían sabido concitar sus pensamientos con los de los filósofos que estudiábamos, pero yo no. Pero aquella duda sobre lo que de verdad era la filosofía tomó cuerpo en mi mente ante la decisión que tendría que tomar para continuar el camino profesional que había iniciado y así, por primera vez, intenté y logré definir lo que a mi modo de comprender la vida y sus conflictos, era la filosofía: un afán de dar respuesta a las preguntas que nos surgen, no porque sean importantes o no lo sean, sino porque nacen con y por los conflictos y contradicciones que van apareciendo a medida que

vivimos, que se convierten en obsesiones, y un día nos parece del todo imposible encontrar la respuesta y al siguiente estamos convencidos de que ya la estamos tocando, cambios que se van repitiendo y gastando y oscureciendo y acaban por desaparecer, no porque nos haya defraudado, no encontrarle salida, sino porque nuevos conflictos han chocado con aquellas preguntas transformándolas, igual que nos vamos transformado nosotros de conflicto en conflicto, y con nosotros nuestras ideas, nuestra forma de pensar y de decidir, nuestra forma de vivir.

Curiosamente fue ante mi primer conflicto profesional y vital grave cuando sin saberlo aún comencé a filosofar, dando a la palabra su sentido más elemental y verdadero, y quizá fue así para defenderme del desaliento y la amargura que suponía el fin de aquella primera aventura profesional, o precisamente porque iniciaba sin saberlo el aprendizaje de la decepción, o más probablemente aún, porque a mis treinta y seis años debí de darme cuenta de cómo afectaba a mi cuerpo y a mi alma el paso del tiempo, que todo lo estropea y lo acaba fundiendo en la nada, un pensamiento que me había preocupado, pero jamás había sentido tan referido a mí como entonces.

Al acabar el ciclo de la editorial y una vez fuimos todos despedidos, un grupo de amigos organizó en El Sot, un lugar de copas en la calle Diputación, una reunión multitudinaria para homenajear a Carlos y a su equipo, que habíamos sido tan injustamente tratados por la Justicia que nos había ninguneado a conciencia, aunque visto desde hoy, me cuesta comprender cómo nos indignamos tanto si estábamos acostumbrados a la actuación de la Judicatura católica y franquista en la que habíamos crecido, que no cesaba de sentenciar al modo del dictador. Pero como bien sabemos, la sangre de los otros no duele, por lo menos no tanto como duele la propia, y nos sentíamos hundidos y descorazonados mientras poco a poco la presencia de decenas de amigos y conocidos fue llenando el local, suavizando el desencanto con sus palabras, los cientos de telegramas que se recibieron de todo el mundo que provocaban aplausos y alegrías, y supongo que también por las copas que nos íbamos tomando, que todo ayuda.

Al día siguiente, tuve la impresión de que se había producido en nosotros y en la sociedad un corte de unas dimensiones todavía incalculable, o tal vez fue la resaca que me mostró el paisaje desolado que me encontré al despertar, sin tener que acudir al trabajo, y desaparecida aquella vida diaria sumergida en la literatura y en un compromiso con la profesión que no he vuelto a compartir, como si la

hermosa y prolongada reunión de amigos, que tanto consuelo nos había deparado la noche anterior como un colofón a los pasados años de fiesta, hubiera ocurrido hacía infinidad de tiempo y yo la contemplara como contemplamos un recuerdo muy querido pero muy lejano, más o menos como lo veo y lo recuerdo ahora.

Lo cierto es, sin embargo, que mi capacidad para hacer frente a los desastres siendo poderosa tiene poco que ver con mi fortaleza o mi inteligencia, es algo original y extraño que siento en mi interior, cuando las cosas van mal, que me hace reaccionar, imaginar y fabular sobre lo más elemental y lo más profundo, sobre lo que vivo a diario y lo que sólo en la teoría me angustia, y creo recordar que fue aquella vez cuando, ante la evidencia de cuán lejos iba quedando lo que tanto había amado y disfrutado, me dio por pensar obsesivamente en el paso del tiempo, empeñada en buscar y encontrar una nueva forma de vivirlo que me alejara de tanta amargura e incomprensión y me diera la distancia necesaria para comprenderlo.

El paso del tiempo

Así fue como hice mía una visión del tiempo con la que he aprendido a vivir. Me refugié en la convicción de que su transcurrir inexorable debía tener otras formas de verlo, con más sentido, más alejada del orden convencional con que lo hemos conocido, y deseché contemplarlo como una sucesión de pasado, presente y futuro, de tal modo que visto así, alejado de sí mismo, todo pasado transcurría en el presente más inmediato y quedaba despojado de la angustia que nos produce su paso y su inevitable desaparición. Así, con tan simple sabiduría, me había hecho comprender el director del Museo Arqueológico de Damasco cómo vivimos el paso del tiempo, cuando en 1993, tras una larga y hermosa visita a las maravillas de hace veinte o treinta siglos que albergaban aquellas salas —que hoy, por la codicia de los modernos imperios, se habrán convertido en cascotes— me acompañó a la puerta de salida y me dijo, Adiós, y que sea feliz con su trabajo, el trabajo, no lo olvide, no es un castigo de Dios, sino un regalo que nos hace para que no nos enloquezca el paso del tiempo.

Y ahora mismo constato que poco importa que lo que pensaba entonces no haya podido o sabido plasmarlo en palabras hasta al cabo de mucho tiempo, porque de hecho, con esta nueva mirada al tiempo, que en mi inocencia consideraba nuevo y seguro, pasado y presente transcurren en el mismo momento que lo pienso. Algo parecido a lo que nos contaban en el colegio para hacernos entender lo que era la eternidad, todo tiempo fundido en este único instante del presente que convierte a Dios en omnisciente.

Y es que de todos modos algo hay que hacer, debí de pensar entonces, porque otra parte de mí reclamaba otra actitud, otra reacción, consciente quizá por primera vez de que el ser humano tiene cientos de formas de ser y reaccionar, a veces incluso contradictorias, lo que explicaría el afán por superar esta etapa, que al mismo tiempo vivía con tanta amargura y, en definitiva, la multitud de vocaciones que, encadenadas unas a otras, iban surgiendo en mi vida.

La vida es demasiado corta para hacer todas las cosas que a uno se le ocurren y el tiempo pasa demasiado deprisa para poder construir con cierta consistencia las distintas imágenes que nos gustaría atribuirnos y las biografías que quisiéramos protagonizar. Así, aun queriéndolo, nos damos cuenta de que es difícil ser en una sola vida estudiante en una universidad americana, madre de varios hijos, joven y feliz en la ciudad en que nacimos, antropóloga en activo que viaja por el mundo y mujer que trabaja y vive sola en una ciudad centroeuropea, por no citar más que las situaciones que se refieren al lugar de residencia. Para contrarrestar un poco tanta dificultad, las personas que así sentimos tenemos tendencia a coger al vuelo las oportunidades o sugerencias que nos permitan cambiar el camino que tenemos delante. Quizá nuestros objetivos no son tan sólidos como los llamados «vocacionales», pero en cambio son más numerosos. Nos gusta trabajar en cosas dispares y aprovechamos cualquier ocasión para conocer por dentro otros ambientes y otros mundos profesionales. En general, esta es una faceta poco prestigiosa y aun menos propicia a la promoción y al ascenso en el mundo unidimensional en que nos movemos, y las opiniones más extendidas nos tachan de poco constantes porque tenemos varias cosas entre manos al mismo tiempo, de indisciplinados porque adquirimos pronto la facultad de no someternos a un reglamento único y de poco profundos porque nos entregamos en cuerpo y alma a más de un trabajo, lugar de residencia, religión, ideología o persona a la vez. Es muy posible que no hagamos carrera, porque nuestra ambición es de otro orden, pero en contrapartida somos en general personas disponibles, abiertas al imprevisto y que con los años desarrollamos una serie de recursos que mitigan o borran los miedos a la incertidumbre, al fracaso y al vacío.

Curiosamente a las personas así las oportunidades no nos faltan…

(Del prólogo a *Ginebra,* 1997, mi primer libro)

Los amigos que mitigan o borran los miedos a la incertidumbre, al fracaso y al vacío

Es cierto, y así es en mi caso al menos, y a ellos los incluyo en los sucesos imprevistos y a las sorprendentes oportunidades que se nos presentan. Y si el descubrimiento que significó hacer amigos y conservarlos fue una grata experiencia que arrastró nuevos ambientes y paisajes distintos, acumularlos no supuso debilitamiento ni perderlos adentrarme en el desierto.

En el punto de mi historia que estoy narrando, mi mundo estaba lleno de amigos. Aún no había flaqueado mi confianza en muchos de ellos ni habían desaparecido algunos de los que he recordado y ya se vislumbraban en el horizonte otros que acabarían siendo fundamentales para fortalecer el bastión desde el que en buena parte he defendido mi vida, el ámbito mágico donde todos ellos fueron y son una prolongación de la primera línea en la que siempre estuvieron mis hermanos, después mis hijos y sus propios hijos, sus parejas y las mías, las que son y las que fueron y mis padres, formando todos parte del clan solitario que creamos en la infancia los cuatro hermanos, frente al mundo que creíamos entonces, para compensar así nuestra larga y desolada soledad. La soledad pasó, pero quedó el clan y su recuerdo, que habría ido desapareciendo si no hubiera sabido renovarse. Sin embargo, la memoria también se difumina con los años y van quedando borrosos los rostros de los amigos y hermanos que murieron, los de los que se alejaron, aquellos de los que yo misma me separé, los que sucumbieron a insospechadas circunstancias y otras desapariciones de las que no siempre fue responsable la muerte o la ausencia, sino la traición que yo todavía no conocía en ese año de 1970 cuando acabó mi trabajo en Seix Barral, al mismo tiempo que la defenestración de Barral y de todo su equipo. De tal modo que siendo tantos los que ya no están, no logro acostumbrarme a su ausencia y me encuentro sumergida en nubes y sombras. Su recuerdo aparece envuelto en silencio mientras el mundo sigue girando indiferente y todo me resulta tan incongruente sin ellos que, tal vez para encontrarle un imposible sentido, me aferro a la convicción de que soy

yo la que se ha ido y ellos se quedaron y siguen en la lejana y amada Barcelona que vivimos juntos, un escenario que también se fue alejando paulatinamente al entender el origen del descalabro profesional y cultural que originó la traición, no a mí, no aún, sino a Carlos, y no sólo por la ambición y codicia de quien la inventó y transmitió, sino en buena parte también por la gran y discreta complacencia del poderoso estamento oficial de la ciudad al grupo social y prepolítico al que seguía perteneciendo aquel mediocre instigador, que a todas luces sigue vigente hoy.

Durante la década de 1960, digan lo que digan los moralistas, habíamos tenido la impresión de que algo profundo había cambiado en nuestras vidas y en el mundo entero, algo que no venía sólo de nuestra imaginación y de nuestro esfuerzo, ni siquiera de nuestro hartazgo de la dictadura, sino que parecía florecer en toda la Tierra, flores, cultura, bailes, diversión, hermandad, compromiso, protesta, no más peleas, no más guerras. No es cierto que hayamos venido al mundo a sufrir, haz el amor no la guerra…, pero basta que hagamos nuestra una convicción que creemos haber descubierto y elaborado por nosotros mismos, para que a continuación venga la experiencia a desmentirla. Y la crisis profesional y cultural de Seix Barral que me tocó sufrir, yo la viví como el primer síntoma de que la fiesta había comenzado a remitir.

Final de la etapa

Juan Benet, un ingeniero y desconocido escritor de Madrid que Félix de Azúa y Pedro Gimferrer conocieron y trajeron a la editorial, ganador aquel último año de 1970 del Premio Biblioteca Breve por su novela *Una meditación*, cuenta en los dos últimos párrafos de «El efecto Barral» un artículo que apareció en la *Revista de Occidente* en 1990, lo que supuso para él aquel cambio de rumbo que descubrió precisamente en un encuentro en el despacho de Carlos. Fue un cambio que aunque lo sintiéramos como propio nos afectaba a todos por igual no sólo a los que vivíamos en los mismos ambientes, en la misma ciudad y de sus mismas y peculiares experiencias, sino a todos, como un aire que volaba imprevisible de un lugar a otro, al que cada uno de nosotros daba un título distinto.

> […] No será difícil comprender que quien entraba en aquel mundo por la puerta grande —y el Premio Biblioteca Breve era una de esas puertas— podía sentir el giro en su vida hacia una trayectoria más mundana, más desenfadada, también más próspera con un poco de suerte y talento y acaso más elegante. Y si confieso que también mi vida cambió con aquella entrada no lo fue en la medida en que por un momento sospeché, acaso porque *Una meditación* era un azucarillo que no se disolvía fácilmente en aquellas aguas.
>
> La alegría duró poco. El mismo año que Seix Barral publicó *Una meditación*, Carlos abandonó la firma y con él se fue lo mejor de su equipo para ser sustituido por otro con el que apenas entré en relación. Rosa Regàs, llamada a recoger parte de la herencia de Carlos, también dejó el sello para fundar el suyo propio, La Gaya Ciencia, al que confié la publicación de la casi totalidad de mi obra literaria durante la década siguiente. No aspirábamos a comernos el mundo, pero lo pasaríamos bien.
>
> Discrepé de una opinión de Carlos. Soltó una de sus sonoras y un tanto teatrales carcajadas. Replicó luego con un sarcasmo que yo tal vez no recogí, no sabiendo hacia quién iba dirigido. Rosa

entró con unos papeles, era la encarnación de la soltura. No aceptó la invitación porque tenía un compromiso para cenar. Creo recordar que tuve la sensación de que aquella tarde, para mí en particular, había concluido la posguerra.

Sí, tal vez fuera la posguerra lo que había concluido. Lo cierto es que comenzaba otra etapa, y aunque parecía tener ante mí el camino que tomaría, no lo vi en aquel momento. Tras unos pocos meses de trabajo en Edhasa sin lograr, como es lógico, el favor de su presidente, Ramón Guardans, me obsesioné por encontrar una salida profesional a mi situación y para iniciarla conté con la ayuda de mis amigos. Eugenio Trías y Manolo Vázquez fueron en este punto el apoyo que necesitaba no tanto para aportar la idea del proyecto editorial que ya tenía entre manos, sino para recibir el empujón indispensable para consolidarlo y ponerlo en práctica, lo que hicieron con historias, argumentos, advertencias, pormenores y tras horas de complicadas discusiones y deliciosas copas al atardecer. El último toque se debió al dedo mágico de Eugenio, cuando apareció un día cargado con lo que daría entidad al proyecto, un nombre, lo único que le faltaba a la editorial. Y se lo dimos, La Gaya Ciencia, en honor a Nietzsche, y como *torna* entregó el original de su *Metodología del pensamiento mágico* que habría de ser su primera publicación.

El horizonte parecía despejado y todo auguraba una feliz navegación.

Llofriu, 21 de diciembre de 2015

Now Books es un sello de Ara Llibres SCCL, una cooperativa federada. Este libro es un producto cooperativo. Comprándolo contribuyes a fortalecer el tejido cooperativo y a ensanchar un movimiento basado en principios y valores como la creación de contenidos innovadores, la ocupación estable y el desarrollo local.